

CHRISTIAN MOREAU

FREUD Y EL OCULTISMO

El enfoque freudiano
del espiritismo,
la adivinación, la
magia y la telepatía

gedisa

Título original en francés:
Freud et l'occultisme
© by Edouard Privat, 1976

Traducción: Rubén Núñez
Fotografía y diseño de tapa: Mireia Armengol y Enrique Guelar

Primera edición, abril de 1983, Buenos Aires, Argentina

Derechos para todas las ediciones en castellano

© by Editorial Gedisa S.A.
Muntaner 460, entlo, 1ª.,
Tel 201 60 00
Barcelona-6, España
ISBN N° 84-7432-174-3

Gestión, representación y dirección para esta edición
Editorial Celtia S.A.C.I.F. de M. y R.
Avda. Belgrano 355, 6º piso,
1092, Buenos Aires, Argentina
ISBN N° 950-9106-35-6

Hecho el depósito que establece la ley 11.723

Impreso en Argentina
Printed in Argentina

Se terminó de imprimir en offset en el
mes de abril de 1983,
en los talleres gráficos de la
Compañía Impresora Argentina S.A.,
calle Alsina 2041/49, Buenos Aires, Argentina.

INDICE

Introducción	11
CAPITULO I. ¿CÓMO COMPRENDER LA	
“AMBIVALENCIA” DE FREUD?	15
I. <i>Ocultismo y parapsicología</i>	15
1. Ambigüedades semánticas	15
2. El ocultismo	17
3. La parapsicología	20
4. Hacia una coherencia en las contradicciones	23
II. <i>Un orden de las conexiones inconscientes</i>	25
1. La Cábala	28
2. La cuestión de la superstición	30
3. Algunos aspectos de la creatividad de Freud	39
III. <i>Las influencias históricas: Ensayo de retorno</i>	
<i>a las fuentes</i>	42
1. Wilhelm Fliess: 1887-1902	43
a. Sobre la teoría de los períodos	44
b. Freud: un crítico ambivalente	45
2. Carl-Gustav Jung: 1907-1914	52
a. Un interés precoz por el ocultismo	53
b. Entre Freud y Jung, la cuestión del ocultismo	56
c. La evolución de las posiciones de Freud	62
3. Sandor Ferenczi: 1908-1933	66
a. Un interés precoz por el ocultismo	66
b. 1909: las experiencias con los videntes	70
c. 1910: el psicoanálisis como terreno de investigación	72

d. 1911: las audacias de Ferenczi	74
e. 1912: la telepatía animal	75
f. 1913: algunas desilusiones	76
g. Investigaciones tardías	79
4. Los otros colaboradores de Freud	82
a. El “comité”	82
b. Hitschmann	83
c. Steckel	85
d. Hélène Deutsch	88
e. Burlingham	89
f. Un problema evocado a menudo	92
5. La investigación psíquica	94
a. Freud y la “Investigación Psíquica”	96
b. Freud y la literatura metapsíquica	99
IV. <i>Las necesidades de política exterior</i>	104
1. Los riesgos de edulcoración y de captación del psicoanálisis	106
2. Los ataques de los medios científicos	108
 CAPITULO II. LAS POSICIONES DE FREUD SOBRE EL OCULTISMO	
I. <i>Los escritos sobre el ocultismo</i>	114
1. Los escritos de la primera época (antes de 1910)	116
a. “Un sueño premonitorio realizado”	
b. “La psicopatología de la vida cotidiana”	116
c. Observaciones sobre un caso de neurosis obsesiva (“El hombre de las ratas”)	117
2. Los escritos de 1910-1920	118
a. Tercera edición de “La psicopatología de la vida cotidiana”	118

b. “Totem y tabú”	119
c. “La inquietante rareza”	119
3. Los escritos posteriores a 1921	120
a. “Psicoanálisis y telepatía”	122
b. “Sueño y Telepatía”	123
c. “La significación oculta de los sueños”	124
d. “Sueño y Ocultismo”	124
e. Otros escritos	125
4. Conclusiones	125
II. <i>El ocultismo como ocultación del inconsciente</i>	127
1. Las manifestaciones de los espíritus	130
a. Posesiones y hechicería	130
b. El espiritismo	133
c. Fantasmas, espectros y “Poltergeist”	135
d. El doble	142
2. La adivinación del porvenir	146
a. Mancias y premoniciones	146
b. El “déjà-vu”	154
c. Extrañas coincidencias	156
3. La magia	161
a. Hechizos y mala suerte	161
b. La magia	163
4. Desconocimiento e ilusión en el ocultismo	169
a. Desconocimiento	169
b. Ilusión	172
III. <i>En busca de un núcleo de verdad: ¿La telepatía?</i>	174
1. Telepatía y pseudotelepatía	175
a. Comunicación a la Sociedad Psicoanalítica de Viena (4 de marzo de 1908)	176
b. “Psicopatología de la vida cotidiana”	177

c. Un caso de alucinación telepática explicado por una paramnesia	178
d. ¿Telepatía o ilusión?	183
2. Las observaciones de Freud	184
a. El sueño del nacimiento de gemelos	185
b. La profecía del nacimiento de dos hijos a los treinta y dos años	189
c. La profecía del envenenamiento por cangrejos	192
d. Scherman, el grafólogo	195
e. El señor "Vorsicht"	197
3. Visión de la concepción freudiana de la telepatía	199
a. Primera aproximación al fenómeno telepático	200
b. ¿En qué descansa el fenómeno telepático?	202
c. Elaboración del mensaje telepático por el percipiente	204
d. Condiciones de la transmisión telepática	209
e. En busca de la identidad de la telepatía	210
f. ¿Hipótesis o certidumbre?	212
CONCLUSIONES	213
BIBLIOGRAFIA	217

Introducción

En momentos en que el hombre da sus primeros pasos en la Luna, en la Tierra trepa hasta el cenit el culto del Sol. Esta llamarada de lo irracional se caracteriza por la difusión de una “Nueva Gnosis”, donde el cientificismo flirtea con el espiritualismo y por el florecimiento de nuevas colecciones dedicadas a lo sobrenatural, el ocultismo y la parapsicología. Parapsicología de music-hall, o más bien de opereta, que los propios parapsicólogos no reconocerían como hija.

No obstante, a pesar del cúmulo de inepticias, de afirmaciones ingenuas, de pretensiones mitomaniacas con las cuales se la confunde, la parapsicología sobrevive.

A partir de 1934, cuando Rhine creó en Estados Unidos un laboratorio de parapsicología anexo a la Duke University, muchas universidades abrieron sus puertas a los investigadores de esa disciplina, que apunta a un estudio científico de cierto número de fenómenos considerados durante largo tiempo como derivados de lo sobrenatural y de lo oculto. Sus trabajos, sin embargo, permanecen poco conocidos y son deformados hasta el absurdo en los escritos que llegan al público.

Porque si el gran público es aficionado a la parapsicología, el mundo científico no oculta su escepticismo; los psicólogos ignoran hasta la existencia de esos trabajos y sus pares psicoanalistas se muestran más que desconfiados con respecto a este terreno de investigación, que les parece portador del sello de un pensamiento, si no mórbido, por lo menos arcaico.

Sin embargo, no es posible ignorar el interés que, sobre ese tipo de estudios, habían demostrado los principales fundadores de la psicopatología moderna. Entre estos precursores, habría que citar a William James, fundador de la Sociedad Norteamericana de Investigaciones Psíquicas; a Liébault y después a Pierre Janet, que fueron de los primeros en subrayar las relaciones entre la hipnosis y la telepatía; Freud, en fin, a quien consagraremos esta obra.

Ya que, en efecto, Freud se ha interesado por los problemas del ocultismo. Pero, extraña historia decididamente, un halo de confusión rodea sus escritos sobre el tema y, muy a menudo, sus alumnos ignoran este aspecto secundario de su obra. Hasta Jones, el gran biógrafo de Freud, quien sin embargo se ha dedicado a esta cuestión, a la que consagra un capítulo íntegro de su trabajo de historiador^{(95)*}, casi no ha contribuido más que a mantener la confusión. Acordémosle que reconocía, desde el comienzo de ese capítulo, que sus propias posiciones, violentamente hostiles al ocultismo, podían haber deformado su visión.

Deformación difícilmente evitable, a la que no pretendemos haber escapado, dado que no disimularemos nuestra actitud favorable con respecto a la parapsicología (siempre que no se incluya con este término lo que fuere, como sucede, por desgracia, en la mayoría de los casos). Esto nos ha llevado a abrir de

* Los números entre paréntesis remiten a la bibliografía.

nuevo el informe sobre las posiciones de Freud con relación al ocultismo; informe en el que no hemos hallado exactamente las mismas cosas que Jones y que, sobre todo, aparece mucho más voluminoso de lo que a menudo se lo ha querido reducir.

Este trabajo no tiene la pretensión de ser una contribución a la teoría psicoanalítica del ocultismo. Más modesto, se sitúa simplemente en una perspectiva histórica y tiende a esclarecer ciertos aspectos poco conocidos del pensamiento de Freud.

En la primera parte, propondremos claves para comprender las posiciones de Freud sobre el ocultismo y la parapsicología. Insistiremos sobre cuatro elementos de esclarecimiento, subrayando:

1. la necesidad de precisar lo que Freud entendía por ocultismo y las ambigüedades nacidas del reagrupamiento, bajo ese término, de fenómenos muy dispares;

2. la necesidad de apreciar los factores inconscientes que han interferido en la investigación de Freud;

3. la necesidad de tener en cuenta la evolución histórica de las concepciones de Freud y las influencias que han sufrido por parte de sus colaboradores y del ambiente de la época;

4. la necesidad de formar parte de las consideraciones estratégicas que se imponían al movimiento psicoanalítico.

Después de haber plantado estos jalones, intentaremos, en la segunda parte, una presentación y un análisis de las tesis freudianas sobre el ocultismo y la parapsicología, articulándolas, en forma esquemática, en torno de dos polos. Uno reagrupará los trabajos orientados a destruir el aspecto de ilusión que alimenta los “fenómenos ocultos”; otro, los que, no obstante, tratan de detectar ahí un núcleo de verdad. Demostraremos que no hay una necesaria contradicción entre ambos tipos de trabajos.

CAPÍTULO I

¿Cómo comprender la “ambivalencia” de Freud?

I. OCULTISMO Y PARAPSICOLOGÍA

Mística, ocultismo, ¿qué entendemos con esos términos? No esperen que yo trate de agrupar bajo denominaciones precisas estas concepciones mal definidas. Todos sabemos, de manera general y confusa, lo que es preciso entender ahí.

FREUD, *Sueño y ocultismo*⁽⁷⁶⁾

1. Ambigüedades semánticas

Al contrario de lo que podía pensar Freud, nos parece que el primer imperativo de ese estudio es tratar de pre-

cisar qué es lo que recubre este término de “ocultismo”. En efecto, estimamos que una de las claves para comprender la “ambivalencia” de Freud consiste en tomar conciencia de las ambigüedades nacidas de una imprecisión del campo semántico de esta palabra, variable según las épocas y según los autores.

Freud casi no ha tratado de dar de ella una definición precisa. En los numerosos textos consagrados al tema, no se asoma, de hecho, más que dos veces a estos problemas de definición y aun para conformarse con términos bastante vagos:

—“*Fenómenos ocultos: cosas todas que parecen hablar a favor de la existencia real de fuerzas psíquicas distintas de las conocidas hasta ahora en el psiquismo humano o animal, o que revelan facultades mentales no admitidas por el momento.*”(68)

—“*Se trata de un mundo distinto del mundo comprensible y regido por las leyes inexorables que la ciencia ha construido para nosotros. El ocultismo afirma que hay, de hecho, más cosas en el cielo y sobre la tierra que no sueña nuestra filosofía.*” —(76) página 43.

Esa definición que, por lo demás, no hace más que retomar una de sus fórmulas favoritas, que tantas veces irritó a Jones, es cuanto menos muy imprecisa; da lugar a fenómenos muy heterogéneos. En su estudio, Jones introducirá allí un batiburrillo: la previsión del porvenir, la comunicación con los espíritus, el don de lo ya visto, la telepatía, la levitación, la quiromancia, la astrología, la videncia, el espiritismo, las casas encantadas, etcétera... Por lo tanto, sólo cabe asombrarse de verlo esperar de Freud un juicio unívoco sobre el tema. A nosotros casi no nos sorprende que, ante ese fárrago, Freud haya expresado a la vez duda y credulidad.

Piénsese lo que fuere, no vamos a recusar aquí la de-

finición de Freud. Debemos tomarla como se brinda, con los objetivos que se fija. Esa definición del ocultismo tiene, al menos, el mérito de apelar al sentido común, periodístico podría decirse, que tiende a incluir ahí todo lo “sobrenatural”. Por eso hemos optado por mantener ese término en nuestro título, aunque lo consideremos discutible y ambiguo. Deberemos, sin embargo, abarcar el contenido, para lo cual se impone un ordenamiento. Para facilitar esta señalización, la realizaremos oponiendo dos campos distintos, ocultismo y parapsicología, cuyos límites no será necesario establecer de entrada. Podremos, luego, volver al desarrollo hecho por Freud.

2. El ocultismo

Pocos términos como el de ocultismo han sido empleados con mayor frecuencia y en los sentidos más variados. No tendremos la pretensión de resumir aquí las doctrinas ocultistas. Los grandes pensadores del ocultismo han rodeado a menudo sus enseñanzas de una oscuridad a veces impenetrable, que, por lo demás, estuvo en el origen del término. Por otro lado, serían necesarios la adquisición de una enorme documentación y muchos meses de investigaciones para pretender exponerlas con competencia e imparcialidad, ya que hay pocos temas para los que se encuentre una literatura tan rica en profundas investigaciones y en producciones increíblemente absurdas. De tanto esoterismo y confusión no hemos retenido más que algunas ideas generales, de las que queremos brindar un panorama.

Derivado del adjetivo “oculto” (del latín: occultus-escondido), el término ocultismo ha sido empleado por primera vez por Eliphas Lévi, quien publicó su gran obra: *Dogma y Ritual de la Alta Magia* en 1856, el año del nacimiento de Freud. Este sustantivo no era, sin embargo,

más que la actualización de un término cuyo sentido había sido consagrado en el siglo XVI por H.C. Agrippa, en su célebre tratado: "De occulta philosophia", compilación que trataba de unificar, en una sola enseñanza filosófica, corrientes tan diversas por su origen histórico y su significación mística como las de los pitagóricos, gnósticos, cabalistas, herméticos, alquimistas, astrólogos. De todos modos, es destacable la buena disposición con que fueron acogidas estas especulaciones sincréticas. En la actualidad, para muchos el ocultismo remite a la adivinación, a todos los hechos que la ciencia oficial no ha reconocido aún, a *"ese espíritu de misticismo y de sobrenatural necesario a las imaginaciones soñadoras y delicadas"*, caro a Nerval. Este enfoque difuso no es, sin embargo, bastante satisfactorio, y resulta difícil reducir el ocultismo al desecho de lo inexplicable. ¿Qué es, pues, detrás de todos estos elementos heteróclitos, *"esa intuición grandiosa que engendró monstruos y maravillas y cuyo solo nombre evoca en el espíritu extrañas resonancias, un misterioso estremecimiento, un velado recuerdo del Paraíso Perdido"*? R. Amadou (3).

Se incluyen, de costumbre, en el marco de las prácticas ocultas, la mántica, la magia y la alquimia. No nos ocuparemos de definir la alquimia, que, como se sabe, alimentó las especulaciones de Jung; tampoco la magia requiere, casi, ser definida. En cuanto a la mántica, o adivinación, se la divide en diversas formas particulares, o mancias, entre las cuales hay que citar la astrología, la quiromancia, la oniromancia, la cartomancia, los arúspices, los augures, etcétera... De hecho, el problema central consiste en obtener el común denominador, lo mismo que con la estructura lógica de las filosofías tradicionales. Como lo ha señalado Amadou, el ocultismo reagrupa un conjunto de doctrinas y de prácticas fundado en la teoría de las correspondencias. No podemos entrar aquí en todos los detalles de su análisis, pero nos parece esencial

precisar algunos puntos. La teoría de las correspondencias se basa en el principio de la analogía. La visión ocultista del mundo puede referirse al doble sentimiento de la diversidad y la unidad del mundo. Todo elemento del universo ocultista puede ser enlazado a otro. *"Lo que está arriba es como lo que está abajo"*; este principio fundamental, formulado por Hermes Trimegisto, se vuelve a hallar en la convicción de que el hombre es un órgano en el cuerpo del universo. *"Para conciliar la multiplicidad de los factores y la unidad fundamental del universo, el ocultismo recurre a la teoría de las correspondencias. Es preciso reconocer, entre todos los constituyentes del mundo, relaciones que no permiten subsistir ninguno independiente. Hay que explicar que la diversidad se transforma, al estudiarla, en una unidad perfecta. Para el ocultismo, sólo la analogía es capaz de efectuar esa metamorfosis, esa transmutación."* —(3), página 35—. En definitiva, todas las mancias reposan sobre esa doctrina, de la cual no son más que una manifestación particular. Así, la astrología es la ciencia de las correspondencias entre el macrocosmos universal y el microcosmos humano. *"Las mancias no se presentan, pues, como prácticas sin fundamento. La relación entre el acontecimiento y el conocimiento que del mismo se obtiene por la observación de una cosa no es, para los ocultistas, fantasiosa ni arbitraria. Es la expresión de esa armonía universal, fuera del tiempo y del espacio, que sustenta la filosofía ocultista,"* Si se profundiza el análisis, se comprueba que las relaciones analógicas no son, en efecto, ni espaciales ni temporales, sino intencionales. Este rol de la intención es esencial en la práctica mágica. Se lo encuentra, así, en los hechiceros, que ejercen una influencia maléfica sobre los seres, por intermedio de una estatuilla, bautizada con el nombre de la persona de referencia, y que es puesta en "correspondencia" con el modelo por voluntad del mago. Observemos, de paso, la importancia del nombre en

la acción mágica. La magia aparece, pues, como un medio de actuar sobre uno de los elementos del universo, utilizando las correspondencias analógicas que posee con todo otro elemento del universo. Estas correspondencias pueden hallarse en una analogía de forma o de destino, o aun en la relación de una palabra con el objeto que designa. Desde ya, este análisis del pensamiento ocultista nos permite entrever las relaciones que la intencionalidad ocultista mantendrá con la noción freudiana de fantasía de “omnipotencia del pensamiento”. Tendremos, asimismo, ocasión de volver sobre la concepción filosófica que sustenta la utilización privilegiada de la palabra en la acción mágica.

Al término de nuestro abordaje a la estructura lógica del ocultismo, nos parece que éste adquiere un aspecto nuevo y más homogéneo. Deja de ser el desván en desorden de lo sobrenatural. En efecto, nos parece más importante definir el ocultismo por el derrotero del pensamiento subyacente que por sus objetivos heterogéneos. Correspondencia, analogía e intencionalidad están en el corazón de la visión ocultista del mundo. Eso es lo que nos permite oponerle la actitud parapsicológica. Porque lo que distingue al ocultismo —en el sentido estricto definido con anterioridad— de la parapsicología, no es tanto el campo de los fenómenos hacia el que ambos se orientan como la naturaleza misma de esa orientación.

3. La parapsicología

La parapsicología moderna, en efecto, toma también sus objetos de estudio de las creencias que alimentan al ocultismo y en las prácticas mágicas primitivas. Pero si ha permanecido muy próxima a las tradiciones de lo sobrenatural que continúan existiendo, hasta prosperando en nuestras sociedades materialistas, trata en principio de

utilizar los métodos científicos modernos para verificar y analizar fenómenos hasta aquí refutados por la ciencia y que no parecen inscribirse en el cuadro de las leyes científicas conocidas en la actualidad. La extensión del término es variable según los autores. En el más amplio sentido, la parapsicología es la disciplina que se esfuerza por explicar fenómenos en apariencia aberrantes con relación a la ciencia, sea por el fraude, sea por la ilusión o por el ejercicio de una función psicológica, clásica o nueva. En el sentido estricto, tiende a evidenciar y estudiar, en forma experimental, funciones psíquicas aún no incorporadas al sistema de la psicología científica, con vistas a la incorporación en el mismo, que sería así ampliado y completado. Sea cual fuere la extensión que se quiera dar al término, y sea cual fuere el juicio que se formule sobre sus expectativas, la actitud parapsicológica se presenta, pues, radicalmente diferente de la actitud ocultista. La parapsicología quiere adoptar, con relación a los hechos llamados "sobrenaturales", una actitud científica, siendo así llevada a una investigación experimental, que trata de responder a tres interrogantes: ¿existen los pretendidos fenómenos?; si existen, ¿a qué leyes obedecen?; ¿y cómo explicarlos? Dado que el objeto del estudio de la parapsicología moderna está constituido por lo que puede llamarse lo paranormal, se esfuerza en aplicar a su documentación, al control de las experiencias y a la evaluación estadística los más rígidos criterios de la investigación científica contemporánea. Esa actitud, que lleva a negar lo sobrenatural, se diferencia, pues, en forma neta, de las interpretaciones espiritistas, místicas u ocultistas y casi se ha impuesto hace recién pocos decenios.

El nacimiento de la parapsicología moderna está signado por los trabajos norteamericanos de J.B. Rhine, en la Duke University, hacia los años treinta. Estos trabajos tuvieron considerable acogida, porque fue la primera vez que una visión de los fenómenos paranormales utilizaba,

en vasta escala, el método cuantitativo fundado en la demostración estadística. Rhine utilizó naipes especiales, de cinco figuras, llamados cartas de Zener, tratando de hacer adivinar la figura por un sujeto, de acuerdo con protocolos de tiradas variables, pero muy codificados. Fue entonces posible, después de numerosas tiradas, comparar los resultados obtenidos con los que permitía prever el cálculo de probabilidades. Desde 1932 hasta nuestros días, se han realizado millones de experiencias con las cartas de Zener y la metodología ha sido sometida a las más severas críticas. Ya sea en forma global o en el marco de series experimentales particulares, los resultados obtenidos han excedido las previsiones del cálculo de probabilidades. En consecuencia, se ha ido consolidando, poco a poco, la hipótesis de la existencia de una percepción extrasensorial. A partir de Rhine prosiguieron considerables investigaciones, en particular en Estados Unidos, y la parapsicología hizo su entrada en las universidades de diversos países. En la actualidad, los parapsicólogos se han puesto de acuerdo en dividir su campo de acción en dos terrenos distintos. De entrada, el estudio de la "Percepción Extra-sensorial" (ESP), que engloba el estudio de la telepatía, la clarividencia y la precognición. A continuación, el estudio de la "Psicoquinesis" (PQ), es decir, la influencia psíquica directa sobre los sistemas físicos. No podríamos detallar aquí los resultados de estas investigaciones ni las controversias a que han dado lugar; sólo podemos remitir a la literatura especializada. Para un panorama general, véase, por ejemplo (4, 101, 111, 137).

Por el momento, nos interesa en especial subrayar dos puntos esenciales. Primero, que la parapsicología conduce, por fin, a negar lo sobrenatural. Después, en especial, que la misma adopta, al contrario del ocultismo, una actitud de pensamiento que pretende ser científica, en la que no halla lugar la teoría de las correspondencias. La parapsicología no es ocultismo, al menos si nos atenemos

al estricto sentido con que los hemos definido. Estas precisiones semánticas, con las implicancias epistemológicas que las sustentan, van a permitirnos abordar las posiciones de Freud.

4. Hacia una coherencia en las contradicciones

Como hemos dado ya a entender, creemos que buena parte de las contradicciones de Freud ante el "ocultismo" desaparece con una clarificación de lo que es susceptible de ser comprendido con este término. Pero Jones, en su biografía de Freud, parece haber descuidado por completo distinguir los diferentes problemas. Es preciso decir, en su descargo, que Freud no le había facilitado la tarea, y que esa clarificación del campo del ocultismo casi no había tenido lugar en una época en que la parapsicología estaba aún en estado embrionario. Pero se puede pensar también que su propia actitud ante el ocultismo poco lo impulsó a efectuar ese esfuerzo de clarificación.

Tenemos así por inexacta la afirmación de Jones, quien pretende que Freud "ha suministrado tantas pruebas de su fe en el ocultismo como de sus dudas". Trataremos de demostrar, por el contrario, en las páginas siguientes, que es posible captar una profunda coherencia en los trabajos de Freud sobre el ocultismo. Es así como dos puntos deben ser subrayados con toda claridad, cosa que no hizo Jones.

De entrada, una preocupación, constante en Freud, de eliminar toda la parte de pensamiento mágico susceptible de impregnar los sedicentes hechos sobrenaturales y "*de eliminar, de una vez por todas, las creaciones del deseo humano de la realidad material*".⁽⁷⁶⁾ En este sentido, todos sus escritos constituyen una recusación de las pretensiones del ocultismo. A la vez, es como racionalista que se acerca a estos problemas. "*Los psicoanalistas*

—dice— *son, fundamentalmente, incorregibles mecanicistas y materialistas, aun cuando no tengan la intención de privar a los procesos emocionales e intelectuales de alguna característica aún desconocida.*”(76) Freud está profundamente apegado a una concepción científica del Universo —(76), página 208—, posición que adopta en toda su serie de escritos sobre el ocultismo. En estos textos se capta la diferencia que separa al materialismo de un Freud del misticismo de un Jung. Si, con un análisis superficial, puede parecer que Freud avala el ocultismo, sólo es para negarlo mejor, reduciéndolo a procesos susceptibles de un enfoque científico. La posición de Freud se nos aparece ahí auténticamente “parapsicológica”, con antelación al término. En esa posición de rechazo del pensamiento ocultista y de aceptación de un enfoque de tipo parapsicológico situamos buena parte de las aparentes contradicciones de Freud.

Por lo demás, veremos que en el marco de este enfoque que, a nuestro juicio, se puede considerar como parapsicológico, en el amplio sentido, Freud limita su campo de interés. Trataremos de demostrar que mantiene una posición restrictiva, que continuará más o menos constante, al menos en el tema, si no en el vigor de su afirmación. En efecto, Freud recusa lo esencial de los fenómenos “metapsíquicos”, y sólo acepta tomar en consideración uno de ellos, el de la transmisión del pensamiento. La telepatía es el único fenómeno cuya existencia admite y del que se constituye, eventualmente, en defensor. Para Freud es el único fenómeno susceptible de ser considerado como el “núcleo de veracidad” del ocultismo, del que todo el resto no es más que una superestructura ilusoria, susceptible de un análisis en términos de mecanismos inconscientes.

En suma, Jones nos parece formular muy mal el problema, cuando escribe que Freud *“suministra tantas pruebas de su fe en el ocultismo como de sus dudas”*. En

efecto, semejante afirmación sólo puede embrollar inelectablemente los hechos. A nuestro juicio, es más justo sostener las proposiciones siguientes, que nos parecen sin equívocos:

1. Freud rechaza toda visión ocultista del mundo. En este sentido, se puede afirmar que no cree en el ocultismo.

2. Freud acepta, en el cuadro de una concepción científica del universo, admitir la hipótesis de la telepatía. Aún hará falta concretar qué entiende por esto.

A lo largo de nuestro trabajo volveremos sobre estas dos proposiciones, que nos parecen, en efecto, un hilo conductor útil para encontrarnos de nuevo con las aparentes contradicciones de Freud ante el problema del ocultismo; aun si su formulación no resuelve por sí misma el problema planteado por su ambivalencia, del que vamos ahora a encarar los resortes psicodinámicos.

II. UN ORDEN DE LAS CONEXIONES INCONSCIENTES

Descuidar el análisis de los motivos inconscientes que han podido orientar las posiciones de Freud sería hacer muy poco caso de la teoría psicoanalítica. Por otra parte, Freud ha subrayado la importancia de esa dimensión, ya que escribe, por ejemplo, en *Sueño y ocultismo*(76): *“Puede ser también que haya en mí una secreta inclinación hacia lo maravilloso; inclinación que me incita a acoger favorablemente la producción de fenómenos ocultos”*. Es cierto, pues, que un “psicoanálisis” de Freud sería muy fecundo al respecto. Es también dable suponer que resulta ilusorio tratar de comprender su actitud ante el ocultismo sin ese enfoque.

Por lo tanto, nadie se sorprenderá al suponer, con verosimilitud, el interés y la ambivalencia de Freud ante los fenómenos ocultos que han de hundir sus raíces en sucesos muy precoces de su vida, en su infancia y en los mitos familiares que lo marcaron. Nació “parado” y la leyenda quiere ver ahí una prenda de renombre y brillante porvenir. Esa idea de un destino excepcional había alimentado, en forma reiterada, las fantasías de su madre, y las predicciones de algunos videntes impresionaron lo bastante al joven Freud para que más tarde hiciera alusión a ello en *La interpretación de los sueños* —(49), páginas 171-172: *“Pienso en lo que me contaron a menudo en mi infancia: en ocasión de mi nacimiento, una vieja campesina profetizó a mi madre, orgullosa de su primer hijo, que éste sería un gran hombre”*. Un poco más adelante relata otro episodio del mismo género: *“Mis padres me habían llevado una tarde, cuando tenía ya once o doce años, a uno de los cafés del Prater. Vieron un hombre que iba de mesa en mesa y que, por algunas monedas, improvisaba versos sobre el tema que se le diera. Me enviaron a llamar al poeta a nuestra mesa y éste, agradecido por el encargo, improvisó de inmediato algunos versos para mí y predijo que un día sería ministro. Recuerdo muy bien la impresión que me produjo esa segunda profecía”*. Freud se apresura, por cierto a señalar: *“Esa clase de profecías ha de ser frecuente, ya que hay tantas madres colmadas de esperanza, tantas viejas campesinas, viejas mujeres que, no teniendo ya posibilidades en el presente, se resarcan volviéndose hacia el porvenir. Además, esa clase de predicciones debe de beneficiar al profeta”*.

Pero es dable pensar que el joven Freud no había permanecido insensible a todas estas promesas y que pudo serle difícil renunciar al valor de estas profecías que tan bien concordaban con su deseo y el deseo de su madre.

Sería necesario también recordar el interés de Freud por la psicología de la fe y de la religión, vía tortuosa por

la que se había encaminado por “una orden recibida de las conexiones inconscientes” (carta a Jones, 9 de agosto de 1911). Algunos autores, por ejemplo Ple⁽¹¹⁷⁾, se han preguntado si el interés de Freud por el ocultismo no sería un “desplazamiento” de su problema más auténticamente religioso, entendiendo el término en su sentido propiamente psicoanalítico. Por lo demás, es el propio Freud quien, en *Sueño y Ocultismo*, plantea en cierta medida la cuestión: *“¿No hay identidad entre el interés que suscita el ocultismo y el que se fija en los asuntos religiosos? Sospechamos, en efecto, que uno de los fines secretos del ocultismo es socorrer a la religión, amenazada por el progreso del pensamiento científico. Al descubrir este fin, sentimos crecer nuestra desconfianza, nuestra repulsión a dedicarnos al estudio de los pretendidos fenómenos ocultos”*. El hecho, comprobado más atrás, de que tendía, a veces, a confundir en una misma definición mística y ocultismo, subraya aún que es difícil disociar por completo los dos problemas, pero es evidente que, en nuestro trabajo, no podremos extendernos sobre el tema general de “Freud y la religión”, sobre la avalancha de polémicas que ha suscitado ni sobre todo lo que se ha podido escribir sobre la problemática religiosa de Freud (influencia de su nodriza católica, etcétera), debiendo, sobre este punto, remitir a las obras especializadas.

De todos modos, por esencial que pueda ser un enfoque psicoanalítico de la posición de Freud, no pretendemos seguir muy lejos por este camino, por el cual muchos otros se han arriesgado antes. No apoyándonos en el título de analista, no nos atreveremos a seguirlos ahí, ya que no nos consideramos lo bastante pertrechados para un enfoque pleno de riesgos y que da lugar a las interpretaciones más fantasiosas, faltas de referencias a una situación analítica, cuya especificidad se conoce.

Sin embargo, por su propia insistencia, dos aspectos de la personalidad de Freud han retenido nuestra aten-

ción. A pesar de las reservas que acabamos de formular y tratando de no abandonar la prudencia necesaria en la circunstancia, creemos importante recordarlos porque nos parece que inciden en el corazón del problema y que, en parte, han alimentado, en un juego de perpetuo balanceo, sus hesitaciones ante el ocultismo. Queremos referirnos a las tendencias supersticiosas y a la creatividad de Freud. Antes de abordar estos dos temas, diremos también algunas palabras sobre la probable influencia del misticismo judío en la curiosidad de Freud por “lo sobrenatural”.

1. La Cábala

Numerosos autores se han dedicado a estudiar la influencia del judaísmo sobre el pensamiento del fundador del psicoanálisis. En su obra sobre *Freud y la tradición mística judía*, Bakan sostiene que el desarrollo del psicoanálisis debe ser estudiado en el cuadro de la historia del judaísmo, en particular, del pensamiento místico judío. Para ese autor, Freud habría laicizado el misticismo judío y abrevado, en forma consciente o no, en los escritos tradicionales judíos, en especial en la Cábala, temas esenciales que se vuelven a encontrar en el psicoanálisis. Cábala y psicoanálisis muestran, en efecto, una asombrosa semejanza en dos puntos principales: las técnicas de interpretación y la importancia atribuida a la sexualidad. No vamos a detallar esta argumentación, que nos llevaría muy lejos de nuestro tema, y nos conformaremos con decir una palabra del papel de la tradición mística judía como posible origen del interés de Freud por el ocultismo.

Es evidente que la asimilación hecha por Bakan de la técnica psicoanalítica con la de los cabalistas no debe hacer pensar en una especie de misticismo oculto, que haría de Freud un discípulo secreto de la tradición. Re-

tendremos aquí, tan solo, el dato esencial de que Freud se hallaba impregnado por la tradición mística judía. Sus padres provenían ambos de Galitzia, una región cuya atmósfera estaba saturada de hassidismo, forma tardía y muy expandida del misticismo judaico. Su padre había nacido en Tysmenitz, ciudad donde las tradiciones jasídicas constituían un motivo de gran consideración; su madre era de Brody, uno de los mayores centros del pensamiento hassídico en Europa Oriental. Es dable pensar que cierto conocimiento de la tradición pudo trasmitirse por influjo de ese baño cultural. Si bien es difícil imaginarse a Freud pasando sus veladas en la lectura de los libros cabalísticos, puede sin embargo afirmarse que el pensamiento judío le era familiar. Es sabido que la biblioteca de Freud contenía una importante colección de obras judaicas; en particular, muchos libros alemanes sobre la Cábala, así como un ejemplar de la traducción francesa del Zohar. También es conocido el muy particular gusto de Freud por el Tarot, juego de naipes popular, inspirado en la Cábala.

Podemos, pues, preguntarnos si esa influencia cultural no ha sido un fermento para la curiosidad de Freud por el ocultismo. ¿Es preciso recordar que, en los medios populares, la Cábala remite a toda una tradición esotérica apegada a la idea del valor místico de las cartas, los signos —signos cabalísticos—, amuletos, talismanes, fórmulas de encantamiento? Es conocida la importancia del juego de los números y de la numerología en la literatura mística judía y no es posible dejar de relacionar aquí esto con el hecho de la curiosa tendencia de Freud a la superstición de los números fatídicos. Por los demás, es a propósito de esa tendencia que le dice a Jung: *“En esto hallará usted una nueva confirmación de la naturaleza específicamente judía de mi mística”* (carta a Jung, 16 de abril de 1909).

2. La cuestión de la superstición

Casi no es preciso recordar las relaciones existentes entre superstición y ocultismo. Según las posiciones doctrinarias o las creencias, se utilizan una u otra de las denominaciones para designar fenómenos como las premoniciones, los sueños proféticos, las creencias en números fatales, etcétera... Por su parte, Freud estima que la mayor parte de las creencias ocultas han estado alimentadas por las supersticiones. Desde esta perspectiva, el ocultismo es considerado, en lo esencial, como una construcción artificial, por un mecanismo proyectivo, de una realidad sobrenatural, que el psicoanálisis está habilitado para retraducir en una psicología del Inconsciente. Freud puso los primeros jalones en su *Psicopatología de la vida cotidiana*,⁽⁹⁴⁾ y tendremos ocasión de volver sobre sus tesis.

Lo que por el momento nos interesa es demostrar que, detrás de la actitud de Freud, que se reclama científica —es decir, que plantea que el psicoanálisis es susceptible de brindar una explicación de las creencias supersticiosas—, la verdad es, en realidad, más compleja. “*Freud habla de la superstición de tal modo que bien se ve que es su propia actitud supersticiosa lo que analiza.*” —Mannoni (105), página 94—. Max Schur hizo hace poco un estudio muy completo de las tendencias supersticiosas de Freud en su libro sobre *La muerte en la vida de Freud*.⁽¹²⁷⁾

Son innumerables los ejemplos a través de los cuales se desenmascara en Freud la superstición. Los hallamos desde muy temprano, en su correspondencia con Martha, su prometida.⁽⁷⁹⁾ En una carta del 26 de agosto de 1882, le participa las dudas que lo asaltaron después de haber quebrado, en forma accidental, el anillo que ella le había obsequiado con destino a sus esponsales; también le escribe para indagar si no lo había querido menos “*el jueves último, a las once*”. A esa hora, Freud se había golpeado

la mano contra la mesa mientras el cirujano le abría un absceso de garganta; ¡en ese mismo momento, Martha comía un postre! Algunas semanas antes (4 de julio de 1882), recomienda a su prometida meter una moneda de plata en su alcancía, y le escribe: *“Todo metal tiene el poder mágico de atraer a otro; al papel se lo lleva el viento. Tú sabes que me he vuelto supersticioso. La razón es terriblemente austera y sombría; una pequeña superstición tiene cierto encanto”*. El 31 de diciembre de 1883, después de haber soñado con un viaje a España, le escribe asimismo: *“Ese tipo de sueño me ha vuelto un poco supersticioso, ya que hasta hoy, todos mis sueños de viaje han sido en realidad seguidos de un viaje. ¿Cuál será esta vez y cuánto durará?”* Son interesantes sus reacciones ante ciertos fenómenos que se produjeron a comienzos de su permanencia en París, en 1885, que relata en la edición de 1910 de la *Psicopatología de la vida cotidiana* —(51) página 279—. *“Cuando, siendo joven, vivía en una gran ciudad del extranjero, solo y lejos de los míos, a menudo me parecía, de pronto, oír pronunciar mi nombre por una voz conocida y querida, y anotaba el momento preciso en que se había producido la alucinación, para informarme, con los míos, sobre lo que había pasado en ese momento.”* En 1910 especifica que cada vez le respondían que no había pasado nada.

Los intercambios epistolares con Fliess⁽⁸⁰⁾ le brindan también ocasión para expresar ciertas creencias concernientes a una eventual transmisión del pensamiento entre ambos amigos. Freud se asombraba de la frecuencia con la cual sus cartas se cruzaban. Se halla un ejemplo en una carta del 2 de marzo de 1889. *“Puede ser que nuestras cartas se crucen de nuevo”*; o aun en la del 20 de setiembre de 1901: *“¡Diablos! ¡Nuestras cartas se han cruzado! Ayer, justamente, yo me preguntaba por tu conferencia, ¡y he! aquí!”*. Podrían considerarse estas anécdotas como insignificantes, pero Jones relata —95, tomo

3, página 440— otro ejemplo de este tipo, extraído de la correspondencia con Ferenczi, que parece mostrar que Freud ha debido guardar durante largo tiempo un gusto particular por semejantes creencias (intercambio de cartas de octubre de 1912).

Es posible detectar otros temas supersticiosos en la correspondencia con Fliess, en especial el de los actos mágicos. Desde Roma, Freud le escribe el 19 de setiembre de 1901: *"No sólo he tratado de corromper a Trevi, como todos lo hacen, sino que también, por propia iniciativa, he metido la mano en la Bocca della Verità, en Santa-Maria-Cosmedin, jurando volver"*. En efecto, según la tradición, el viajero que arroja una moneda en la Fuente de Trevi ha de volver a Roma. El cierto humor que pone en su carta no nos puede hacer olvidar que es Freud quien nos ha enseñado toda la importancia significativa de los pequeños gestos anodinos. Por otra parte, sería falso pensar que esos ejemplos sólo pueden hallarse en el período "pre-analítico" de Freud: él mismo nos relata anécdotas más tardías donde, de manera inconsciente, realizó actos mágicos con el fin de orientar la suerte (*Psicopatología de la vida cotidiana*, —(51) páginas 179-181). Un día quebró la tapa de mármol de un tintero a fin de obtener un regalo de su hermana. Pero con mayor frecuencia, estas parapraxias están relacionadas con la muerte. En 1905, cuando su hija mayor estaba en peligro de muerte, luego de una grave operación, Freud se sorprendió en tren de apuntar con su pantufla a una estatuilla de mármol, que quebró. Se trataba de un sacrificio propiciatorio, para proteger a su hija. La misma suerte corrió una figurita egipcia, a fin de proteger una amistad en peligro. En agosto de 1925, Freud caerá aún en esa tendencia. Su hija Ana debía volver a Viena por tren: *"Durante la noche, hubo un accidente de tren sobre la línea que aquélla debía recorrer. De modo que, a título de protección, perdí mis anteojos con el estuche al inclinarme en el*

bosque". (Carta a Ferenczi, 14 de agosto de 1925).

El tema de la muerte, tan importante en estas supersticiones, se vuelve a hallar en el miedo a los malos augurios, en especial en el encuentro de su "doble" en el tren (véase página 140). Se halla también en el centro de la superstición concerniente a la influencia fatal de los números, superstición en la que también Freud estaba, al parecer, involucrado. Freud estaba a menudo preocupado con su muerte y se descubren en sus cartas testimonios de una creencia en la predestinación de la fecha fatídica.

Esa fecha fue, primero, fijada a los 41 años y esa creencia lo llevó a sospechar que Breuer y Fliess le ocultaban algo inquietante cuando, en 1894, lo afectaron trastornos cardíacos rebeldes.

Más tarde, Freud estuvo durante largo tiempo persuadido de que moriría a los 51 años, es decir, en 1907. Esa fecha parece haber tenido origen en las predicciones de Fliess, de acuerdo con los cálculos basados en la famosa ley de la periodicidad, que asignaba capital importancia a los números 28 y 23, cuya suma daba 51. Es así como hace alusión a dicha fecha en *La interpretación de los sueños*, donde escribe (página 373):

"Además, el número 51, aislado, tiene otro sentido; el de oposición. Por eso interviene en el sueño repetidas veces. Cincuenta y uno es la edad en que el hombre parece más expuesto; en que he visto morir a colegas en forma repentina; entre otros, uno a quien después de haber atendido largo tiempo, acababa de ser designado profesor pocos días antes".

Se puede señalar, por otra parte, que el año 1907 es el de la segunda edición de la *Psicopatología de la vida cotidiana*, en la que Freud ha agregado lo esencial de sus observaciones concernientes a la superstición, pero donde ha suprimido una nota en la que hacía alusión al temor de morir en 1907 (Esa nota sólo se halla en la "Edición Estándar");

"Sucedee a menudo que acuden a mi espíritu especulaciones concernientes a la duración de mi propia vida y la de las personas a quienes quiero. La circunstancia de que mi amigo de B. ha hecho de los períodos de la vida el objeto de sus cálculos ha de haber determinado estos charlatanismos inconscientes. Hoy en día no estoy ya de acuerdo con una de las premisas en las que aquél fundaba su trabajo. Por razones por completo egoístas, me sentiría muy feliz de refutarlas; pero parece que, a mi modo, imito sus cálculos".

Sobreviviente de la suerte, adopta bien pronto otra creencia y encara el fin de su vida hacia la edad de 61 ó 62 años, es decir, en 1917 ó 1918. Hace alusión a ello en su correspondencia con Ferenczi, en 1917, cuando le escribe: *"Comienzo a ver el mundo con disgusto. La idea supersticiosa de que mi vida concluirá en febrero de 1918 me resulta, por momentos, agradable"*. El origen de esa superstición es aclarado por un pasaje de *La inquietante extrañeza*, texto que fue, precisamente publicado a comienzos del año 1919, cuando el año temido acababa de transcurrir. El autor nos cita un ejemplo, en forma impersonal, pero que, de hecho, remite a un acontecimiento que vivió en 1904.

"El factor de la repetición involuntaria nos hace parecer extrañamente inquietante lo que, por otra parte, sería inocente, y así nos impone la idea de lo nefasto, de lo ineluctable, allí, donde, de otra manera, hubiéramos hablado de "azar". Así, por ejemplo, es una circunstancia, por cierto, indiferente, que en un vestuario se os dé determinado número —digamos el 62— o que el camarote del barco que os han destinado tenga ese número. Pero esa impresión se modifica si estos dos hechos, indiferentes en sí mismos, se vinculan en el momento en que, por azar, se llega a hacer la observación de

que todo lo que está señalado con una cifra: direcciones, habitación del hotel, vagón del ferrocarril, etcétera... comporta siempre la misma cifra o, al menos, sus componentes. Se encuentra esto extrañamente inquietante y quienquiera que no esté acoirazado contra la superstición estará tentado a atribuir un sentido misterioso a este retorno obstinado de la misma cifra; a ver ahí, por ejemplo, una alusión a la edad que no sobrepasará.” (Citado en (66), página 189).

Freud relata la historia en forma anónima, pero una carta a Jung del 16 de abril de 1909 —(86), páginas 295-297— no deja duda alguna sobre el carácter autobiográfico del episodio en cuestión. Freud explica allí el origen de su superstición, que parece remontar a 1899, época en que creyó en la significación augural de un nuevo número telefónico que le había sido asignado. Relata también los inconvenientes que le habían sobrevenido en el curso de un viaje a Grecia con su hermano, donde “*el número 61 ó 60, asociado al 1 o al 2, volvía a presentarse en todas las ocasiones sobre los objetos numerados*”. Al llegar a Atenas, tuvo también la desagradable sorpresa de comprobar que su habitación tenía el número 31. Agrega entonces que, con su espíritu fatalista, lo consideró de inmediato como la mitad de 61-62, y que tuvo bien pronto la impresión de que era el número que lo perseguiría en lo sucesivo.

Los detalles revelados en la carta a Jung no sólo permiten comprender la significación particular que para Freud tenía el número 61-62. Las alusiones a los curiosos acontecimientos sobrevenidos en ocasión de su viaje a Grecia, que tuvo lugar en 1904, aportan de igual modo un esclarecimiento inesperado al misterioso *Trastorno de memoria sobre la Acrópolis*.⁽⁷⁷⁾

En este texto de 1936, dedicado a Romain Rolland, Freud relata cómo vivió un curioso fenómeno psicológico al llegar a la Acrópolis, después del famoso viaje. Fue un

extraño rechazo a creer en lo que veía. Señala también que, desde la partida de Trieste, había sido invadido por un humor particularmente desagradable. Insiste sobre la impresión de *Inquietante extrañeza* en la génesis de su trastorno y explica, de forma evasiva: “*Sin suministrar en detalle los antecedentes que me condujeron a esto, tomaré como punto de partida este hecho que, en su origen, debió de causar la sensación de que la situación de entonces presentaba algo de increíble y de irreal*”. Estas declaraciones sibilinas se aclaran cuando se conocen los hechos que preceden, y se comprende mejor esa sensación de increíble y de irreal a la que hace alusión. Lo que permanece como en absoluto extraordinario, en cambio, es que en ningún momento de su análisis, en extremo minucioso, haga alusión a esa recurrencia del número 62, que tanto lo había perturbado.

Si el miedo de morir a los 61-62 años fue, tal vez, el más tenaz, no fue el último que conoció. Después de haber declarado a Ferenczi, de modo irónico, una vez pasada la fecha fatal: “*Esto prueba el poco crédito que es preciso otorgar a lo sobrenatural*”, había de imponérsele un nuevo plazo: noviembre de 1937. Tendría entonces ochenta años y medio, edad a la que habían muerto su padre y su hermano Emmanuel. Expresa esta idea en forma irónica, en 1915, en una carta a Abraham⁽⁸²⁾: “*Mi padre y mi medio-hermano vivieron ambos hasta los 81 años. ¡Qué sombría perspectiva para mí!*” (Julio 3 de 1915.) En abril de 1937 anima a Arnold Zweig⁽⁸³⁾ a no retrasar la visita que proyectaba hacerle, porque “*mis pretensiones hereditarias a la vida llegan a su término en noviembre*”. (Abril 2 de 1937.) Si hemos de creer a Jones, una vez pasada esa fecha, comenzó a temer tener que vivir tanto tiempo como su madre, que alcanzó a los 95 años. Es sabido que la evolución de su cáncer no le permitió llegar a ese plazo.

En el mismo contexto, se podría insistir sobre la im-

portancia de los números 28 y 23, números misteriosos que reaparecerán a menudo en los escritos de Freud; o aun recordar que, después de los cálculos de Fliess, pensaba que sus mejores obras aparecían cada siete años. Queríamos sólo terminar con estas anécdotas hablando de la importancia asignada al número 17, lo que nos dará nueva ocasión de señalar la singular precaución que Freud tomaba para disimular su identidad cuando daba ejemplos concernientes a esas supersticiones. Es sabido que, de joven, había elegido el número 17 en una tirada de tómbola que debía revelar el carácter. Sacó la palabra “fidelidad”, que asoció después con la fecha de sus esponsales, que precisamente tuvieron lugar un 17. Se puede también señalar, de paso, que la superstición del número 17 se relaciona con la concerniente al número 61, ya que en 1917 Freud debía tener 61 años. A través del análisis de los datos biográficos, pudimos poner en evidencia, en el capítulo XII de la *Psicopatología de la vida cotidiana*, un magnífico ejemplo de “discreción” relativo a esta superstición. Freud cita el siguiente ejemplo: “*Una persona que tiene una particular preferencia por los números 17 y 19 recuerda, luego de algunos instantes de reflexión, que a los 17 años conquistó la libertad académica al devenir estudiante y que, a los 19 años, hizo su primer viaje importante y en seguida, su primer descubrimiento científico. Pero la fijación de esa preferencia sólo se efectuó dos lustros más tarde, cuando esos mismos números adquirieron determinada importancia para su vida afectiva*”. Cuando se sabe que es a los 17 años que Freud entra en la Universidad (1873); que 1875 es el año de su primer viaje a Inglaterra, casi no hay dudas sobre la identidad de esa persona que habría de casarse un decenio más tarde, el 17 de junio de 1882. Es asimismo curioso notar que, en este pasaje que trata del determinismo inconsciente de la elección de los números llamada “al azar”, los cuatro ejemplos que acompañan al nuestro ha-

cen referencia al número 17. ¡Y aun que el primer ejemplo, que Freud toma a cargo suyo, comporta un lapsus, donde el número 17 es reemplazado por el número 19, así como un error de cálculo, donde 67 es reemplazado por 57! —(51) páginas 260 a 265— .

En contraste con la multiplicidad de ejemplos posibles, asombra ver la insistencia con que Freud trata de aparecer, en sus escritos, como alguien que no es supersticioso. Hemos citado, al respecto, varios ejemplos de “disimulo”. Pero nos es preciso detenernos todavía en esto. En una carta a Martha, de la que ya hemos hablado y en la cual le preguntaba si no se había sentido menos unida a él en el momento en que rompió su anillo, declara de inmediato, en un movimiento de denegación: *“Debo confesar que mi corazón no desfalleció; no me acosó el presentimiento del fin desgraciado de nuestros esponsales, ni la negra suposición de que, justo en ese momento, te ocupabas de arrancar mi imagen de tu corazón. Un hombre sensible hubiera experimentado todo eso, pero mi único pensamiento fue que el anillo tendría que ser restaurado y que semejantes accidentes casi no pueden evitarse”*. (Carta a Martha, agosto 26 de 1882). Una actitud similar, por lo menos significativa, puede ser hallada de nuevo en el capítulo XII de la *Psicopatología de la vida cotidiana*, donde Freud escribe una frase como ésta: *“¿Tendría alguna significación el hecho de haber sido conducido ante una casa que no era la de mi paciente? Para mí no, es verdad. Pero si yo fuera supersticioso, habría percibido en ese hecho una advertencia, una indicación de la suerte, una señal que me anunciaba que la vieja señora no pasaría de ese año”*. Algunas páginas antes, había reconocido *“una tendencia a la superstición, cuyo origen se mantuvo largo tiempo desconocido por mí”*. Pero algunas páginas más adelante, volverá con insistencia sobre *“cuanto lo diferencia de un hombre supersticioso”*. Lo que, por lo demás, conocemos acerca de la facilidad con que cedía a las

emociones fundadas en esas ideas, nos destaca que éste era para Freud un problema difícil. La insistencia en la denegación nos lleva a suponer que las tendencias supersticiosas de Freud contribuyeron en gran medida a su ambivalencia frente al ocultismo. Impulsado por las mismas a creer en ciertos fenómenos, pero consciente, por otra parte, de estas tendencias, y sobre todo cuidándose de ceder a ellas, sólo podían, en definitiva, conducirlo a una profunda desconfianza sobre las pretensiones del ocultismo. Es dable pensar que sólo cuando efectuó cierto retroceso con relación a esas tendencias, después de 1920, estuvo en condiciones de formular con claridad, en sus publicaciones, tomas de posición abiertas y detalladas, en el sentido de un reconocimiento de la hipótesis de la telepatía. Con anterioridad, le habrá sido necesario un enorme trabajo psíquico. Será primero la gigantesca aventura de su autoanálisis que, por lo demás, tomará un carácter sistemático a continuación de la muerte de su padre; será después la formulación del segundo tema, que consideraba como su última contribución importante a la teoría psicoanalítica y que lo llevaría a abordar la cuestión de la pulsión de muerte, en el meollo de su problemática supersticiosa.

3. Algunos aspectos de la creatividad de Freud

Si Jones pudo afirmar que *“la actitud de Freud hacia el ocultismo ilustra mejor que todo otro tema la explicación que hemos tratado de dar acerca de su genio”*, nos sentimos tentados de retomar la fórmula, a la inversa: *“Las raíces de su genio explican la actitud de Freud hacia el ocultismo”*. Por eso diremos algunas palabras sobre determinados resortes de la creación en Freud, ya que este aspecto de su personalidad nos parece que ha sido determinante en sus posiciones sobre el ocultismo y, al contra-

rio de los datos precedentes, más bien lo ha incitado a admitir la posibilidad de ciertos fenómenos como la telepatía.

Es sabido que, desde su infancia, Freud estuvo penetrado con la premonición de que tenía que cumplir una tarea. En sus primeros contactos con la ciencia, dice con tono irónico, le parecía que no había más que elegir aquélla a la que aportaría servicios que no podrían considerarse más que como inestimables. —*Zur Psychologie des Gymnasiaster*, citado por Mannoni⁽¹⁰⁵⁾—. La curiosidad de Freud lo impulsó siempre a interesarse por problemas que ofrecían posibilidades de investigaciones promisorias. Cuando vislumbraba poca cosa, su interés se desvanecía con prontitud. El ocultismo ofrecía un campo rico de promesas. En forma muy temprana se había interesado en esas viejas creencias de la humanidad. El mundo mágico de la curación por la hipnosis y, en especial, el dominio misterioso de los sueños, rodeado todavía del halo de lo sobrenatural, iban a constituir los puntos de partida de una investigación que desembocaría en la teoría psicoanalítica. Su genio había consistido en volcarse sobre estos fenómenos, separados con desprecio por la ciencia oficial y extraer de ahí ideas fecundas para una reformulación de los problemas y una actualización de lo que podía constituirse en el núcleo de la verdad. En una carta a Fliess se había comparado con Schliemann, que exhumó a Troya, a la que todo el mundo creía mítica. La experiencia que había hecho el autor de *La interpretación de los sueños*, al “*atreverse a tomar el partido de la anti-güedad y de la superstición popular contra el ostracismo de la ciencia positiva*” —Gradiva (52) página 125— parece haberlo marcado de manera especial, y pensamos que ello lo impulsó a mantener un espíritu abierto ante la telepatía, considerada como el núcleo de verdad del ocultismo. Por lo demás, el paralelismo está formulado con claridad en *Psicoanálisis y Telepatía*, donde se muestra pronto a aceptar la existencia de ciertos fenómenos, seña-

lando que *“no sería ésta la primera vez que el psicoanálisis se hiciera el campeón de intuiciones oscuras, pero indestructibles, que hunden sus raíces en el sentido común, contra los pretendidos conocimientos de los intelectuales”*.

Esa oposición a la ciencia oficial remite asimismo a lo que vivió al querer imponer sus ideas sobre el psicoanálisis. Y cuando, en 1926, Jones le reprocha su toma de posición favorable a la telepatía, Freud le responderá: *“Una vez más me hacía falta encarar la repetición, a escala reducida, de la gran experiencia de mi vida; es decir, la proclamación de una convicción sin deber tener en cuenta cualquier eco proveniente del mundo exterior. Esa posición devenía inevitable”*. Su independencia de juicio y su aptitud para los combates solitarios, que refería a su origen judío y a las dificultades que esa circunstancia le reportó en ocasión de su ingreso en la universidad, no eran suficientes para convertirlo en un gran descubridor. Le haría falta también una capacidad de creer en lo improbable, en lo inesperado, que le permitió abordar un dominio en el cual no podían aventurarse investigadores más cuidadosos de controlar su imaginación. *“La capacidad de liberarse de los prejuicios va acompañada de cierta disminución del sentido del absurdo”*, decía en 1883. Esa misma capacidad es la que le permitirá abordar con ojo avizor el espinoso problema de la telepatía. Porque, como él mismo lo destaca en *Sueño y Ocultismo*, las ideas preconcebidas no son siempre condenables, porque a veces dispensan de un trabajo inútil, pero *“pueden también ser erróneas y perjudiciales si a priori se ignora la pertenencia de las mismas a una u otra de estas categorías. La historia de las ciencias abunda en ejemplos apropiados para ponernos en guardia contra una condena demasiado rápida.”* —(76 página 45—.

Al término de este capítulo, esperamos haber arrojado alguna luz sobre el interés, en apariencia incompre-

sible, de Freud por el ocultismo, interés que parece haber irritado tanto a Jones. Los mismos rasgos de personalidad que habían de permitirle estructurar el psicoanálisis —interrogación sobre las viejas creencias supersticiosas, capacidad de admitir lo increíble y de oponerse a los prejuicios— iban a llevarlo a volcarse sobre el ocultismo y a defender posiciones heroicas sobre la telepatía. Se estaría tentado de sostener que, con respecto a las “órdenes recibidas de las conexiones inconscientes”, la construcción del edificio psicoanalítico y la investigación sobre el ocultismo estaban en una misma relación paradigmática. Se comprende mejor, entonces, cómo Freud pudo escribir a Hereward Carrington, en 1921, que si hubiera tenido que rehacer su vida tal vez la consagrara a las investigaciones sobre los fenómenos ocultos.

III. LAS INFLUENCIAS HISTÓRICAS:

ENSAYO DE RETORNO A LAS FUENTES

Después de haber aclarado algunas ambigüedades semánticas, y luego de haber dado un panorama de las dimensiones inconscientes del problema, es indispensable ahora situar las concepciones freudianas sobre el ocultismo en su contexto histórico. Esta puntualización permitirá disipar muchas contradicciones, que sólo surgen si se olvida que el pensamiento freudiano está en perpetua elaboración y que si se quiere recuperar la coherencia se hace indispensable una visión histórica.

Freud no era un investigador que estuviera fuera del

mundo y hay motivos para pensar que sus concepciones sobre el ocultismo han estado motivadas por un juego de influencias complejas y contradictorias. Nos es preciso buscar el rastro en sus amistades —con la dimensión transferencial que implicaban—; en el ambiente cultural de la época —donde la “Recherche Psychique” tenía cierta influencia—; en sus experiencias personales y en sus lecturas. Nos es necesario, asimismo, tener en cuenta las necesidades tácticas que pudieron imponerse para preservar la existencia del movimiento psicoanalítico naciente. Vamos ahora a evocar todos estos aspectos.

1. Wilhelm Fliess: 1887-1902

La amistad de Freud con Fliess, que se extendió desde 1887 hasta 1902 es la más íntima de las que se le conocieron. Es sabida la importancia de esa relación, a través de la cual tomó cuerpo una situación transferencial ejemplar, verdadero análisis original que se ubicó en la base del psicoanálisis. O. Mannoni —(106) páginas 115-130— ha señalado cómo la cuestión de la muerte estaba allí en primer plano y, sobre todo, cómo los conocimientos de uno y de otro se vieron así modificados, sometiéndose a los efectos del deseo inconsciente. Dicho autor subraya también en qué medida *“el saber que se adquiere en el campo de la transferencia, que es campo del deseo, obedece a reglas particulares”*, recordando que Freud no sólo no criticó jamás las teorías “delirantes” de su amigo, sino que las adoptó, las hizo suyas y mantuvo la creencia en ellas mucho tiempo después de su desavenencia definitiva. Max Schur⁽¹²⁷⁾ hizo, en fecha reciente, un análisis muy completo de esa relación, en el mismo sentido. Debemos detenernos en las ideas de Fliess, ya que creemos que durante mucho tiempo ejercieron su efecto en la investigación de Freud sobre el ocultismo.

a. *Sobre la teoría de los períodos*

Hay tres ideas en el centro de los “descubrimientos” de Fliess: la de la existencia de relaciones íntimas entre la nariz y los órganos genitales femeninos, la de la bisexualidad y, por fin, la de la periodicidad. Nos limitaremos aquí a esa teoría de los períodos y sus desarrollos, para señalar sus relaciones con la visión ocultista del mundo.

Fliess formula el primer desarrollo de sus especulaciones sobre la periodicidad en la vida humana en el ensayo sobre *Las relaciones entre la nariz y los órganos genitales femeninos desde el punto de vista biológico*, publicado en 1897:

“Los hechos observados nos obligan a poner en evidencia otro factor. En efecto, nos enseñan que, al lado del fenómeno menstrual que se reproduce cada veintiocho días, existe otro grupo de fenómenos periódicos que lo hacen cada veintitrés días, a los cuales están sometidos todos los individuos de todas las edades, cualquiera sea el sexo a que pertenezcan.

“(...) Ese conocimiento, una vez adquirido, nos lleva a pensar que el desarrollo de nuestro organismo se produce a sacudidas, en el curso de estos períodos sexuales y que, a raíz de estos últimos, el día de nuestra muerte está tan por completo prefijado como el de nuestro nacimiento. Los trastornos debidos a la enfermedad están sometidos a las mismas leyes periódicas que los fenómenos periódicos mismos.

“La madre transmite sus períodos a su hijo y, de acuerdo con el primer período transmitido, determina su sexo. Los períodos continúan después en el niño y prosiguen conforme al mismo ritmo a través de las generaciones. Al igual que la energía misma, no pueden ser recreados y su ritmo no se modifica

mientras los seres organizados continúen reproduciéndose sexualmente. Estos ritmos no atañen sólo a la especie humana, sino también a los animales y, sin duda, a todo el universo organizado. La asombrosa precisión con que se mantiene el intervalo de veintitrés días o de veintiocho, según el caso, permite suponer que existe una estrecha relación entre las condiciones astronómicas y la creación de los organismos.” (Citado en (80) página 4).

A partir de la idea de que determinadas afecciones ginecológicas pueden ser curadas por cauterizaciones de los cornetes nasales, el libro alcanza así los más altos niveles de la literatura ocultista. Existirían dos grandes ciclos en las especies animales y vegetales, y todos los principales acontecimientos coincidirían con múltiplos del número que representa el ciclo. Fliess pretende explicar todos los acontecimientos importantes con ayuda de este esquema numerológico. Así, la muerte de Goethe sobrevino al 30.156º día de su vida, o sea, 1.077 ciclos de 28 días; no existen dudas para Fliess de que *“Goethe murió cuando la 1.077ª menstruación femenina hubo agotado la última parcela de su maravillosa constitución”*.

Estos desarrollos habrían de tomar una amplitud creciente en el curso de los años, sobre todo en su obra principal *El curso de la vida*, que apareció en 1906, así como en escritos más populares: *De la vida y de la muerte*, *El año en el ser viviente*, *Tres obras concernientes a la teoría de los períodos*. Algunos extractos de la primera obra darán una visión de la dimensión mística de la concepción de Fliess. Se verá que no estamos ahí muy lejos de la teoría ocultista de las correspondencias, sobre la cual hemos insistido más atrás:

“Nuestra exploración nos enseñó bastante más. Nos ayudó a hacer retroceder los límites de lo individual. Todos los esquejes de rosas forman un solo e inmenso rosal. Todos los álamos una sola indivi-

dualidad. Están encerrados en una misma floración y tienen una muerte común. (...) Algo así como la totalidad de las células de nuestro cuerpo, que componen órganos tan distintos como el corazón, el hígado, el cerebro y que se regeneran sin cesar. Están encadenadas entre sí, indisolublemente, en un mismo período vital. Cuando la cantidad de sustancia viva asignada al comienzo ha sido usada, la vida se detiene como un reloj. Esto, tanto en una relación física como en una separación en el espacio. (...) En lo que atañe a nuestras características físicas o espirituales, dependemos de nuestros ancestros, tanto femeninos como masculinos; vivimos de su vida, morimos de su muerte. ¿Puede haber un acontecimiento más asombroso que el que les he referido en ocasión de una conferencia precedente, a saber, que la fecha de nacimiento del nieto y del biznieto dependen, de modo exacto, en cuanto a tiempo y fechas, del día de la muerte de la abuela y la bisabuela? La muerte, siguiendo un orden admirable, crea el espacio vital para los que nacen. Muerte, amor y vida están ligados y tienen un lugar bien determinado en el tiempo y en la gran corriente del reino viviente sobre la tierra, del cual nosotros somos gotas.” El curso de la vida. —Traducción Gillet y Fédida (36)—.

Parecería una disertación sobre la Armonía Universal. ¡Sin duda Freud no creyó expresarlo tan bien cuando calificó con entusiasmo a su amigo de “Kepler de la biología”! Pero es el Kepler de las especulaciones místicas del “Mysterium Cosmographicum”.

b. Freud: un crítico ambivalente

Es sabido que, en la época en que Fliess publicó *El curso de la vida* (1906), sus relaciones con Freud se halla-

ban interrumpidas desde hacía casi cinco años. Kris —en (80)— piensa, por lo demás, que el interés que Freud había manifestado por la teoría de los períodos disminuyó a partir de 1898, mientras avanzaba su autoanálisis y las doctrinas de Fliess, alejándose cada vez más de los hechos y de la observación, tomaban una dirección que no podía más que dañar su propia progresión teórica. Si, como pretendía su amigo, todos los aspectos de las manifestaciones neuróticas estaban con todo rigor determinados por las fechas críticas de la vida, obedeciendo a una rigidez matemática absoluta, sus criterios sobre la dinámica del inconsciente ya no tenían lugar.

En los primeros años de la relación con Fliess, Freud parece haber quedado muy sorprendido por los “descubrimientos” de su amigo, como lo atestiguan ciertos pasajes de su correspondencia (que, por lo demás, no figuran en el volumen de las cartas de Freud a Fliess —(80)—, pero están citadas por Schur en (127). Es así como, en oportunidad de un episodio de claudicación cardíaca de su padre, de 81 años de edad entonces, Freud escribe a Fliess, el 30 de junio de 1896:

“Me has enseñado que detrás de todo absurdo popular se oculta un elemento de verdad y puedo darte un ejemplo. Ciertas cosas no deberían ser dichas en broma, so pena de devenir serias. Así, hace poco te escribí que, en realidad, no era necesario un congreso y hoy debo informarte sobre el serio obstáculo que viene a trabar nuestro próximo congreso o, en todo caso, la fijación de su fecha. Mi anciano padre (tiene 81 años) se encuentra en Bade, en un estado de salud crítico (...).” (Comienzo de la carta citada en Schur, (127) página 136. Fin de la carta citada en (80) página 150).

Meses más tarde, escribe (9 de octubre de 1896):

“El estado de mi anciano padre reducirá, sin duda, al mínimo mi participación. (...)

“Tú sabes que no bromeo con fantasías como las que conciernen a los períodos históricos y es así porque no veo razones para ello. Hay algo en estas ideas: es el presentimiento simbólico de realidades desconocidas, con las cuales aquéllas tienen algo en común. Dado que hasta los órganos no son los mismos, no se puede continuar negando las influencias celestes. Saludo en ti al astrólogo de honor.” (Citado en Schur, (127) página 138).

Sin embargo, un año después dará testimonio de un tono mucho más reservado: *“Cuanto me enseñas a propósito de los astros no despierta en mí más que una infructuosa admiración”*. (15 de octubre de 1897). Y cuando, algunos años después de la aparición de *El curso de la vida*, Jones discutió al respecto con Freud, éste se mostró bastante irónico: *“Multiplicando 23 y 28 por su diferencia y agregando o sustrayendo los resultados o aun por un cálculo más complicado, él habría, no importa cómo, obtenido la cifra que deseaba”*. (Citado por Jones (95), tomo 1, página 321.)

Sin embargo, como subraya Mannoni⁽¹⁰⁶⁾, sería falso creer que Freud hubiera abandonado, en forma radical, toda creencia en las teorías de Fliess. En 1898, aparecerá todavía como un defensor apasionado de su amigo. La acogida que hizo al ensayo sobre *Las relaciones entre la nariz y los órganos genitales femeninos* fue más bien reservada. En la “Wiener Klinische Rundschau del 10 de abril de 1898 apareció un informe poco halagüeño. Se citaban allí algunos pasajes del libro de Fliess para demostrar lo absurdo de sus deducciones. Cuando Freud se enteró del artículo, protestó ante el redactor en jefe contra ese informe *“desfavorable y aplastante, hecho por alguien muy joven y poco competente”* —(49) página 374—, y rompió relaciones con la revista. Algunos días después informó a Fliess sobre el incidente en estos térmi-

nos: *“En el número de la Wiener Klinische Rundschau podía leerse una crítica de tu libro por un tal Ry, modelo de ese tipo de insolencia característico de la absoluta ignorancia”*. (Carta del 14 de abril de 1898; citada en Schur (127) página 181).

Se ve, por su posición y su carta a Fliess, que Freud, en la situación transferencial, estaba lejos de rechazar los desarrollos numerológicos de su amigo. El 26 de agosto de 1898 le escribe:

“Ayer me llegó la buena nueva: de modo que los enigmas del universo y de la vida comienzan a ser elucidados; el pensamiento logra resultados tan felices que sobrepasan a los sueños. A tu juicio, sólo se podría llegar al objetivo final mediante las matemáticas; sea largo o corto el camino a seguir, estoy persuadido de que se halla abierto”.

Lo veremos aún utilizar expresiones ditirámicas el 7 de mayo de 1900:

“...La belleza de la concepción, la originalidad de las ideas, la simplicidad de los razonamientos y la convicción del autor, crearán una impresión que será un primer resarcimiento de toda la penosa lucha llevada contra el demonio.”

Haciendo aún alusión al incidente de la “Wiener Klinische Rundschau”, escribe en 1901 en *El sueño y su interpretación* —(50) página 69—:

“La mala acogida hecha al libro de mi amigo me había apenado tanto más cuanto que este libro encierra un descubrimiento biológico que considero esencial y que los colegas —después de tantos años— comienzan hoy a apreciar”.

Freud conservará aún un resto de creencia en la teoría de los períodos largo tiempo después de su ruptura con Fliess. En octubre de 1910, tratará de poner a prueba esa teoría en el análisis de sus propios sueños —(49) página 151—. Si bien los resultados no se mostraron significa-

tivos, no se puede decir otro tanto de la tentativa. El 13 de febrero de 1911, anima a Abraham a encontrar a Fliess en Berlín y habla aún de su amigo en estos términos: *“Ha de conocer usted a un ser extremadamente dotado y seductor y tendrá también la posibilidad de estudiar más de cerca la semilla de verdad que, por cierto, contiene la teoría de la periodicidad”*.

Al respecto, es singular comprobar que Abraham, a quien no se puede acusar de una particular credulidad y que siempre se había mostrado escéptico hacia las ideas de Fliess, escribirá a Freud, en una carta del 8 de septiembre de 1925, el curioso pasaje siguiente: *“Mi enfermedad ha confirmado, en forma particularmente asombrosa, todas las ideas de Fliess sobre la periodicidad”*. Está siendo tratado entonces por Fliess por un cáncer de pulmón, que había de llevárselo apenas tres meses más tarde.⁽⁸²⁾

En fin, una carta de Freud a Popper-Lynkeus (4 de agosto de 1916) testimonia todavía su adhesión a las teorías de Fliess:

“Éste, gracias a sus propias observaciones, ha actualizado muchas aseveraciones relativas al ritmo de los fenómenos vitales y les ha agregado un descubrimiento esencial; a saber, que existen dos ritmos de este género: uno masculino, de veintitrés días, el otro femenino, de veintiocho. Aún después de que nuestra amistad concluyó, he conservado cierta fe en esa idea”.⁽⁷⁹⁾

En sus escritos, Freud volverá en muchas oportunidades sobre las concepciones de Fliess,^(59, 65) con una óptica más bien crítica. En *Más allá del principio del placer*⁽⁶⁷⁾ habla todavía, a pesar de todas sus reservas, como de una “grandiosa concepción” (página 57).

La influencia de Fliess, ejercida en el campo de la transferencia, parece haber sido, pues particularmente tenaz. Marcó con su impronta las reflexiones de Freud sobre el ocultismo y alimentó su ambivalencia frente a esta delicada cuestión. ¿Qué presentía éste en ese núcleo de verdad que reconocía a la teoría de los períodos? Es verdad que el concepto de “compulsión de repetición”, tan importante en la concepción psicoanalítica de la superstición y de la “fatalidad del destino” que da, a veces, la impresión de un encarnizamiento demoníaco de la suerte (neurosis de destino, halló alimento en la teoría de la periodicidad, despojada de su dimensión cosmológica. Es dable pensar, sin embargo, que la noción de “compulsión de repetición” no podría resumir, en su totalidad, lo que Freud entendía por “núcleo de verdad” si hemos de creer en las observaciones que hizo a Popper-Lynkeus y la confirmación que, tardíamente, le aportó Abraham.

Es también posible que la búsqueda persistente del núcleo de verdad en las manifestaciones paranormales hunda, en parte, sus raíces en la relación con Fliess: ¿no es ese mismo leit-motiv del “núcleo de verdad” que reaparecerá en todos los escritos de Freud sobre la telepatía? Por fin, no se puede dejar de destacar que los dos personajes en quienes más tarde depositaría más esperanza, Jung y Ferenczi, tenían también esa curiosidad por lo sobrenatural y este gusto por las grandes construcciones intelectuales que tanto lo habían fascinado en Fliess.

Carl-Gustav Jung: 1907-1914

El 3 de marzo de 1907, Freud conoció a Jung con quien mantenía correspondencia desde hacía algunos meses. Tal vez atraído por el espíritu original de Jung, su curiosidad y sus intereses de múltiples facetas, Freud había de elegirlo bien pronto como su sucesor. No obstante, sus esperanzas quedarían pronto defraudadas y, como es sabido, las disensiones iban a perfilarse muy pronto en el horizonte de una amistad que no habría de resistir a las profundas divergencias teóricas. El divorcio definitivo tuvo lugar en 1914, después de alrededor de dos años de desavenencias. No es nuestra intención recordar los diversos episodios de esa agitada ruptura, los enfrentamientos teóricos que la alimentaron, las polémicas que suscitó de una y otra parte (véase a este respecto: (62, 95). Sólo deseamos referirnos aquí a ciertos aspectos de la vida de Jung, en cuanto pueden tener relación con el tema que nos ocupa. Subrayaremos, en especial, tres puntos: la precocidad de su interés por el ocultismo, la importancia del problema del ocultismo en las discusiones entre Freud y Jung y la influencia de las divergencias con Jung en la orientación de las teorías freudianas sobre el tema.

Es obvio decir que la psicología de Jung está impregnada en forma acentuada por el misticismo; al hacerlo, pensamos, en particular, en obras bastante posteriores a la ruptura con Freud, como *La energética del alma* (1928), *El secreto de la flor de oro* (1929), *Psicología y religión* (1940), *Psicología y alquimia* (1944). Pero a menudo se olvida que el interés de Jung por el ocultismo se había manifestado mucho antes; aún con anterioridad a su “período psicoanalítico”, y que fue uno de los temas de discusión con Freud y Ferenczi. Es preciso que nos detengamos en este hecho.

a. Un interés precoz por el ocultismo

La infancia de Jung nos aclara los orígenes de su búsqueda espiritual. En la familia de su madre había seis eclesiásticos y dos en la de su padre, quien fue, él mismo, pastor protestante, atormentado toda su vida por la duda metafísica. Una atmósfera religiosa y mística impregnaba el linaje materno. Su abuelo, primer pastor de Bâle, tenía en su gabinete de trabajo un sillón especialmente reservado para el espíritu de su difunta primera esposa, Magdalena. Con gran desagrado de su segunda mujer, Augusta, cada semana, a una hora fija, tenía con regularidad una conversación secreta con el espíritu de Magdalena. Su hija, Emilia Preiswerk —la madre de Jung— debía sentarse siempre detrás de él cuando escribía sus sermones, ¡porque no podía soportar que pasaran espíritus por detrás de sí y lo perturbaran mientras estudiaba! Un ser viviente sentado detrás hacía huir a los espíritus. Hay también bastantes anécdotas relativas a Augusta, la abuela materna de Jung. A la edad de dieciocho años cayó gravemente enferma, al cuidar a su hermano afectado de escarlatina, y permaneció treinta y seis horas en estado letárgico. El carpintero había llevado ya el ataúd a la casa, cuando la madre, que no podía creer en su muerte, la devolvió a la vida mediante una plancha aplicada sobre su nuca. Se dice que Augusta tenía el don de la doble visión y su familia establecía una relación entre ese don y el incidente de la letargia.

En su autobiografía,⁽⁹⁸⁾ Jung relata que hizo el descubrimiento de un pequeño libro sobre las apariciones de los espíritus, hacia 1896. Se trataba de un informe sobre los comienzos del espiritismo, y dice que sus dudas iniciales se disiparon con rapidez. Quedó muy impresionado con los trabajos de Zoellner y de Crookes y, desde entonces, devoró toda la literatura accesible sobre espiritismo. Muy pronto leyó siete volúmenes de Swedenborg, célebre

visionario sueco, que halló en sus sueños y en sus comunicaciones con los espíritus los fundamentos de una nueva fe teosófica. Todas estas lecturas lo llevaron a interrogarse sobre la autenticidad de esos fenómenos, de lo que pronto quedó convencido, pese a la incredulidad irónica de sus camaradas. Por lo demás, el 28 de noviembre de 1896, les hizo una exposición muy apreciada sobre “los límites de las ciencias exactas”, que constituía un alegato en favor de un estudio objetivo del hipnotismo y el espiritismo.

Ese interrogante sobre el ocultismo había de proseguir a lo largo de todos sus estudios de medicina. En 1902 defenderá, con Bleuler, su tesis: “De la psicología y de la patología de los llamados fenómenos ocultos”.⁽⁹⁶⁾ En este trabajo, relata sus investigaciones, realizadas durante cerca de dos años, con una joven “medium” de 15 años, cierta señorita S.W... Se trataba, dice, de una jovencita con una carga hereditaria e inteligencia mediocre. Los primeros fenómenos “sobrenaturales” de que aquélla tuvo experiencia habían sobrevenido a los cinco o seis años de edad, cuando durante la noche vio el fantasma de su abuelo, a quien, por otra parte, no había conocido jamás. Éste le afirmó que, en adelante, sería su guía espiritual. Además de eso, no tuvo casi anomalías hasta que oyó hablar de las mesas giratorias, y comenzó experiencias espiritistas en reuniones familiares. Se comprobó entonces que se manifestaba como una excelente “medium”. Jung fue testigo de su primer trance, en agosto de 1899. Habló entonces un alemán literario, con un refinamiento y una seguridad que estaba lejos de tener en estado consciente. Transmitía también mensajes provenientes de diversas personas, vivas o muertas, en especial de su abuelo. Jung describe y analiza en forma extensa sus trances y sus éxtasis, sus visiones, su escritura automática, los fenómenos de las mesas giratorias. Su tesis contiene muy finos análisis, en el más puro estilo de los escritos de la época sobre

el sonambulismo y los “desdoblamientos de la personalidad”. No insistiremos más sobre este trabajo, en el cual se hallan en germen cantidad de interesantes ideas sobre los mecanismos inconscientes, susceptibles de explicar los fenómenos y donde Jung hace ya referencia a la *Interpretación de los sueños*.

Queremos más bien señalar aquí que, en su tesis, Jung había silenciado cierto número de hechos, y que sus investigaciones revestían para él una dimensión muy especial, como surge de su autobiografía. En efecto, la famosa medium no era otra que la propia prima de Jung, Hélène Preiswerk. Aunque Bleuler estaba al corriente, guardó el secreto, que sólo fue revelado en 1935, por uno de los grandes amigos de Jung: Albert Oeri.⁽¹¹⁵⁾ Más tarde, Jung relató los acontecimientos que precedieron a sus investigaciones espiritistas. Curiosos fenómenos se habrían producido durante el verano de 1898. Jung afirma, en su autobiografía —(98) páginas 130-133—, que un día que trabajaba en su escritorio, habían sobrevenido ruidos extraños, durante las vacaciones veraniegas. Fue como un disparo de pistola. Pronto descubrió que una sólida mesa de nogal se había hendido, en condiciones que consideró siempre inexplicables. Quince días más tarde, se trató de un golpe sordo que repercutió en el aparador. Un cuchillo para pan, que allí se hallaba, tenía su hoja quebrada por completo, también entonces en condiciones que no pudo explicar uno de los mejores cuchilleros de la ciudad. Esa historia hubo de impresionar a Jung en forma muy especial, ya que conservó largo tiempo los trozos del cuchillo y tomó fotos de ellos.¹ El acontecimiento le pareció tan cargado de sentido que hizo llegar a Rhine, más de treinta y cinco años después, una fotografía de los frag-

1. Estos preciosos fragmentos fueron guardados en lo que llamaba su “escondrijo”, pequeño hueco practicado en la pared de una alcoba contigua a su escritorio. El “escondrijo”, cerrado con una llave que Jung llevaba siempre en su bolsillo, contenía también las cartas de Freud —(86) página 15—.

mentos, como testimonio de la posible acción del psiquismo sobre la materia (citado por Rhine en⁽¹¹⁹⁾ página 89). Algunas semanas después de los misteriosos sucesos, Jung supo que ciertos miembros de su familia hacían girar las mesas desde algún tiempo atrás y que cooperaban con su propia prima, que servía de medium. Bien pronto se unió al pequeño círculo familiar y, en esas circunstancias, pudo reunir el material clínico, retomado a continuación en sus tesis. Después de haber suministrado estas precisiones, Jung agrega:

“Ese conjunto de hechos constituyó la amplia experiencia que trastornó mi primera filosofía y me permitió acceder a un punto de vista psicológico. Yo había adquirido conocimientos objetivos sobre el alma humana. Pero esa experiencia, una vez más, era de tal naturaleza que se me hacía imposible hablar al respecto. No conocía a nadie a quien pudiese comunicarla.”

b. Entre Freud y Jung, la cuestión del ocultismo

Nos hemos detenido en estas anécdotas porque nos parecen indispensables para comprender algunos aspectos de las complejas relaciones que unieron a Freud y Jung. Algunas experiencias paranormales que Jung había vivido en su juventud lo preocuparon al máximo y, como subraya en su autobiografía, no podía hablar de eso con nadie. ¿Esperaba encontrar en Freud al interlocutor tan esperado? Es evidente que, en su autobiografía, insiste sobre la importancia de las divergencias acerca del ocultismo en la génesis de las relaciones conflictuales con Freud. Sin embargo, se desprende una muy distinta impresión del análisis de la correspondencia intercambiada entre ambos, donde las alusiones al ocultismo son sólo muy episódicas.

Las primeras observaciones se hallan en una carta de

Jung, del 2 de noviembre de 1907, en la cual informa sobre su designación en la Sociedad Americana de Investigaciones Psíquicas.

“He devenido, por mis méritos como ocultista, «honorary fellow of the American Society for Psychological Research». En ese carácter, me he vuelto a ocupar mucho más de los fenómenos ocultos. Vuestros descubrimientos pasan aquí su prueba del modo más brillante. ¿Qué piensa usted en este terreno?” —(86) página 151—.

Freud no respondió a esta pregunta, pero cuatro años más tarde le corresponderá anunciar a Jung su designación en la Sociedad de Investigaciones Psíquicas de Londres (Carta a Jung del 17 de febrero de 1911).²

De hecho, la cuestión del ocultismo se planteará en ocasión del encuentro en Viena, el 25 de marzo de 1909. Vamos a detenernos en esta anécdota interesante por varios motivos, ya que nos permitirá dar un nuevo ejemplo de las creencias de Jung, calibrar las posiciones de Jung ante las alusiones de aquél y, no lo menos interesante, dar un ejemplo de la tendencia de Jones a deformar ciertos hechos relacionados con las posiciones de Freud sobre el ocultismo.

Jones relata así el episodio en cuestión:

“En ocasión de una de sus primeras visitas a Viena, el 25 de marzo de 1909, Jung regaló a Freud el relato sorprendente de sus experiencias y desplegó sus talentos de mago haciendo tabletear diversos objetos apoyados sobre los muebles. Freud admite haber quedado impresionado por los resultados y tratado de imitarlo luego de su partida. Descubrió, sin embargo, las causas físicas evidentes en el origen de

2. Muy curiosamente, la edición francesa de esa carta comporta un lapsus no desprovisto de sentido, porque la “Society for Psychological Research” ¡es designada con el nombre de “Society for Psychoanalytical Research”! —(86) tomo 2, página 144—.

los ruidos observados, y nos contó que su credulidad se había desvanecido junto con la presencia mágica de Jung. Le escribió de inmediato a su amigo para aconsejarle mantener la mente fría acerca de este capítulo.” —(95) tomo 3, página 434—.

A juzgar por el relato de Jones, se podría suponer que se trataba de un espectáculo de prestidigitación al que se habría entregado Jung, para el mayor placer de Freud. Ahora bien, si nos remitimos a la correspondencia que siguió y a la narración que Jung hace del episodio en su autobiografía, no cabe ninguna duda de que la verdad era mucho más compleja para Freud y más aún para Jung, que no se hallaba allí, en absoluto, en una actitud de ilusionista.

Sucede, en efecto, que Jung, en el capítulo de su autobiografía donde explica sus desacuerdos con Freud, hace alusión a esa famosa visita y a los fenómenos que sobrevivieron en esa ocasión. Es preciso citarlo en forma textual, para medir la diferencia existente entre la versión de Jones y la significación que Jung le asigna a los hechos:

“Yo quería conocer las opiniones de Freud sobre la precognición y la parapsicología en general. Cuando fui a verlo a Viena, en 1909, le pregunté qué pensaba al respecto. Fiel a su prejuicio materialista, rechazó todo este complejo de cuestiones, no viendo ahí más que tonterías y defendiendo un positivismo tan superficial que me fue difícil contenerme para no contestarle con excesiva causticidad. Pasaron varios años antes de que Freud reconociera la seriedad de la parapsicología y el carácter de dato real de los fenómenos “ocultos”. En tanto que Freud exponía sus argumentos, yo experimentaba una extraña sensación; me parecía que mi diafragma era de hierro y se tornaba ardiente, como si formara una bóveda abrasadora. Al mis-

mo tiempo, en el mueble biblioteca que estaba al lado nuestro resonó un crujido que nos dejó a ambos espantados. Nos pareció que el mueble se iba a derrumbar sobre nosotros. Esa fue, con exactitud, la impresión que nos produjo el crujido. Le dije a Freud: "He aquí lo que se llama un fenómeno catalítico de exteriorización". — "¡Ah, dijo él, es pura tontería!" — "¡Pero no! le repliqué; usted se equivoca, señor profesor. Para probarle que tengo razón, me adelanto a decirle que el mismo crujido se va a repetir". En efecto, apenas había pronunciado estas palabras cuando hizo oír el mismo ruido en el mueble. Aún hoy ignoro cómo me llegó esa certidumbre, pero sabía muy bien que el crujido se repetiría. Entonces, por toda respuesta, Freud me miró siderado. No sé qué es lo que pensaba ni lo que veía. Lo cierto es que esa aventura despertó su desconfianza hacia mi persona; tuve la sensación de que le había hecho una afrenta. No hemos vuelto a estar juntos" (citado en (98) página 182).

Para Jung no se trataba, pues, de tableteos, sino de enormes crujidos cuya significación era misteriosa y quedamos, en verdad, asombrados cuando vemos a Jones contar los hechos dando a entender que se trataba de banales jugarretas. De regreso a Zurich, algunos días después del incidente, Jung, por lo demás, le escribió a Freud así (2 de abril de 1909):

"Cuando partí de Viena, experimenté ciertos "sentimientos de incompletud" con relación a la última velada que pasé con usted. Me ha parecido que mi espiritismo, pese a todo, lo había irritado y tal vez perturbado a causa de la analogía con Fliess. (¡Locura!)" — (86) página 293 —.

En cuanto a Freud, si al fin elimina la hipótesis de lo sobrenatural, no era para nada evidente —tampoco para

él— que se tratara de prestidigitación. Al contrario de lo que Jones afirma, puso, por otra parte, más de tres semanas para contestar y buscó con insistencia la causa física posible de los fenómenos, que parecían, pues, haberlo impresionado. Menos aun entran en juego eventuales ensayos de imitación. En efecto, veamos lo que escribió a Jung el 16 de abril de 1909 (traducido en (86) página 295 y en (98) página 419):

“Es notable que la tarde misma en que yo lo adoptaba formalmente como a mi hijo mayor; cuando lo ungía como sucesor y príncipe heredero —in partibus infidelium—, usted me haya despojado de mi dignidad paterna y que ese despojo haya parecido agradarle tanto como a mí la investidura de su persona. Temo recaer, ante usted, en mi papel de padre, si le hablo de mis ideas acerca de los fantasmas; pero es necesario que lo haga, porque las cosas son distintas de lo que usted podría creer. No niego, pues, la fuerte impresión que me han producido sus investigaciones y sus experiencias. Después de su partida, me propuse hacer algunas observaciones; le doy aquí los resultados. En mi primer cuarto, allí donde las dos pesadas estelas egipcias se apoyan sobre las tablas de encina de la biblioteca, los crujidos son continuos. Esto, pues, es claro. En el segundo cuarto, allí donde los escuchamos, los crujidos son muy raros. Al principio, creí que se podría contar con una especie de prueba, si los ruidos que con tanta frecuencia oímos mientras estuvo presente no se escuchaban más después de su partida. Pero después se repitieron a menudo, aunque nunca en relación con mis pensamientos, y jamás cuando me ocupaba de usted o de su problema particular. (Ni tampoco ahora, agregaría como desafío.) Además, bien pronto otra cosa restó a la observación una parte de su significación. Mi creduli-

dad, o por lo menos mi buena voluntad para ser crédulo desapareció con el encanto mágico de su presencia aquí; por no sé qué motivos interiores, me parece de nuevo por completo improbable que pueda producirse lo que fuere de ese género; los muebles privados de espíritu están ante mí, como la naturaleza privada de dioses ante el poeta, después de la desaparición de los dioses de Grecia. Vuelvo a ponerme, pues, todavía una vez, las gafas paternas, con montura de asta y pongo en guardia a mi querido hijo, rogándole mantener fría su cabeza, renunciando a un exceso de voluntad de comprensión más bien que a sacrificar demasiado a la causa de la comprensión; y sacudiendo mi cabeza, concedora de la psicosis, me digo: sí, helos aquí a los jóvenes, sin verdadera satisfacción salvo allí donde pueden andar sin nosotros, donde nuestro aliento demasiado corto y nuestras piernas fatigadas no nos permiten seguirlos'' (extracto, citado en (98) página 419).

Freud parece, pues, haber hesitado sobre la naturaleza de los fenómenos que se produjeron en presencia de Jung. Además, en caso contrario, no se comprende por qué hubiera experimentado la necesidad de tan larga demostración. ¿Tenía sólo por objeto frenar el entusiasmo de Jung, cuyos peligros tal vez Freud ya presentía? ¿O bien hay que comprenderlo como una demostración hecha para sí mismo, para eliminar sus últimas dudas sobre el origen de los fenómenos? Fenómenos a los cuales todavía hará alusión ocho meses más tarde (carta a Jung del 19 de diciembre de 1909).

Sin embargo, la pasión de Jung por el ocultismo no había terminado de atormentar a Freud. Muy indeciso acerca de su juicio sobre el ocultismo, este último estaba, ante todo, preocupado por no comprometer al psicoanálisis en ese terreno peligroso. Jung relata una conversa-

ción que habría tenido lugar en Viena, en 1910:³

“Conservo aún un vivo recuerdo de Freud, diciéndome: «Mi querido Jung, prométame no abandonar jamás la teoría sexual. ¡Es lo más esencial! Fíjese; debemos hacerla un dogma, un bastión inexpugnable». Me decía eso lleno de pasión y con el tono de un padre que dijera: «¡Prométame una cosa, querido hijo: vé todos los domingos a la iglesia!» Algo asombrado, le pregunté: «¿Un bastión contra qué?» Me respondió: «Contra la marea de desechos de... —aquí hesitó un momento para agregar— del ocultismo». ” —(98) página 177—.

Jung parece haber estado en especial perturbado por esa actitud de Freud y ve ahí una de las causas esenciales de su ruptura con éste.

“Este shock, dice más lejos, golpeó en el corazón de nuestra amistad. Yo sabía que jamás podría hacer mía esa posición. (...) Sin comprenderlo bien entonces, había observado en Freud la irrupción de factores religiosos inconscientes. Con toda evidencia, quería enrolarme con miras a una común defensa contra contenidos inconscientes amenazadores.” —(98) página 178—.

c. La evolución de las posiciones de Freud

Freud no había de permanecer en posiciones tan categóricas. Es interesante seguir la evolución paralela de los consejos de prudencia prodigados a Jung y a Ferenczi. Surge a través de los mismos una progresiva tendencia a la aceptación de la autenticidad de ciertos fenómenos llamados “ocultos”, a saber, los hechos de la telepatía. Esa

3. De hecho, Jung comete probablemente un error en cuanto a la fecha exacta del episodio, ya que, a través del estudio de la correspondencia Freud-Jung, no parece que Jung haya estado jamás en Viena en 1910.

evolución se anuncia sobre todo a fines de 1910 y parece ligada a las experiencias realizadas por Ferenczi.

En diciembre de 1910, Freud tuvo ocasión de encontrar a Jung con motivo de un viaje a Munich y mantuvieron una larga conversación a propósito de los descubrimientos de Ferenczi. Jung informó a Freud acerca de experiencias convincentes a las que se había dedicado y se mostró dispuesto a colaborar con Ferenczi en este terreno. A creer en lo que dijo a Ferenczi, Freud se mostró satisfecho de ese encuentro: *"Jung ha estado magnífico, lo que ha tenido para mí un efecto saludable. Le dije cuanto guardaba en el corazón: la historia de Adler, mis propias dificultades, mis preocupaciones acerca de lo que conviene hacer en lo que respecta al problema de la telepatía... Estoy más que nunca convencido de que es el hombre del mañana"*. —29 de diciembre de 1910; citado por Jones, (95)—.

En mayo de 1911, alentado por las investigaciones paralelas de Ferenczi, Jung actualiza los proyectos de colaboración con relación al ocultismo y solicita el acuerdo de Freud (8 de mayo de 1911):

"Me parece que tenemos, asimismo, que conquistar el ocultismo, a partir de la teoría de la libido. Me oriento en la actualidad hacia la astrología, cuyo conocimiento parece indispensable para la comprensión de la mitología. Hay cosas asombrosamente extrañas en esas oscuras comarcas. Permítame, le ruego, errar sin preocupaciones en esos infinitos. Recogeré un rico botín para el conocimiento del alma humana." —(86) página 173—.

Tres días más tarde, Freud participa a Ferenczi las proposiciones de Jung:

"Jung me escribió que debemos comenzar el dominio del ocultismo y me pide mi acuerdo sobre una cruzada que conduciría en la esfera del misticismo. Me doy cuenta de que no es posible rete-

nerlos a ustedes dos. Por lo menos, prosigan en colaboración; se trata de una expedición peligrosa y yo no puedo acompañarlos.” (Carta del 11 de mayo de 1911. Citada por Jones.)

Al día siguiente, incita del mismo modo a Jung a la prudencia (12 de mayo de 1911):

“Sé que sus más íntimas tendencias lo impulsan hacia el estudio de lo oculto y no dudo de que regresará ricamente cargado (...) Tan sólo, no se quede allá lejos, en las colonias tropicales; se trata de gobernar en casa.” —(86) página 174—.

El debate sobre la astrología se prolonga al mes siguiente. El 12 de junio, Jung le escribe a Freud:

“Mis veladas están muy ocupadas con la astrología. Calculo horóscopos, para dominar su contenido de veracidad psicológica. Hasta el momento hay muchas cosas destacables que, por cierto, le parecerán increíbles. (...) Debo decirle que muy bien se podría descubrir un día en la astrología buena parte del conocimiento de las vías de la intuición, que se ha extraviado en el cielo.” —(86) página 180—.

Jones hace alusión a esa correspondencia y especifica que Freud no concedía ningún interés a las pretensiones de la astrología. Es interesante, sin embargo, remitirse a la carta que este último envía en respuesta a la de Jung:

“Me he vuelto humilde en las cosas del ocultismo, luego de la gran lección que me dieron las experiencias de Ferenczi. Prometo creer todo lo que puede serlo en forma razonable. No es con agrado; usted lo sabe. Pero mi híbrido, mi presunción se ha roto después de eso. Bien quisiera saberlo de acuerdo con Ferenczi, si uno de ustedes se arriesga a dar el difícil paso de la apertura al público, e imagino eso con total independencia durante el trabajo.” —(86) páginas 182-183—.

Los intercambios sobre el ocultismo iban a finalizar

bien pronto, a la vez que las relaciones entre ambos hombres. El conflicto estalló en 1912, en ocasión de la publicación del trabajo de Jung: *Metamorfosis y símbolos de la libido* —texto retomado más tarde en (97)—. En esa obra Jung estudia las producciones oníricas de una norteamericana, Miss Miller, que era una enferma de Théodore Flournoy, psicólogo suizo con el que Jung estaba muy vinculado y que se había interesado en el ocultismo. En la segunda parte de su trabajo, Jung sostiene posiciones teóricas que se apartan en forma insidiosa de lo esencial de las tesis freudianas. El debate versa, en esencia, alrededor de la importancia de la sexualidad y del sentido a acordar al término libido. Para Jung, el concepto de libido es “*bastante extenso para abarcar todas las más variadas manifestaciones de la voluntad, en el sentido de Schopenhauer*”. Pero a través de las concepciones de Jung sobre el sueño, puede verse que lo que allí se expresa son ciertas tesis ocultistas. Desdeñando el “trabajo del sueño”, su interpretación redeviene augural. Para él, en efecto, la función del sueño no es tanto el cumplimiento del deseo como una suerte de intenso presentimiento de las tareas más duras reservadas para el futuro. Ha quedado efectuado el salto hacia el misticismo y, como se sabe, esa tendencia no hizo más que desarrollarse, en especial luego de la profunda crisis íntima que atravesó de 1913 a 1920, a continuación de su ruptura con Freud. Por su parte, Freud percibió el peligro de las concepciones de Jung para el porvenir del psicoanálisis, y trató de diferenciarse en forma neta de la tendencia cismática⁽⁶²⁾ y del pensamiento ocultista que la impregnaba. Ya algunos años antes, las inspiraciones grandiosas de Fliess habían destruido una amistad. Los “*viajes de Jung por las alturas*” —es el término que Freud emplea— hubieron de reforzar seriamente sus prevenciones acerca del ocultismo.

3. Sandor Ferenczi: 1908-1933

En el curso de los años en que Jung, alejándose de los principios fundamentales del psicoanálisis, iba a romper con Freud, otro discípulo muy cercano, Ferenczi, proseguía asimismo investigaciones en el dominio del ocultismo. Como hemos visto, incluso encaró proyectos de colaboración con Jung. Sin embargo, no llegó a realizarse ningún trabajo en común, pudiendo suponerse que el abandono de los proyectos fue el resultado de las profundas divergencias teóricas que separaban a estos dos alumnos de Freud. En 1912 y 1913, Ferenczi estuvo muy comprometido en la controversia entre Freud y Jung, oponiéndose a toda clase de componenda con este último. Cuando la ruptura tomó estado público, fue uno de los primeros en refutar las ideas de Jung en un importante ensayo crítico.⁽³¹⁾ Al contrario de Jung, Ferenczi permaneció siempre fiel a las teorías básicas del psicoanálisis, tanto en materia de psicopatología como en sus investigaciones sobre el ocultismo. Convencido muy pronto de la existencia de la telepatía, rechazó todo enfoque “espiritualista” o místico y confiaba mucho en explicar el fenómeno con un enfoque científico, en el que reservaba al psicoanálisis una parte importante. Por esa razón tuvo un gran intercambio con Freud acerca del tema, y su colaboración fue siempre muy estrecha. Su correspondencia aborda con frecuencia ese dominio y numerosos elementos de juicio llevan a pensar que el reconocimiento, por parte de Freud, de la autenticidad de la telepatía estuvo ligado, en gran medida, a la influencia de Ferenczi. Trataremos, pues, de evaluar esa influencia sobre las concepciones freudianas en materia de ocultismo.

a. Un interés precoz por el ocultismo

Como en el caso de Jung, el interés de Ferenczi por el

ocultismo se había desarrollado bastante antes del encuentro con Freud y es probable que aquél viera en el psicoanálisis un medio que le permitiría una mejor comprensión de este dominio, en el que tenía un conocimiento bastante amplio. Había también leído muy temprano muchas obras sobre el espiritismo, en especial *Animismo y espiritismo* (aparecido en 1890) de Alexander Aksakof, uno de los pioneros del espiritismo en Rusia, así como los escritos de Lombroso, Flammarion, Crookes, todos ellos volcados a la “metapsíquica”. Muy interesado en los trabajos de Janet, se había dedicado a experiencias personales de escritura automática, pero en su vida no se hallan —al menos que sepamos— irrupciones de fenómenos “sobrenaturales”, como nos relata Jung.

Otra curiosa semejanza con Jung: la primera publicación de Ferenczi estuvo consagrada al “Espiritismo”.⁽²⁸⁾ Ese artículo fue publicado en 1899, en un periódico húngaro, *Gyogyaszat* (Terapéutica), dirigido por Max Schachter. Después de evocar el viejo debate filosófico entre materialistas y espiritualistas, y de dar un breve panorama del espiritismo, subraya la necesidad de un enfoque científico objetivo de los fenómenos y trata de encarar los mecanismos inconscientes que pueden estar contenidos en los fenómenos mediúnicos. Algunos pasajes de ese artículo constituyen un verdadero manifiesto en favor de una investigación “parapsicológica”, en un amplio sentido.

“Los adversarios del espiritismo —dice— no deberían conformarse con un rechazo a priori, ni partir en cruzada, sin otras investigaciones. Deben consagrarse al estudio de los hechos alegados con toda la objetividad requerida en los otros dominios científicos. No deben rehusar sentarse a las mesas giratorias ni a participar en asambleas espíritas. Después de todo, aunque sólo sea desde el punto de vista sociológico, el tema es lo bastante importante

como para retener la atención de los estudiosos. Que se provean del arsenal de la ciencia, que organicen sesiones experimentales, que observen, desenmascaren los fraudes intencionales y separen la ilusión de la verdad.

(...) Lo importante no es saber si Flammarion persiste o no en la creencia en los espíritus y poco importan los argumentos de las autoridades. Lo que hace falta es hallar un científico o un comité de hombres de ciencia que tome a su cargo este dominio, ponga en evidencia el fraude, esclarezca los yerros y enriquezca la psicología con los nuevos descubrimientos que de ahí surjan”.

Es dable comprender cómo Ferenczi se verá llevado a interesarse en los escritos de Freud cuando se lo ve escribir, desde esa época:

“Es bien posible que la mayor parte de los fenómenos espíritas se expliquen por un clivaje, simple o múltiple, en el funcionamiento mental, cuando una sola de sus funciones está concentrada en el campo de la conciencia, en tanto que las otras se ejercen en forma automática e inconsciente. Esto podría explicar cómo un medium puede guiar una moneda sobre un alfabeto, de manera que forme palabras inteligibles de modo automático e inconsciente, sin la menor intención de fraude”.

Si se quisiera proseguir la singular analogía con Jung, se podría notar que también Ferenczi relató más tarde cómo fue llevado a escribir ese artículo. En un texto de 1917, publicado en ocasión de la muerte de su amigo Max Schachter, evoca los acontecimientos del año 1898.

“A falta de otro material de observación —dice— efectuaba experiencias de psicología sobre sí mismo y, entre otras, trataba de descubrir la parte de verdad de los fenómenos llamados «ocultos» (...) Cierta vez, bastante después de haber sonado la

medianoche, me puse a experimentar la llamada «escritura automática». En esa época los espiritistas hablaban mucho de eso y Janet había publicado interesantes observaciones al respecto. Pensaba que la hora tardía, la fatiga y un poco de emoción favorecerían el «desdoblamiento psíquico». Tomé un lápiz y, sosteniéndolo ligeramente, apoyé la punta sobre un papel blanco; estaba decidido a abandonar por completo el instrumento a sí mismo; que escribiera lo que gustara. Al principio hubo unos garabateos sin sentido; después letras y algunas palabras (en las que no había pensado); por fin, frases coherentes. Llegué bien pronto a conducir verdaderos diálogos con mi lápiz: le planteaba preguntas y recibía respuestas por completo inesperadas. Con la avidez de la juventud, interrogaba de entrada sobre los grandes problemas teóricos de la vida; después pasaba a las cuestiones prácticas. El lápiz hizo entonces la siguiente proposición: «Escribe un artículo sobre espiritismo para la revista Gyogyaszat; su redactor se interesará» (...) Al día siguiente puse manos a la obra y escribí mi primer artículo médico: «A propósito del espiritismo». Como punto de partida, tomé precisamente los fenómenos de automatismo observados sobre mí mismo y desarrollé mi punto de vista —que no ha cambiado, aunque hoy en día podría justificario mejor—, a saber, que los fenómenos llamados ocultos no tienen nada de sobrenatural y son sólo manifestaciones de las funciones psíquicas inconscientes del hombre.» —(34) página 288—.

Ferenczi encontró a Freud por primera vez en febrero de 1908. Este último quedó de inmediato conquistado por la vivacidad de espíritu y las cualidades intelectuales de aquél, al igual que antes le habían atraído esas mismas cualidades en Fliess. Los dos hombres se hicieron con

mucha rapidez buenos amigos. El debate sobre el ocultismo se instauró bien pronto, a partir de 1908 y al parecer fue Ferenczi el primero en abordarlo.

De 1908 a 1933, Freud y Ferenczi intercambiaron más de un millar de cartas. Todas han sido conservadas pero, hasta el momento, sólo algunas fueron publicadas; no hay señas de que el resto vaya a publicarse antes de muchos años. Jones nos señala que gran parte de esa correspondencia trata sobre diversos aspectos del ocultismo, lo que explica cuánto deploramos no poder tener acceso a esa preciosa documentación. No dudamos de que este capítulo sería bien distinto si hubiéramos podido tener un conocimiento directo de la misma. A falta de ello, debemos seguir paso a paso lo que nos dice Jones, que constituye la única fuente autorizada —(95) tomo 3, páginas 435-440—.

b. 1909: las experiencias con los videntes

Durante el regreso del viaje a los Estados Unidos, Freud y Ferenczi pasaron por Berlín, en 1909. Aprovecharon la ocasión para visitar a una vidente, Frau Seidler, de quien Ferenczi había tal vez oído hablar por su hermano, que vivía en aquella ciudad. Esa vidente pretendía tener el don de leer las cartas teniendo los ojos vendados. Señalemos que, desde hace mucho tiempo, los ilusionistas han descrito métodos para realizar este truco; según Jones, Freud descubrió una estratagema. Sin embargo, la vidente interesó lo bastante a los dos hombres como para que, después del regreso, consagraran lo esencial de su correspondencia a una discusión del episodio. Freud tendía a pensar que, a pesar de todo, la vidente tenía un poder telepático y que había leído los pensamientos de Ferenczi. Este último participaba de esa opinión y decidieron someterla a una nueva prueba. En una carta del 6 de octubre de 1909, Freud señaló a su amigo que se-

ría inútil interrogarla sobre el porvenir, dado que *“éste se modifica siempre y que aun el Todopoderoso no sabe nada por adelantado”*; pero se mostró muy turbado al comprobar que la vidente había adivinado el origen de una carta que le había mostrado. Sospechó que ésta podía haber leído en la carta, donde se mencionaba el nombre de Viena. Después de varios días de reflexión, Freud llegó por fin a la conclusión de que no había ahí otra explicación posible que la de un “don fisiológico” que poseía esa persona; ese don le permitía percibir los pensamientos de otras personas, pero en el curso del pasaje de un cerebro a otro eran posibles deformaciones. Se halla ahí, en germen, la idea retomada diez años más tarde, según la cual si la telepatía existe, el material psíquico objeto de ella puede sufrir un trabajo de deformación inconsciente. Freud proseguía su carta insistiendo sobre una tesis que para él permanecerá siempre esencial, a saber, que la admisión de ese fenómeno no implica en absoluto creer en el ocultismo: *“No, por cierto; no es más que una cuestión de transmisión del pensamiento. Si esto está probado, es preciso creer en ello. No se trata de un fenómeno psíquico, sino de un fenómeno puramente somático, de importancia capital, por cierto... Sospecho que está usted en camino de descubrir algo importante, pero a cuya utilización se opondrán grandes dificultades”*. Freud habló asimismo de Frau Seidler a su editor Hugo Heller, quien la conocía. Las investigaciones sobre la vidente prosiguieron algún tiempo, pero Freud le hizo prometer silencio a Ferenczi. Éste le pidió a su hermano en Berlín que le llevara a la vidente algunas cartas, pero no surgió de ahí nada importante. Un día aquélla declaró que una de las cartas había sido escrita por alguien *“que removía cierta cosa con sus manos en una vasija”*; Ferenczi halló interesante observar que el autor era, precisamente, un pintor, pero Freud no parece haber hallado muy convincente la correlación. En los meses siguientes, Ferenczi fue a Budapest a

ver a otra vidente, célebre en los medios teosóficos: Frau Jelineck, pero el 20 de noviembre le escribió a Freud que sus revelaciones fueron demasiado banales para impresionario. Por su parte, Freud, un año más tarde, en ocasión de un viaje a Munich, se decidió a visitar a una célebre vidente de la Corte de Baviera, Frau Arnold, de quien le había hablado uno de sus pacientes. Pero, por un curioso acto fallido, olvidó su nombre, de modo que no realizó su proyecto. El total de las investigaciones directas sobre las videntes sólo tuvo lugar, casi, en 1909.

c. 1910: el psicoanálisis como terreno de investigación

El año 1910 iba a quedar marcado por una innovación introducida por Ferenczi, quien comenzó a extraer sus observaciones de telepatía del propio material del análisis. Esta innovación iba a traer importantes consecuencias y a dar una nueva dirección a las investigaciones sobre el ocultismo. El 17 de agosto de 1910 dio a conocer a Freud notas concernientes a las sesiones de análisis de uno de sus pacientes. Se trataba de un homosexual masoquista, que había comenzado la sesión pronunciando algunas palabras que recordaron a Ferenczi pensamientos que él mismo había tenido durante las veinticuatro horas precedentes. Jones no nos da detalles, pero considera los hechos poco convincentes. Freud, sin embargo, parece haber quedado muy impresionado por estas comprobaciones, porque declaró con insistencia *“que las mismas ponían fin a toda duda aún existente en cuanto a la realidad de la transmisión del pensamiento. A partir de entonces, estos nuevos conocimientos debían considerarse como adquiridos”*. (Carta a Ferenczi, del 20 de agosto de 1910, citada en: Jones (95), tomo 3, página 436). Durante el siguiente mes, Ferenczi continuó comunicando a Freud ejemplos de telepatía tomados de su paciente. A su juicio, dos hechos parecían surgir de estas experiencias: por una

parte, que él mismo era un excelente “lector del pensamiento” y, por otra, que el paciente podía adivinar, en forma aproximada, el pensamiento de su analista. Jones agrega que Ferenczi parece hasta haber sospechado que estos hechos podrían revolucionar la técnica psicoanalítica (carta del 22 de noviembre de 1910), y relata cómo fue él mismo el cobayo rebelde de las innovaciones técnicas de Ferenczi. —(95), tomo 3, página 437—.

La introducción del análisis como campo de investigación de la telepatía iba a permitir, no sólo revelar los ejemplos de telepatía que parecían sobrevenir en la situación analítica, sino aun someter el análisis los ejemplos de telepatía presentados por los pacientes y sobrevenidos fuera de la situación analítica. Freud parece haber sido el primero en emprender este trabajo, a fin de detectar los mecanismos inconscientes que intervienen en el proceso llamado de “transmisión del pensamiento”. En muchas ocasiones comunicó esos datos a Ferenczi. El 15 de noviembre de 1910 lo hizo partícipe de una curiosa anécdota que le había contado uno de sus pacientes. Éste había ido a consultar a una célebre vidente y astróloga de Munich, Frau Arnold, que le había predicho la muerte de su cuñado por un envenenamiento debido a cangrejos u ostras, para el mes de julio siguiente. De hecho, nada ocurrió de las predicciones de la vidente, pero es destacable, sin embargo, que el famoso cuñado se había intoxicado comiendo langosta en el mes de julio del año anterior. Freud consideró que la vidente pudo haber leído los pensamientos del paciente (deseos de muerte inconscientes) y trató de reemplazar estos deseos inconscientes en el marco de su dinámica afectiva, subrayando la función económica de la predicción. Después de haber sometido a consideración de Ferenczi estas reflexiones, le dio la dirección de Frau Arnold a fin de que pudiese ir a consultarla (carta a Ferenczi, 15 de noviembre de 1910). A comienzos del año siguiente, le informará aún sobre un

nuevo ejemplo, el más convincente de todos, a su juicio. Se trata del caso de una mujer a quien un vidente había predicho el nacimiento de dos niños a los treinta y dos años de edad; caso que fue también publicado muchos años más tarde. En un capítulo ulterior, volveremos sobre el análisis detallado de estas observaciones (página 180), pero se puede subrayar que en estos dos casos Freud adopta una posición profundamente original, tratando de comprender la dinámica inconsciente susceptible de haber intervenido en o sobre el fenómeno telepático. Por lo demás, es de notar que, al contrario de Ferenczi, el material sometido al análisis de Freud concierne a casos de telepatía que no surgen en la situación transferencial del análisis y que no han sido presentados como “telepáticos” por los pacientes.

d. 1911: las audacias de Ferenczi

Los intercambios sobre el tema prosiguieron durante todos esos años, en tanto que Ferenczi se mostraba cada vez más audaz. Anunció, bromeando, su intención de presentarse en Viena como “el astrólogo de la corte de los psicoanalistas”, y se entregó a diversas experiencias sorprendentes. Relata Jones, por ejemplo, que viendo a un soldado en el tranvía, Ferenczi trató de adivinar su nombre y, cuando bajaban, le preguntó: ¿Es usted el señor Kohn?” El joven, asombrado, contestó afirmativamente. Freud reconoció que la historia era de una “hermosa y sorprendente singularidad”, pero Jones señala, sin embargo, que Freud no pudo atribuirlo a la telepatía, ya que *“es difícil suponer que un hombre transporte la imagen visual de su nombre”* (carta del 11 de mayo de 1911, citada por Jones). No obstante, Freud declaró, algunos días después (14 de mayo), haber quedado descolocado por el argumento de Ferenczi, quien respondió que el nombre de una persona es una zona sensible que puede,

pues, ser comunicada con mayor facilidad a un extranjero. Tal como hemos ya insistido al respecto en el capítulo consagrado a Jung, todas las experiencias de los años 1910-1911 parecen, en todo caso, haber impresionado profundamente a Freud, quien escribió a Jung, el 15 de junio de 1911, acerca de lo mucho que las experiencias de Ferenczi lo habían tornado humilde, y habían destruido sus presunciones con respecto al ocultismo; o todavía, el 10 de enero de 1912, que las pruebas de Ferenczi en apoyo de la transmisión del pensamiento eran una de las dos contribuciones al psicoanálisis más importantes de los últimos tiempos —(86) página 246—. Sin embargo, Freud permaneció preocupado en no comprometer al psicoanálisis en un terreno peligroso y no escatimó a su amigo las incitaciones a la prudencia. Volveremos sobre este aspecto “diplomático” del problema en un capítulo ulterior (página 97).

e. 1912: la telepatía animal

El año 1912 vio una innovación de Ferenczi, quien extendió sus investigaciones al dominio de la “psicología animal”. Ya en abril de 1912, estuvo intrigado por la “Doma de un caballo salvaje”⁽⁷⁰⁾, pero en junio, sobre todo, su interés fue atraído por el caso de “Kluge Hans” (Hans el inteligente), el caballo calculista, presentado por Krall en Elberfeld. Ferenczi emitió la hipótesis de que los éxitos del animal matemático podrían ser explicables por un fenómeno telepático, y supuso que la telepatía constituiría un don primitivo de los animales, del cual sólo los rudimentos podrían volver a hallarse en el hombre, en razón del desarrollo de su conciencia. Jones nos informa que Ferenczi decidió entonces tomarse una semana de asueto para ir a ver sobre el terreno al famoso caballo y también, otra vez, a la vidente de Berlín. El 5 de junio participó a Freud de sus intenciones de escribir un artícu-

lo sobre el tema, destinado a los “Escritos sobre la psicología aplicada”, de Freud. Le envió un resumen de los cuatro capítulos previstos, rogándole que apresurara la publicación. Freud le contestó el 6 de junio y, según Jones, quedó maravillado con el proyecto, y prometió hacer aparecer el trabajo lo antes posible. Le pidió con insistencia a Ferenczi que tomara dos semanas de asueto en lugar de una, para estudiar a fondo la literatura sobre el tema y escribir el folleto con la mayor rapidez. Le propuso asimismo el título: “El inconsciente y la transmisión de los pensamientos”. Jones señala, sin embargo, que en una carta del 20 de julio, Freud, por su parte, expresó dudas acerca del origen telepático de las performances del animal, y consideraba que la inteligencia de los animales coincidía bastante con sus ideas sobre el inconsciente.

Es preciso subrayar aquí que todos esos años fueron testigos de una floración de animales con talentos excepcionales. Habían sido descubiertos otros dos caballos calculistas, así como el perro “Rolf”, en Mannheim. Estos casos fueron objeto de muchas discusiones, en las que participaron muchos estudiosos. Así, el vigésimo *Année psychologique*, en 1914, hizo una revisión del tema, que comprendió alrededor de 75 trabajos de una sesentena de autores. En definitiva, parece que la capacidad de resolver problemas presentada por esos animales (¡que podía ir hasta la extracción de raíces cuadradas y cuartas!) descansaba en una interpretación de signos casi imperceptibles en la mímica de personas presentes. ¿Se apercibió Ferenczi de la insuficiencia de su hipótesis o se desanimó para la redacción de su folleto al descubrir la existencia de la enorme literatura que le haría falta examinar? Lo cierto es que renunció a la publicación.

f. 1913: algunas desilusiones

En 1913, Ferenczi publica su crítica del libro de Jung

sobre *Las metamorfosis y símbolos de la libido*. Es su ocasión de recordar sus puntos de vista sobre el ocultismo, que matizan los de Jung: “Jung —dice— *da indicaciones interesantes en cuanto a la posibilidad de explicar por la psicología determinados fenómenos ocultos, por ejemplo, los sueños proféticos. Pensamos, asimismo, que ha de haber una vía —a decir verdad, desconocida hasta el presente— que conducirá a la explicación científica de procesos similares, pero suponemos que, una vez elucidados, se inscribirán con facilidad en el edificio de nuestro conocimiento científico*”. —(31) página 93—.

Después del Congreso que tuvo lugar los días 7 y 8 de setiembre, Ferenczi aprovechó su permanencia en Munich para dedicarse a algunas investigaciones sobre el ocultismo. El día 10 expresó a Lou Andréas-Salomé que se quedaría en Munich “*en caso de que obtuviera algo de carácter espiritista para mañana, jueves, por la tarde*”. Una semana después ambos se encontraron en lo de Gebattel, para dedicarse a un estudio de los fenómenos presentados por el profesor Staudenmaier, de Freising, a quien Ferenczi había visitado un año antes. Este curioso personaje, profesor de química experimental, había publicado ese año una obra: *La magia como ciencia natural experimental*, en la cual describía sus propias experiencias mediúnicas. Consideraba lo que había observado en sí mismo como “*partes de su subconsciente devenidas independientes*”; eran personajes históricos, príncipes, que se suponía hablaban a través de su persona. La concurrencia no tardó en darse cuenta de que no era tanto un sabio preocupado por los estados de desdoblamiento de la personalidad cuanto un auténtico enfermo mental, cosa que despertó cierto malestar. Lou Andréas-Salomé concluye el pasaje de su diario donde relata el suceso, escribiendo: “*En revancha, el problema del que querría ocuparme con Ferenczi es el de la psicología de los mediums no alienados y honestos*”. —(6) página 405—.

El 19 de noviembre de 1913, Ferenczi vuelve sobre la cuestión del ocultismo ante la Sociedad Psicoanalítica de Viena, en un trabajo intitulado: *Experiencias sobre la transmisión de los pensamientos* y despierta un vivo interés. Por desgracia, los relatos de esa sesión no han sido detallados y no se los encuentra en las *Minutas de la Sociedad Psicoanalítica de Viena*.⁽¹¹⁴⁾ Sólo se dispone de la nómina de los participantes e invitados, así como del título de la comunicación de Ferenczi.

Jones nos informa que esa sesión marcó el origen de un incidente que debió incitar a Ferenczi a la prudencia. Había llevado consigo a un vidente, un cierto "Profesor Alexander Roth", cuya demostración fue un lamentable fracaso. El 23 de noviembre se organizó una nueva sesión en casa de Freud, con la presencia de Rank, Sach y Hitschmann. El susodicho vidente trabajaba con una mujer que debía servir de medium, pero los resultados fueron por completo negativos, y el personaje produjo muy mala impresión, con gran desconcierto de Ferenczi. Anna Freud le contó más tarde a Jones cómo "*su padre y ella misma quedaron sorprendidos por la forma brutal en que dicha mujer fue presionada, forzada y trastornada, a fin de verla lograr resultados*". Lo más enojoso del asunto fue que Ferenczi, imprudentemente, había ya dado a ese personaje una credencial, ¡con lo cual éste se puso a vanagloriarse de su éxito ante los psicoanalistas! Por su parte, Freud se había rehusado a brindar todo testimonio y amonestó con severidad a Ferenczi por su credulidad, amenazando con tener que desautorizarlo en forma pública si se descubría la impostura. Asimismo, el 27 de noviembre le suplicó a Ferenczi que rescatara la credencial que con tanto apresuramiento había otorgado. Ferenczi no vio cómo lograrlo y decidió renunciar, por el momento, a toda idea de publicación (Jones, (95), tomo 3, página 440).

g. Investigaciones tardías

Los años de la guerra aparejaron una prolongada separación entre ambos hombres, lo que detuvo las experiencias en común. Ferenczi tuvo aún ocasión de irritar a Freud en noviembre de 1914, en ocasión de la muerte de su medio-hermano Emmanuel. En efecto, Ferenczi declaró que este duelo confirmaba las predicciones de Jung, quien había dicho que ese año caería sobre Freud una gran desgracia. Éste juzgó el asunto insensato y respondió a Ferenczi: *"Parece estar usted más inmerso en el ocultismo de lo que yo suponía. ¿No es la propia guerra una desgracia lo bastante grande? Si dura demasiado tiempo y, de algún modo, me lleva a la muerte, entonces estaría fundada mi propia superstición concerniente a los números, que usted conoce"*. Hacia mediados de julio de 1915, Freud tuvo un sueño en el cual se hacía alusión a la muerte de su hijo Martín, que combatía en el frente ruso, y cuyas noticias esperaba con ansiedad. Poco tiempo después, recibió una carta de Martín, donde le informaba que, en efecto, había sido herido en combate. Esto sirvió de oportunidad a Freud para retomar con Ferenczi la discusión sobre la telepatía (véase más adelante la discusión de este sueño; página 173).

Michaël Balint, albacea literario de Ferenczi, proporcionó a Nandor Fodor una anécdota a propósito de las experiencias de transmisión del pensamiento:

"Cierta vez, creo que un poco antes de 1914, un vidente había importunado a Ferenczi para hacer experiencias juntos. Luego de hacerse rogar, Ferenczi convino en que, en un momento que seguiría a la comida, concentraría sus pensamientos sobre una cosa y que el vidente trataría de leer sus pensamientos.

"Al llegar a su gabinete de trabajo a la hora prevista, Ferenczi tomó una estatuilla que representaba ~~un~~

elefante y, recostándose en su diván, mantuvo el elefante entre sus manos durante diez o quince minutos.

"Al poco tiempo, su amigo Robert Barany lo llamó por teléfono, y le dijo que acababa de tener un sueño terrorífico, en el cual había visto a Ferenczi en medio de la jungla, batiéndose con toda clase de animales salvajes, en especial un elefante.

"A continuación recibió la carta del vidente, que no contenía más que absurdos." (Citado en (41) páginas 45-46).

Freud y Ferenczi retomaron sus investigaciones sólo mucho tiempo después de la guerra, en el curso del año 1925. En una carta-circular de Viena, fechada el 15 de marzo, Freud participa a sus alumnos el hecho de que: *"Ferenczi vino aquí un domingo. Los tres (Freud, Ferenczi y Anna Freud) hicimos experiencias relativas a la transmisión del pensamiento. Tuvieron notable éxito, en particular aquéllas donde yo hacía el papel de medium y analizaba a continuación mis asociaciones. El asunto se torna urgente para nosotros".* El 20 de marzo del mismo año aconsejó, sin embargo, a Ferenczi, incitado por Jones y por razones diplomáticas, que renunciara a su publicación sobre la telepatía, prevista para el congreso de Bad-Hombourg.

Las experiencias en privado prosiguieron, a pesar de todo, y se comprenderá su influencia sobre la convicción de Freud al leer lo que escribe a Jones, apenas un año más tarde: *"La revisión de La interpretación de los sueños para la Collected Edition me ha incitado a reconsiderar el problema de la telepatía. Además, mis propias experiencias a través de los ensayos hechos con Ferenczi y mi hija me convencieron con tanta fuerza que las consideraciones diplomáticas pasaron a segundo término".* (7 de marzo de 1926). Jones no nos especifica la naturaleza de esas experiencias, pero merece subrayarse la insistencia con la

que Freud las presenta como determinantes. Conviene señalar, sin embargo que, por su parte, Anna Freud parece haber quedado mucho menos impresionada por estas experiencias, preocupándose por darnos algunas precisiones al respecto: *“Cuando Ferenczi, que era un gran amigo de la familia, estuvo con nosotros un verano, en el curso de las vacaciones, me pidió que nos dedicáramos juntos a las siguientes experiencias: yo debía pensar con gran intensidad en determinado tema y él debía intentar averiguar de qué se trataba. Esto se produjo sólo raras veces, pero no hubo ahí nada digno de ser tenido en cuenta”*. (Comunicación personal.)

¿Es preciso, para terminar nuestro capítulo, recordar el fin trágico de Ferenczi, abatido el 24 de mayo de 1933 por una enfermedad de Biermer? Desde hacía muchos meses sufría de un síndrome neuroanémico que lo tornaba incapaz de mantenerse de pie y de marchar. En su última carta, escrita estando en cama el 4 de mayo, en ocasión del aniversario de Freud, relataba cómo una de sus pacientes norteamericanas, a quien con anterioridad había consagrado muchas horas de análisis y a la que Freud había puesto el apodo de “el genio malo de Ferenczi”, lo había analizado a distancia y curado de todos sus males. Pensaba que ella le enviaba mensajes telepáticos a través del Atlántico. La elección de la temática delirante da la medida del problema del ocultismo en Ferenczi.

Es preciso también subrayar la influencia de Ferenczi sobre la escuela psicoanalítica húngara, reflejada en el número de analistas húngaros que se interesaron por los problemas de la telepatía: Hollos, Roheim, Fodor, Hann-Kende, Devereux. Sin embargo, es notable que, a pesar de su constante interés por el tema, a pesar de sus repetidas veleidades de publicación, y aunque fue el principal artesano de la “conversión” de Freud, Ferenczi jamás publicó nada acerca del ocultismo, fuera de su artículo de juventud.

4. Los otros colaboradores de Freud

Jung y Ferenczi fueron, sin discusión, los alumnos de Freud más dedicados a la investigación del ocultismo. El resto de quienes lo rodeaban, en conjunto, eran mucho más reservados y tenían opiniones muy diversas.

a. El “comité”

Es así probable que Ferenczi haya sido el único de los miembros del “comité” en interesarse, de modo activo, por el ocultismo. El “comité”, que fue creado en 1912, a instigación de Jones, después de la ruptura con Adler y Jung, tendía a reagrupar, en torno de Freud, una especie de “vieja guardia”, constituida por los analistas fieles y dignos de confianza. Formaban parte Abraham, Ferenczi, Jones, Rank, Sachs y Eitington.

Jones manifestó siempre su escepticismo, hasta su abierta hostilidad con relación al ocultismo. Relata —(95), tomo 3, página 431— que mantuvo con Freud muchas conversaciones con respecto al ocultismo durante los años que precedieron a la Primera Guerra Mundial. Freud se complacía en relatar extrañas historias de transmisión del pensamiento o de presentimientos, aportadas por sus enfermos. Cuando Jones se inquietaba por la tendencia de Freud a aceptar las creencias ocultas sobre la base de tan débiles pruebas, éste le respondía: *“Esto no me gusta para nada, pero hay ahí dentro algo de verdad”*, o también: *“Hay más cosas en el cielo y sobre la tierra de lo que sueña vuestra filosofía”*. Jones no oculta la irritación que le provocaban estas respuestas de Freud.

Abraham no parece haber testimoniado mucho mayor interés por el ocultismo. No se hallan alusiones a este tema en la importante correspondencia intercambiada con Freud, y las referencias a los fenómenos ocultos son muy limitadas en su obra. En su ensayo consagrado a Se-

gantini⁽¹⁾ se libra a un interesante análisis de las tendencias supersticiosas y las creencias espiritistas de ese pintor y explicita los mecanismos inconscientes. Muy interesado por la aplicación del psicoanálisis a la mitología, fue llevado en especial a estudiar el contenido del ocultismo como mito. Relaciona la propensión por el misticismo, la teosofía, el espiritismo con pulsiones *voyeuristas* —(2), página 45—.

Con excepción de Ferenczi, los principales colaboradores de Freud, en conjunto, se mostraron, pues, en extremo escépticos con relación a los fenómenos ocultos y es cierto que su actitud, en especial la de Jones, desanimó a Freud para proseguir las investigaciones en este dominio. Sin embargo, en una u otra circunstancia, algunos alumnos de Freud se interesaron en la telepatía.

b. *Hitschmann*

Edward Hitschmann fue uno de los primeros discípulos de Freud. Médico general, frecuentaba las reuniones de la "Sociedad psicológica de los miércoles", que se reunía en la casa de Freud cada semana, a partir de 1905. Su obra intitulada: *La teoría freudiana de las neurosis*, aparecida en 1911, fue el primer ensayo de presentación sistemática del psicoanálisis. En 1923 devino director de la Clínica Psicoanalítica de Viena, recién creada. Conservó ese puesto hasta la invasión nazi, fecha en la que emigró a los Estados Unidos.

En 1910, época en la que Freud y Ferenczi estaban vivamente preocupados por el ocultismo, apareció el artículo de Hitschmann intitulado: *Crítica de la clarividencia*.⁽⁸⁸⁾ El autor comienza por señalar que se asiste, desde hace algunos años, a una floración de libros que pretenden acreditar la existencia de fenómenos sobrenaturales, como los sueños proféticos, la transmisión del pensamiento, los espíritus o los fantasmas. Adoptando al res-

pecto una actitud muy crítica, relata un ejemplo personal que podría hacer creer en la presencia de un fenómeno de clarividencia. Una media hora antes de la caída accidental de un globo dirigible en el cielo de Viena, se había imaginado que sobrevendría el accidente y se lo había comentado a su hermano con incierto tono de broma. De hecho, el análisis le permitió hallar una explicación natural del fenómeno, mostrando, por una parte, que los factores inconscientes en el origen de este sueño diurno eran fácilmente accesibles y, por otra parte, que el accidente era más o menos previsible, teniendo en cuenta las imperfecciones técnicas patentes del aparato, que le eran conocidas. Concluye el artículo recordando la complacencia de los hombres por lo sobrenatural y proponiendo un protocolo de estudio riguroso de los pretendidos fenómenos ocultos. Hitschmann se declara también persuadido de que, sometidos a este protocolo de estudio y a un enfoque crítico profundo, los pretendidos acontecimientos sobrenaturales aparecerán, con certeza, como ilusiones o fraudes manifiestos.

Hitschmann desarrolló de nuevo sus tesis en 1922, en un artículo intitulado *Telepatía y Psicoanálisis*.⁽⁸⁹⁾ Retoma ahí el material del artículo precedente y, agregando el análisis de una “alucinación telepática”, demuestra el mecanismo inconsciente. Otra vez concluye diciendo: “*La clarividencia y la telepatía, en los casos considerados, no reposan sobre un fenómeno místico o sobre fuerzas sobrenaturales, sino sobre la psicología del inconsciente*”.

No parece que Hitschmann haya seguido por entero a Freud y a Ferenczi, quienes admitían la posibilidad de la telepatía. Es de notar, sin embargo, que diez años más tarde, en 1933, se mostró menos categórico en su rechazo. En un nuevo artículo, intitulado *¿Telepatía durante el análisis?*,⁽⁹⁰⁾ relata un suceso en apariencia telepático sobrevenido en el curso de una sesión y a propósito del que

se mantiene en la incertidumbre, al extremo de que siente la necesidad de publicar su artículo de manera anónima. En el curso de una sesión, uno de sus pacientes, de súbito y, en apariencia, sin relación con el resto de las asociaciones, le preguntó si no había hablado de una carta, en el momento mismo en que estaba muy preocupado por el olvido de una carta urgente. Hitschmann se entrega a un minucioso análisis de las asociaciones del paciente, a fin de tratar de comprender los motivos inconscientes que llevaron a éste a hablar de una carta en ese momento curiosamente oportuno. Llega a despistar algunos elementos de respuesta, pero, no obstante hesita en rechazar de modo formal la hipótesis de la transmisión del pensamiento. De modo que es dable comprobar una evolución en el escepticismo de Hitschmann. No es imposible que las publicaciones de Freud sobre el ocultismo hayan contribuido a ello. En efecto, no olvidemos que, algunos meses antes, Freud mismo había relatado un acontecimiento telepático del mismo género, sobrevenido en el curso de una sesión de análisis (*Sueño y Ocultismo*).

c. Stekel

El caso de Wilhelm Stekel plantea un problema particular. En efecto, Stekel había sido también uno de los más antiguos discípulos de Freud, ya que comenzó a practicar el psicoanálisis en 1903, después de haber sido analizado por el propio Freud. Su interés recayó, sobre todo, en la comprensión analítica de los símbolos. De todos modos, es sabido que rompió con Freud en 1912, de modo que ya no formaba parte del círculo analítico vienes cuando publicó, en 1920, su monografía sobre *El sueño telepático*.

Antes de la ruptura, en la primavera de 1911, Stekel publicó un grueso volumen sobre los sueños: *Die Sprache des Traumes*.⁽¹³⁴⁾ Freud halló que contenía muchas

buenas ideas, pero también no pocos absurdos, “*humillantes para nosotros, a despecho de las nuevas contribuciones que aportan*”. De modo que el libro, en su conjunto, fue bastante mal acogido. No se sabe cuáles son los pasajes incriminados por Freud. Señalemos, en todo caso, que Stekel citaba en la obra muchos supuestos casos de telepatía que había observado en parejas que dormían en el mismo cuarto, y se conformaba con señalar que el material transmitido por telepatía estaba siempre cargado de afecto.

Diez años más tarde, Stekel consagra una importante monografía al *Sueño telepático*.⁽¹³⁵⁾ Allí relata cierto número de presuntos sueños telepáticos que habría observado en neuróticos, y emite al respecto cierto número de ideas que merecen retener la atención. Insiste sobre el rol de los factores emocionales (amor, celos, ansiedad), que favorecerían la aparición del fenómeno. Pretende haber observado que ciertas mujeres experimentan un dolor o algún otro síntoma, en el momento en que su marido las engaña. Nota también que el sueño, al disminuir las perturbaciones provenientes del exterior, facilitaría la recepción del mensaje telepático. En fin, emite hipótesis audaces sobre el mecanismo íntimo del fenómeno: “*Cada individuo emite energía que carga su alrededor; por así decir, lo impregna. Todos los acontecimientos de la vida se traducen en vibraciones y en radiaciones que se propagan a su alrededor, lo cargan. Los individuos emanan el bien y el mal, el amor y la discordia*”. En su monografía trata en forma bastante ambigua el problema del sueño premonitorio. Uno de los casos que cita le era muy personal: había soñado la muerte brutal de su hijo, tres meses antes de que el suceso se realizara. En este caso, sin embargo, como en muchos otros ejemplos que cita, el sueño se presenta en una forma tan acentuadamente simbólica que el acontecimiento premonitorio sería de ordinario juzgado como muy dudoso.

¿Cuál fue la influencia del libro de Stekel sobre el pensamiento de Freud? Es muy difícil responder a esta pregunta. Cuando se conocen las circunstancias de la ruptura entre Freud y Stekel, se está inducido a creer que Freud no debió de prestar gran crédito a la monografía de su antiguo discípulo; ya que una de las razones de las disensiones que los separaron fue la falta total de sentido crítico de Stekel y, más aún, su falta de conciencia científica. Jones relata —(95), tomo 2, páginas 142-145— diversas anécdotas que muestran que Stekel no vacilaba en inventar toda clase de observaciones. Por lo demás, Freud lo consideraba como un mitómano.⁴ Conociendo muy bien la personalidad de Stekel, como era el caso, tenía muy buenas razones para mantenerse prudente ante sus alegaciones.

De todos modos, no puede decirse que Freud fue en absoluto insensible a la publicación del libro de Stekel. En *Sueños y Telepatía* se refiere a la monografía y rinde homenaje al autor por sus trabajos sobre el simbolismo de la muerte. Más aun, al parecer fue la publicación del libro de Stekel la que determinó a Freud a abordar, a su vez, el delicado problema de la telepatía, acerca del cual tenía, desde hacía tiempo, ideas precisas. Sin duda vio con malos ojos que su antiguo alumno se le anticipara, desarrollando ideas que, al menos sobre algunos puntos, retomaban muy de cerca a las suyas.⁵ Es asombroso, en efecto, comprobar la similitud de ciertas ideas desarrolladas por Stekel en su libro con las que retomó Freud ulteriormente (véase página 190), pero es difícil saber con exactitud en qué sentido se ejerció la influencia.

En efecto, la correspondencia intercambiada entre

4. Véase en especial los juicios vertidos acerca de Stekel a través de la correspondencia Freud-Jung.

5. Sobre la importancia de las querellas de prioridad con Freud, véase Roazen (123), en particular páginas 98 y siguientes.

Freud y Ferenczi demuestra que la mayor parte de las tesis desarrolladas más tarde por Freud había germinado a partir de 1909-1911. De aquí que no pueda excluirse, aunque sea por completo imposible comprobarlo, que las ideas anticipadas por Stekel hayan tenido origen en las discusiones que tuvieron lugar en 1909-1911.

d. *Hélène Deutsch*

Hélène Deutsch se relacionó con Freud a partir de 1914; éste la analizó en 1918. En 1925 aquélla dirigió el Instituto Vienés de Psicoanálisis, en colaboración con Anna Freud. También se interesó, de modo episódico, en el problema de la telepatía. —(17) y (18)—.

En 1929, Hélène Deutsch publicó, en *Imago*, un artículo intitulado "*Los fenómenos ocultos que sobrevienen en el curso del análisis*".⁽¹⁷⁾ Es interesante detenerse en este artículo, ya que Freud se refiere al mismo en *Sueño y Ocultismo*.

En general, H. Deutsch se mantiene prudente en sus conclusiones. Tiende, en especial, a excluir del campo de la telepatía los fenómenos de "empatía intuitiva", que permiten al analista ser fácilmente receptivo a las emergencias inconscientes del paciente, pero que no podrían ser derivadas de lo paranormal.

No obstante, se muestra dispuesta a admitir la existencia de la telepatía, como parece surgir de algunas de sus observaciones. Así, por ejemplo, una de sus pacientes le relató cierta vez un sueño que trataba de una familia que celebraba su octavo aniversario de casamiento. Ahora bien, la víspera del sueño, en el curso de una sesión de análisis de la paciente, Hélène Deutsch, precisamente, había estado preocupada por la celebración del octavo aniversario de su casamiento, que tenía lugar ese mismo día. La paciente no podía haber estado informada de ello, lo que permitía suponer que había podido percibir los pen-

samientos de su analista. El personaje que, en el sueño, celebraba el aniversario de casamiento, era una condensación de la paciente y de la analista, con la que aquélla se había identificado. En otro ejemplo, Deutsch relata el caso de una paciente que parecía haber percibido en forma alucinatoria, en el curso de un episodio crepuscular, el comportamiento de su antiguo amante, con quien se había identificado con firmeza y que estaba en tren de engañarla. *“Intrigada por el relato de mi enferma —prosigue Deutsch— traté de esclarecer este asunto. Como conocía a la rival de mi paciente, pude obtener la prueba de que los hechos y la experiencia íntima de mi paciente habían coincidido por completo. Todo el encadenamiento preconsciente de las ideas era en absoluto exacto. La escena percibida en forma alucinatoria había tenido lugar, de hecho, en el momento mencionado por la enferma y se había desarrollado en la forma exacta en que me la había descrito.”*

Estos ejemplos demuestran que Hélène Deutsch estaba dispuesta a reconocer la existencia de los fenómenos telepáticos. Más aun, trata de explicar, en términos de la teoría psicoanalítica, el mecanismo de la emergencia del fenómeno telepático en el curso del análisis, insistiendo en especial sobre la importancia de la situación transferencial y sobre la identificación con la persona cuyos pensamientos serían percibidos (analista o un tercero).

Es interesante señalar estas observaciones, dado que Freud tuvo conocimiento de ellas y hace alusión, sin mencionarlas, empero, en detalle, en su último trabajo sobre la telepatía.

e. *Burlingham*

El caso es similar para el trabajo de Dorothy Burlingham, quien, a partir de observaciones hechas sobre niños, apoya las hipótesis de Freud. Dorothy Burlingham

era una joven analista, de origen norteamericano, que conocía de muy cerca a la familia de Freud, y por quien éste tenía alta estima. Dicha analista lo había hecho partícipe de una serie de comprobaciones curiosas. En *Sueño y Ocultismo*, Freud cita su trabajo sobre *"El análisis de los niños y la madre"*,⁽¹⁴⁾ que aún no había sido publicado. Dice, acerca de las observaciones de Burlingham, que *"si se confirman, no han de permitir ya ninguna duda sobre la realidad de la transmisión del pensamiento"*. A continuación, relata uno de los ejemplos citados en el trabajo de la joven analista: la anécdota de la moneda oro —(75) página 77—.

El artículo de Burlingham insiste, en particular, sobre la importancia de una actitud favorable de los padres y, sobre todo, de la madre, con relación al analista del niño, por el hecho de la intensa relación madre-niño. El problema de la telepatía es sólo abordado de modo contingente, y no constituye la preocupación central del artículo, que aspira más bien a demostrar el poder de las fuerzas inconscientes en el nivel de las relaciones padres-hijo y las recaídas en la actitud inconsciente de los padres en relación con el comportamiento del hijo. La autora expone, sin embargo, al final de su trabajo, varios ejemplos que plantean el problema de una transmisión del pensamiento e invitan a otras investigaciones, según expresa:

1. *"Una madre acababa justamente de tener la idea de adquirir una bicicleta para su hijo, en ocasión de la Navidad. El niño se hallaba en la habitación, frente a su madre, y exclamó: ¡'Yo sé lo que me vas a regalar para Navidad: una bicicleta!'"*
2. *"El niño adivina que su madre está encinta antes de que ella misma esté segura, o aun que la madre ama a alguien antes de que ella haya tomado conciencia de ello"*.
3. *"Hè aquí un ejemplo en el cual el niño no está*

afectivamente influido por los pensamientos de la madre pero, sin embargo, los imita en su comportamiento. Una moneda de oro había tenido un papel importante en una escena correspondiente a la infancia de la madre. Ésta acababa justamente de evocar esa escena durante su sesión de análisis, regresando de inmediato al hogar. A los pocos minutos de su llegada, el hijo le llevó una moneda de oro, a fin de que la guardara para él. Al preguntarle la madre de dónde había sacado esa moneda, le respondió que se la habían dado para su cumpleaños, algunos meses atrás. No parecería haber ahí ninguna razón para que se hubiera acordado de la moneda en ese preciso instante. Algunas semanas más tarde, en el momento en que la madre se disponía a escribir algunas palabras acerca de este episodio de la moneda de oro, el niño apareció y le pidió que le devolviera la moneda, para mostrársela a su analista. Tampoco en esta oportunidad, el análisis del niño llegó a descubrir las razones del suceso”.

4. El más asombroso ejemplo que conozco de un niño influenciado por los pensamientos de la madre es el siguiente. Estando la madre en situación de análisis, en el curso de una sesión había expresado la fantasía de que arrojaba una jarra de agua hirviendo sobre alguien, con motivo de un estado de cólera. En su infancia había asistido a una escena semejante. Una hora más tarde, se hallaba sentada a la mesa con sus hijos. El menor se peleó con su hermana mayor y levantándose de súbito, regresó a los pocos segundos con un vaso de agua hirviendo. Avanzando hacia su hermana, le gritó: «¡Vas a ver lo que te voy a hacer!», amenazándola con el agua. Este comportamiento era por completo inhabitual e inesperado de su parte. ¿Qué lugar tendría este suceso en el análisis del niño? ¿Tiene

en realidad algo que ver con el niño? ¿De lo contrario, qué es esta rara forma de comunicación?"

—Traducido de (14)—.

Los ejemplos citados por Burlingham dejan pendiente el problema de la existencia de la telepatía. Subrayemos que, en un artículo más reciente,⁽¹⁵⁾ vuelve sobre este problema de "la empatía entre la madre y el niño". Desarrolla allí una concepción que matiza su primer artículo, insistiendo sobre la importancia de la capacidad de observación del niño, que llegaría a detectar informaciones en las mímicas y el comportamiento gestual de la madre. Sin embargo, ello no excluye que, en definitiva, puedan existir auténticos fenómenos telepáticos.

Observamos asimismo, en ese otro artículo, que una frase permite entender que algunos ejemplos citados en el primero eran autobiográficos, en especial el de la moneda de oro, retomado por Freud.

f. Un problema evocado a menudo

A través de estos ejemplos podemos apreciar que las discusiones acerca del "ocultismo" fueron tal vez bastante frecuentes entre Freud y sus amigos y colaboradores cercanos. Si bien Ferenczi fue, sin duda alguna, quien ejerció la mayor influencia sobre Freud, no es posible desdeñar la importancia de los intercambios con los diversos miembros del movimiento psicoanalítico.

Edoardo Weiss, que fue miembro de la Sociedad Psicoanalítica de Viena a partir de 1913, relata que cada miércoles, después de las sesiones de la Sociedad, las discusiones proseguían en el curso de una reunión informal en el Café Bauer. Entonces Freud se refería a temas que no abordaba durante las sesiones y evidenciaba la amplitud de sus intereses. *"Su inclinación a creer en los fenómenos parapsíquicos, por ejemplo, era perceptible a través de su conversación, aunque aquélla haya estado fre-*

nada por su gusto por las certidumbres científicas. Se mostraba irritado por la confusa mezcla que hacía Jung entre ciencia y misticismo y sólo reconocía los puntos que habían sido verificados en forma científica.” —(138) página 13—.

Del mismo modo, Lou Andréas-Salomé relata en su diario que, al día siguiente del Congreso de Munich de 1913, tuvo con Freud una larga conversación confidencial sobre los casos de transmisión del pensamiento, “*que lo atormentaban mucho*” —(6) página 401; véase más adelante, página 189—. Paul Schilder, que fue miembro de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, escribe en un artículo más bien crítico sobre la telepatía, que “*aunque Freud no declara de manera formal que la telepatía existe, toda su actitud demuestra que en realidad cree en ello y que tan solo la prudencia científica lo fuerza a esperar la presencia de pruebas formales*”.(126)

En los últimos años de su vida, Freud no vacila en abordar este tema con algunos de sus pacientes en análisis, como lo testimonian dos autores norteamericanos que publicaron el diario de sus respectivos análisis con Freud. Es así como Smiley Blanton relata una conversación que tuvo con Freud en agosto de 1937 acerca de la parapsicología —(13); véase más adelante, página 96.

Del mismo modo, Joseph Wortis relata una significativa anécdota (octubre de 1934). Mientras hablaba de encefalitis, en el curso de una sesión, Freud le alcanzó una revista médica que acababa de recibir de Estambul y que tenía en las manos, abierta en la página de un artículo cuyo título era “Encefalitis”. Freud creía de modo manifiesto en la telepatía —dice Wortis— y hablaron sobre la posición de Havelock Ellis al respecto —(141) página 51—.

5. La investigación psíquica

Antes de terminar este estudio histórico, es indispensable salir del círculo psicoanalítico para interesarnos en las influencias indirectas, nacidas del ambiente reinante en la época. En efecto, a partir de 1919-1920, se comprueba un renovado interés de los hombres de ciencia por el fenómeno de la transmisión del pensamiento, reforzado por un incremento del interés del público por el espiritismo. Como lo destaca Freud en la introducción a *Psicoanálisis y Telepatía*, en 1921, las enormes pérdidas de vidas humanas durante la guerra habían contribuido a volcar el interés de las personas hacia las especulaciones del más allá. También en los años veinte tuvieron lugar las primeras experiencias de telepatía en gran escala, organizadas por estaciones de radio (1923 en Chicago). Por eso no se puede desdeñar la importancia de toda esa corriente de “Investigación Psíquica” que tuvo entonces una auténtica audiencia y marcó profundamente a numerosos hombres de ciencia, y cuyos ecos sufrió el propio Freud.

En primer término, es preciso señalar que la “Investigación Psíquica” (en Inglaterra: “Psychical Research”) es el antecesor de la investigación parapsicológica. La “Investigación Psíquica” nació en Inglaterra, durante la última mitad del siglo XIX, bajo la influencia de investigadores formados en dominios tan diferentes como la literatura, las ciencias o la política. Agrupados en una “Sociedad para la Investigación Psíquica” en 1882, en torno de F.W. Myers, H. Sidgwick y O. Lodge, se proponían “*hacer una tentativa organizada y sistemática de estudiar diversas especies de fenómenos cuestionados, que son, en primer término, inexplicables con ayuda de todas las hipótesis conocidas*”. Dos años más tarde, por iniciativa de diversos hombres de ciencia, entre quienes se hallaban W. James y Stanley-Hall (quien fue el primero

en invitar a Freud a los Estados Unidos, en 1909), se fundó en U.S.A. una filial de la sociedad inglesa. El movimiento, sin embargo, no estaba por completo emancipado del espiritismo. Algunos hacían de buen grado, referencias al más allá, a la supervivencia, a los espíritus desencarnados, a los "ectoplasmas" que podían dejar huellas en los moldes de parafina; en todo lo cual es a veces difícil separar los escritos serios de las lucubraciones de aficionados o de delirantes que trataban simplemente de demostrar lo bien fundado de sus creencias espiritistas. Pese a sus insuficiencias, la Investigación Psíquica logró cierto predicamento entre numerosos investigadores. Entre los presidentes de la "Society for Psychical Research" es preciso citar nombres tan célebres como los de William James o Henri Bergson, así como varios laureados con el Premio Nobel; citemos también al psicoanalista inglés T.W. Mitchell, director del *British Journal of Medical Psychology*, quien fue presidente en 1922.

Sea cual fuere la opinión sobre la obra realizada por la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, no se puede ignorar que Freud fue uno de sus miembros; en efecto, devino miembro correspondiente de la sociedad londinense a comienzos de 1911. Continuaba siéndolo en 1938, fecha en la que fue elegido miembro honorario, título que conservó hasta su muerte. También fue nombrado miembro honorario de la Sociedad Americana para la Investigación Psíquica en 1915; después miembro honorario de la Sociedad griega, en 1923. Es difícil suponer que Freud hubiera aceptado todas esas nominaciones si hubiera rechazado, en forma irrevocable, la existencia del tipo de fenómenos estudiados por esas instituciones. Sin embargo, resulta más delicado apreciar la influencia de todas esas investigaciones sobre el pensamiento de Freud.

a. Freud y la “Investigación Psíquica”

Es cierto que la participación de Freud en la “Investigación Psíquica” fue de las más discretas. Su actividad parece haberse limitado a la redacción de un artículo consagrado a la psicología médica para un número especial de los relatos de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas concernientes al tema. Este texto, escrito directamente en inglés, fue publicado en 1912 (Proceedings de la S.P.R., volumen XXVI, LXVI; su título era: “*Nota sobre el inconsciente en psicoanálisis*” —(56) página 175—. Freud se dedica allí a definir el término “inconsciente” como se emplea en psicoanálisis y a ubicarlo en su especificidad.

Cerca de diez años más tarde, durante el verano de 1921, se propuso a Freud ser co-editor de tres diferentes periódicos consagrados al estudio del ocultismo, pero declinó esos ofrecimientos. Uno de ellos provenía de Hereward Carrington, director del *American Psychical Institute*, quien le solicitó que formara parte del Comité Consultivo de esa organización. Cuando, más tarde, se conoció la respuesta de Freud, suscitó el asombro de los medios psicoanalíticos. Existe toda una historia en torno de esta carta. En efecto, Carrington contó que Freud le había escrito: “*Si tuviera que revivir mi vida, la consagraría a la Investigación Psíquica antes que al Psicoanálisis*”. Había de qué sorprenderse y cuando, ocho años más tarde, Georges Lawton interrogó a Freud al respecto, éste le respondió: “*Deploro el hecho de que no haya leído usted mismo mi carta a Carrington. Estaría con certeza convencido de que jamás he dicho nada que justifique semejante afirmación. Confirmando con satisfacción la idea correcta que usted tiene sobre mis relaciones con la Investigación Psíquica*”. (20 de diciembre de 1929; carta citada en (95) tomo 3, página 443).

Freud, sin embargo, cometía un error, ya que después de diversas peripecias (relatadas en (42) páginas 82-85),

Nandor Fodor pudo hallar la carta dirigida a Carrington, en la cual se halla, en efecto, el pasaje incriminado. No obstante, es innegable que la respuesta de Freud se mostraba muy suavizada:

"No soy de aquellos que rechazan, de entrada, el estudio de los fenómenos psíquicos llamados ocultos, por ser anticientíficos, indignos de un hombre de ciencia; hasta peligrosos. Si me hallara en los comienzos de mi carrera científica, en lugar de estar en el final, tal vez no elegiría otro terreno de investigaciones, a despecho de todas las dificultades que presenta.

"No obstante, le pediría que renunciara a mencionar mi nombre en sus trabajos, por varios motivos. En primer lugar, porque soy por completo profano y novicio en el terreno del ocultismo y no tengo el derecho de pretender la menor autoridad en esa materia.

"En segundo término, porque tengo fundadas razones para querer establecer una línea de demarcación muy neta entre el psicoanálisis —que no tiene nada de oculto— y este campo de conocimiento aún inexplorado y no dar lugar a malentendidos al respecto.

"En fin, porque no puedo desembarazarme de ciertos prejuicios de materialismo escéptico, que llevaría conmigo en la investigación de los hechos ocultos. Soy, pues, incapaz en absoluto de considerar la «supervivencia de la personalidad» después de la muerte, aunque fuera tan solo como una posibilidad científica y suceda casi lo mismo en lo que concierne al «Hidroplasma».

Creo, pues que más me vale continuar limitándome al psicoanálisis." (Carta a Carrington, del 24 de julio de 1921; citada en (79) página 364.)

Por fin, aparte de las investigaciones estrictamente privadas que realizó con Ferenczi, nada permite pensar que Freud haya participado en experiencias concernientes al dominio de las "ciencias ocultas". Un medium de origen soviético, Wolf Messing, ha pretendido haber efectuado demostraciones con la participación de Freud. No podemos resistirnos a relatar la anécdota, tal como es contada en un libro que ensalza los méritos de Messing.—(116) página 86)—. Dice que en 1915, en plena guerra, el empresario organizó en Viena una sesión para Messing, que tenía entonces dieciséis años:

"Albert Einstein en persona invitó al joven Wolf a visitarlo en su departamento. Messing habla aún hoy con asombro de la cantidad de libros que vio. En el estudio de Einstein, Wolf encontró al padre del psicoanálisis, Sigmund Freud. Freud quedó tan intrigado por las dotes paranormales de Messing, que decidió someter al joven a cierto número de pruebas. El propio Freud desempeñaba el papel de emisor. Todavía hoy —relata Messing— recuerdo la orden mental que Freud me dio: «Vaya a buscar en el botiquín del cuarto de baño las pinzas de depilar. ¡Vuelva al lado de Albert Einstein y arránquele tres pelos de su gran bigote!» Después de haber encontrado las pinzas, Messing se dirigió directamente hacia el célebre matemático y, excusándose, le explicó lo que Freud quería que hiciera. Einstein sonrió, y ofreció la mejilla al joven."

No se sabe de qué admirarse más: si de la audacia de Messing o de la ingenuidad del narrador. Porque esta historia no se basa en nada cierto. En efecto, Einstein no vivía en Viena, sino en Berlín; recién se encontró con Freud por primera vez en 1927 y nunca tuvieron familiaridad; por fin, es dable suponer que sus preocupaciones estuvieran en otro lado, hallándose en plena guerra. Las sedicentes experiencias sólo existieron, pues, en el espíritu de

un mitómano, lo cual, por lo demás, no es raro en este género de investigaciones.

b. *Freud y la literatura metapsíquica*

Si bien Freud no participó nunca de modo activo en los trabajos de las diversas sociedades de Investigación Psíquica de las cuales fue miembro, estaba, sin embargo, al corriente de sus publicaciones, a las que hace referencia en diversas ocasiones. Es preciso, al respecto, mencionar a algunos investigadores documentados en ese dominio y que llamaron la atención de Freud.

Uno de los fundadores de la S.P.R., W.F. Myers, se había interesado desde muy pronto en las ideas de Freud. Incluso había desarrollado, a fines del siglo pasado, una teoría que suponía la existencia de un “yo subliminal”, suerte de inconsciente concebido al estilo espiritista (sobre la filosofía de Myers véase (133)). Por cierto, su “psicología gótica” (Lacan) difería en forma notable de las concepciones freudianas nacientes, pero es de destacar, no obstante, que fue el primer autor inglés que mencionó los trabajos de Freud (fue leyendo una obra de Myers que Jones descubrió las teorías de Freud). En enero de 1893, Freud y Breuer habían publicado el artículo sobre “el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos”⁽⁴⁴⁾ y tres meses más tarde, Myers daba ya un análisis a la S.P.R. En 1897, Myers se refirió, ante la misma asamblea, a “*Histeria y genio*”, y habló otra vez sobre los estudios acerca de la histeria; este trabajo fue a continuación incluido en su obra póstuma: *The human personality*, aparecida en 1903. Recíprocamente, Freud conocía los estudios de Myers. En *La interpretación de los sueños* —(49) página 21— hace alusión a uno de los artículos de aquél, consagrado a los sueños hipermnésicos. Por lo demás, la influencia de Myers fue bastante limitada, aunque, de todos modos, el precoz interés que la

S.P.R. manifestó por las investigaciones de Freud puede tal vez explicar la adhesión que éste manifestó hacia esa sociedad.

Por el lado de los investigadores franceses hay que citar sobre todo a Charles Richet, pionero de la "Metapsíquica", quien, por otra parte, obtuvo el Premio Nobel de fisiología. Freud conocía bien a Richet. Éste había sido durante largo tiempo el primer asistente de Charcot, y Freud lo había encontrado en casa del maestro, en 1886, en ocasión de su estada en París. En esa época, Richet se interesaba en forma activa en la hipnosis y retomaba en especial los estudios de Janet consagrados a la hipnosis a distancia. Es en general ignorado que, en 1884, Janet había realizado experiencias por completo extrañas en una joven campesina normanda, Léonie, de las que presentó relatos en 1885 y 1886, en la Sociedad de Psicología Fisiológica de París, presidida por Charcot.^(93 y 94) Llegó a hipnotizar a Léonie a distancia (hasta a 500 metros) ante testigos y en satisfactorias condiciones de control. Tuviron éxito algunas experiencias de sugerencias post-hipnóticas dadas mentalmente. Ese mismo año aparecieron varios artículos sobre la hipnosis a distancia y el propio Richet experimentó con Léonie, repitiendo y confirmando las anteriores experiencias.^(120 y 121)

Habida cuenta de toda esa efervescencia, podríamos preguntarnos, como lo señala Chertok —(16) página 188—, si el interés de Freud por la telepatía no habrá tenido su fuente en Francia. De hecho, Freud se hallaba en París cuando Janet pronunció su conferencia el 30 de noviembre de 1885, pero aquél siempre afirmó haber ignorado por completo los trabajos de Janet durante su estada en Francia. Si conoció trabajos de Richet es algo imposible de probar. Lo cierto, por el contrario, es que si leyó, mucho más tarde, ciertos trabajos metapsíquicos de Richet, en especial su extenso *Tratado de Metapsíquica*,⁽¹²²⁾ que Eitington le hizo llegar en 1922, en

seguida de su publicación. A propósito de la obra de Richet, expresó que *"lo dejaba perplejo, al extremo de hacerle perder la cabeza"* (carta a Eitington del 13 de noviembre de 1922, citada en (95) tomo 3, página 443). Ya más de un año antes, cuando Eitington le envió algunos libros sobre ocultismo, le había contestado: *"El pensamiento de esa manzana ácida me hace estremecer, pero no hay modo de evitar tener que morderla"* (ibídem, página 443, carta a Eitington del 4 de febrero de 1921).

Ulteriormente Freud continuó manteniéndose al tanto de la literatura sobre la telepatía. En una carta-circular de Viena, del 15 de febrero de 1925, expresa a sus alumnos: *"La más fuerte impresión literaria me la produjo este mes un relato sobre experiencias de telepatía hechas con el Profesor Murray (informe oral de la Sociedad para la Investigación Psíquica, 24 de diciembre de 1924). Confieso que la impresión que me produjo ese informe fue tan fuerte que estoy dispuesto a renunciar a mi oposición a la existencia de la transmisión del pensamiento, aunque, por supuesto, no pueda para nada contribuir a explicarla. Hasta estaría dispuesto a brindar el apoyo del psicoanálisis al dominio de la telepatía"*.

Semejante entusiasmo por parte de Freud nos ha incitado a ver de más cerca en qué consistieron estas experiencias. Especifiquemos, de entrada, que el profesor Gilbert Murray era un filólogo cubierto de honores por las sociedades científicas del mundo entero y redactor de la Convención de la Sociedad de las Naciones. Sus investigaciones sobre la telepatía estuvieron entre las más importantes de la época pre-estadística, antes de los trabajos de Rhine. Fue presidente de la S.P.R. en 1915 y 1916.

El texto a que se refiere Freud consiste en un informe, redactado por Madame Sidgwick, de experiencias en las que Murray desempeñaba el papel de "percipiente", en tanto que diversos miembros de un círculo de amigos servían de "agente". Se hacía salir a Murray del salón; se

elegía un tema que era rápidamente anotado por escrito; se indicaba entonces a Murray que debía adivinar lo transcrito (es evidente que se habían tomado medidas para que Murray no oyese lo que se decía en la habitación). Sobre los primeros informes orales de experiencias, el grupo estima que el 60 % de los resultados eran confirmatorios. Demos una idea de estas experiencias citando cierto número de casos afirmativos relatados en el informe:

"Agente: —Los soldados de la Guerra de Crimea recibiendo de la reina Victoria sus medallas en el Horse Guards.

"Percipiente: —¿El rey están en tren de condecorar a alguna gente? Sí, me parece que es una especie de entrega de condecoraciones.

"Agente: —El Lusitania.

"Percipiente: —Recibí esto violentamente. Tengo una espantosa impresión de naufragio. Diría que es el torpedeamiento del Lusitania.

"Agente: —Pienso que bailo con el ministro de Relaciones Exteriores de Holanda en un café-concert de La Haya.

"Percipiente: —Una vaga impresión de tu viaje en Europa. Me parece algo de carácter oficial; una especie de velada danzante oficial. Como si sucediera en Holanda." (132)

Todas estas experiencias impresionaron indiscutiblemente a Freud. El tono empleado en la carta-circular del 15 de febrero de 1925 es muy significativo. Más aun lo es el hecho de que él mismo se haya entregado, poco tiempo después, a experiencias semejantes en su círculo familiar, con Ferenczi y su hija (véase más atrás, página 80), y que las haya participado con entusiasmo en una nueva carta-circular del 15 de marzo del mismo año.

Antes de cerrar este capítulo señalaremos que Freud tuvo muy pronto conocimiento de los trabajos de Rhine,

realizados en la Duke University, considerados en la actualidad como los más importantes de toda la investigación parapsicológica. Nos hemos referido ya a estas experiencias fundamentales, basadas sobre el cálculo de probabilidades en la tirada de cartas. (Señalemos que fue Charles Richet el primero que tuvo la idea de emplear las estadísticas para evaluar los resultados de la telepatía.) Rhine publicó sus primeros resultados en 1934. Freud conoció las investigaciones de Rhine en 1937, por intermedio de un analista norteamericano que había ido a Viena para un análisis didáctico —(13) página 96—.

El 3 de agosto de 1937, Smiley Blanton, que acababa de hojear el *Journal de Parapsychologie* publicado por la Universidad de Duke, señaló a Freud un trabajo de Rhine sobre la extraclarividencia y la telepatía. Freud no conocía ese artículo, y manifestó su interés por el tema. “*Hay sin duda algo en todo eso*”, destacó. Al día siguiente, Blanton le llevó a Freud un recorte de un periódico que tenía por título *La investigación metapsíquica*, a propósito de la obra de un investigador de Duke. Freud se limitó a comprobar con ironía: “¡Ah, es a propósito de los espíritus!” El 5 de agosto se reanudó la discusión al respecto. Freud precisó su pensamiento: rechazaba todas las consideraciones sobre los espíritus, porque le parecían carentes de fundamento. De todos modos, a la pregunta de Blanton, que le planteó si “*de todos modos, no valía la pena estudiar los fenómenos parapsicológicos, a fin de determinar si responden al charlatanismo, al autoengaño o a alguna fuerza sobrenatural*”, Freud respondió: “*Sí, sin duda, pero llevaría tanto tiempo verificar y autenticar los hechos que no bastaría una vida para ello; por lo demás, la cosa no vale la pena... Excepto para la telepatía, cuya existencia es posible y que merece ser estudiada*”. Freud no podía resumir mejor sus opiniones sobre el ocultismo.

IV. LAS NECESIDADES DE POLÍTICA EXTERIOR

No se podría cerrar un análisis de los factores que han influenciado en las opiniones de Freud sobre el ocultismo, sin decir algo sobre lo que él mismo llama "*las necesidades de política exterior*". Hay que entender con ello un conjunto de consideraciones estratégicas y tácticas que lo constriñeron a retardar algunas declaraciones, lo obligaron a una gran prudencia en sus publicaciones, y hasta lo llevaron a disimular a veces ciertos hechos.

Que las tomas de posición de Freud hayan podido ser influenciadas por consideraciones tácticas puede parecer chocante, pero hay que tener en cuenta, no obstante, este factor que parece haber jugado un papel nada despreciable, como hemos tratado de demostrar. Digamos, sin embargo, que no hay en ello nada de excepcional y que conocemos varios otros ejemplos de disimulo en Freud, siendo tal vez el caso más flagrante la forma en que fue publicado el artículo sobre "El Moisés de Miguel Angel",⁽⁶¹⁾ de manera anónima, con esta nota del editor: "*La redacción ha decidido aceptar este artículo que, estrictamente hablando, no entra en su programa, ya que el autor, que le es conocido, está próximo a los círculos psicoanalíticos y su forma de pensar presenta alguna analogía con los métodos del psicoanálisis*". Los historiadores del psicoanálisis han señalado algunos otros ejemplos, y nosotros mismos hemos hallado otros en el curso de nuestro trabajo.

De hecho, Freud estuvo de entrada confrontado al problema de la discreción y del secreto. Discreción para sí mismo, y es comprensible que haya hesitado en librar al público ejemplos personales relativos a un dominio tan marcado por la credulidad y la superstición. Secreto pro-

fesional, en lo que concernía a los ejemplos extraídos de sus enfermos o sus corresponsales, que lo obligaba a no dar más que datos parciales o deformados, que perdían así su fuerza de convicción. Freud insiste sobre este problema en su carta-circular del 15 de febrero de 1925:

“Yo sería capaz de decidir hoy mismo lanzar ese ensayo al mundo, sin retroceder ante el escándalo que en forma inevitable causaría, si no fuera por el obstáculo insuperable de las limitaciones que nos impone el secreto profesional. Éste sería seriamente violado por la publicación de datos tomados de la vida de dos de mis pacientes. La propia sensación que causaría esa publicación es lo que nos impone reserva. Las deformaciones no son posibles y cualquier atenuación no nos sería de ayuda alguna. Si la suerte hace que las dos personas cuyas predicciones no se han realizado mueren antes que yo, ese obstáculo desaparecerá.”

No obstante, en otros dominios tal vez aún más delicados, como los relativos a la sexualidad, había sabido compatibilizar con el secreto profesional a fin de apuntalar las teorías psicoanalíticas. Es dable pensar, pues, que esas referencias a las necesidades del secreto eran más bien racionalizaciones y que hay que buscar en otra parte las verdaderas razones de las hesitaciones de Freud. En primer lugar, en su dualidad interna y en su ambivalencia, problema que ya hemos subrayado en un capítulo precedente. En segundo lugar, en el peligro que constituía el ocultismo para el movimiento psicoanalítico, tanto más cuanto que el movimiento psicoanalítico estaba lejos de haber conquistado la audiencia de que hoy dispone y su porvenir no podía considerarse aún asegurado. Por esta razón, embarcarse en el terreno del ocultismo no estaba desprovisto de riesgos. Estos riesgos eran dobles: por una parte, un peligro de edulcoración y de captación del psicoanálisis por los movimientos ocultistas; por otra, un incremen-

to de las críticas procedentes de los medios científicos.

1. Los riesgos de edulcoración y de captación del psicoanálisis

En las consideraciones preliminares a *Psicoanálisis y Telepatía*,⁽⁶⁸⁾ Freud se entrega a un largo análisis de los posibles peligros de una alianza con los partidarios de las ciencias ocultas, en la que ve peligros subjetivos y peligros objetivos.

El peligro subjetivo es el de una desviación del trabajo del analista. El analista que, en su práctica, vería sus intereses absorbidos por los fenómenos ocultos, podría ignorar el material inconsciente que se expresa en el tratamiento. Semejante actitud conduciría, de modo inexorable, a una edulcoración del análisis, cosa que Freud no podía contemplar con satisfacción. Con mayor razón cuanto que el fenómeno se había ya producido, siendo por una parte responsable del cisma junguiano. Freud no había dejado de seguir la evolución teórica de Jung, a quien la fascinación por el ocultismo había conducido a una subestimación de los fundamentos del psicoanálisis. Había así abandonado los principios técnicos de *La interpretación de los sueños* y luego la concepción freudiana de la libido. Es sabido que, a continuación, iba a proseguir su importante camino en el terreno del ocultismo, interesándose por los gnósticos, especulando sobre la alquimia y hasta estructurando, en colaboración con el físico Pauli, una "teoría de la sincronicidad", que aspiraba a explicar los fenómenos parapsicológicos. Ya en 1914 Freud había sentido la necesidad de apartarse de la tendencia cismática de Jung, por lo cual escribió su *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico*⁽⁶²⁾ que excomulgaba definitivamente a Jung. Es comprensible que, en consecuencia, enriquecido con las enseñanzas

extraídas de la desviación junguiana, haya vacilado en volver a llevar al movimiento psicoanalítico al terreno peligroso del ocultismo y que no haya deseado asumir de nuevo el riesgo de una edulcoración de sus concepciones como secuencia de referencias abusivas a la telepatía, por ejemplo. Los propios pacientes no dejarían de hacer una alegre acogida a esa desviación. ¡Jones —(95) tomo 3, página 460— menciona, así, a uno de sus enfermos, que le pedía lo analizara a distancia, por telepatía! Pero el peligro amenazaba también a los analistas, que podían ser tentados a eludir un trabajo analítico largo y minucioso, prefiriendo explicaciones tan seductoras como hipotéticas fundadas en una eventual telepatía. Todas estas razones sólo podían incitar a Freud a mantenerse muy prudente en sus publicaciones sobre el ocultismo.

Por lo demás, Freud reconocía un peligro objetivo en la unión con los ocultistas, quienes, en su mayor parte, no aspiraban más que a justificar sus creencias. A su juicio, en efecto, el psicoanálisis corría el riesgo de contribuir al éxito de aquéllos, autenticando cierto número de fenómenos sobre los cuales edificaron sus creencias y, por lo tanto, dejarse atrapar en provecho de la causa del misticismo. No olvidemos que las postrimerías del siglo diecinueve y los comienzos del veinte habían sido caracterizados por un despliegue de “mediums”, por una proliferación de sectas espiritistas de todas clases, cuya amplitud es difícil de imaginar. Ante la importancia de este fenómeno social, Freud expresa, en 1921 (*Psicoanálisis y Telepatía*) su temor de que una marea ocultista entrañara un derrumbe del pensamiento racional, al que el propio psicoanálisis no resistiría; de todos modos, en 1932 (*Sueño y Ocultismo*) reconocía que semejante temor era injustificado —(76) página 75—. No es menos cierto que los movimientos ocultistas están siempre prontos para recuperar al psicoanálisis y que, aún en nuestros días, el peligro continúa amenazador. La astrología, que se esfuerza en po-

nerse a tono con las tendencias actuales tomando en préstamo nuevos conocimientos socialmente valorizados, se adorna en la actualidad con una “Vulgata psicoanalítica”. En su encuesta sobre la imagen del psicoanálisis, Serge Moscovici ha señalado el lazo que cierta prensa establece entre el psicoanálisis y la astrología, y cita dos pasajes de artículos significativos —(111) página 457—; pero las mejores partes de la ensalada astro-psicoanalítica se encuentran, sin duda, en un libro escrito por el vicepresidente del Centro Internacional de Astrología, intitulado *Del psicoanálisis a la astrología*,⁽¹⁰⁾ que es un modelo en el género.

2. Los ataques de los medios científicos

El sincretismo que confunde psicoanálisis y ciencias ocultas brinda argumentos fáciles a quienes rechazan el psicoanálisis en nombre de la ciencia. La idea de una lazo sutil entre ocultismo y psicoanálisis no impregna sólo a los medios populares, sino que también puede ser hallada en las publicaciones de algunos psiquiatras, inclusive contemporáneos. Así, Baruk escribe, no hace mucho, que “*el psicoanálisis comporta un dogma y ritos que dan un lugar al ocultismo y a los misterios ocultos*” —(11) página 11—. Cuando en nuestros días persisten semejantes afirmaciones, no puede sorprender que en la época de Freud los medios hostiles al psicoanálisis hayan tratado, en forma sistemática, de socavar las bases científicas, comparándolo con prácticas ocultas. Por su parte, el ocultismo sufría, al mismo tiempo, furiosos ataques: en “*Psicoanálisis y Medicina*” —(73) página 166—, Freud recuerda que había sido entonces promulgada en Austria una ley que prohibía la realización de sesiones de ocultismo o la fundación de sectas espiritistas (medida que, por lo demás, consideraba injusta y por completo ilusoria). Es

comprensible, pues, que Freud haya sentido la absoluta necesidad de diferenciarse del ocultismo y de no comprometer al psicoanálisis en ese peligroso terreno. Una caricatura muy significativa de William Cotton, publicada en una revista en 1931, muestra con gran justeza a un Freud desconfiado que rechaza la acogida obsequiosa de un astrólogo (reproducida en (40) página 100), relacionada con la anécdota del “astrólogo psicoanalista”, relatada por Martin Freud en (43) página 248.

Esa preocupación fue determinante en la táctica de prudencia adoptada por Freud. Cuando, en 1921, Carrington le propuso colaborar en la *“Investigación Psíquica”*, declinó el ofrecimiento, explicando en forma especial que *“tenía buenas razones para querer establecer una línea de demarcación muy neta entre el psicoanálisis —que no tiene nada de oculto— y ese campo de conocimiento aún inexplorado, no dando así lugar a malentendidos al respecto”*. Por este hecho, se comprende mejor la hesitación de Freud a exponer sus observaciones sobre la telepatía: cierto número, que recopiló entre 1910-1911, sólo fue publicado veinte años después; la comunicación sobre *Psicoanálisis y Telepatía*,⁽⁶⁸⁾ que hizo a los miembros del “Comité” psicoanalítico en 1921, sólo fue conocida después de la muerte de Freud. Por cierto, la ambivalencia de Freud con respecto al ocultismo no es gratuita en esa actitud, pero las preocupaciones tácticas que ahí se develan no deben, por cierto, ser minimizadas. Por otra parte, se hallan pruebas de esas preocupaciones a lo largo de todos los intercambios que tuvieron lugar acerca de la telepatía, a partir de 1910, entre Freud y sus íntimos.

En 1910 Ferenczi había anunciado a Freud su intención de publicar sus observaciones sobre la telepatía. Este le respondió que no era hombre capaz de esquivar la proclamación de la verdad, por impopular que fuera, pero recordó los peligros de una asociación con un tema tan

sospechoso, que sólo podía sumarse a la reprobación que rodeaba al psicoanálisis. Le sugirió, pues, una espera de dos años, luego de lo cual publicaría en el "Jahrbuch" (Anuario), en 1913, todo cuanto Ferenczi tuviera deseos de escribir sobre el tema. (3 de diciembre de 1910; citado en (95) tomo 3, página 437). Algunos meses más tarde, incitó a Ferenczi a la prudencia.

"Jung me escribe que debemos conquistar el dominio del ocultismo y me pide mi acuerdo para una cruzada que llevaría en la esfera del misticismo. Me doy cuenta de que no me es posible retenerlos a ambos. Al menos, prosigan en colaboración; se trata de una expedición peligrosa y no puedo acompañarlos ahí." (11 de mayo de 1911; citado por Jones (95) tomo 3, página 438.)

Ferenczi reconoció que la cuestión podía tener graves repercusiones sobre el movimiento psicoanalítico si estuvieran sobre una falsa pista. Le pidió a Freud que invitara a Jung a Viena para discutirla. Seis meses más tarde, Freud escribió de nuevo a Ferenczi que *"sus trabajos de ocultismo contienen un elemento de impaciencia injustificada"*. (17 de noviembre de 1911; citado por Jones (95) tomo 2, página 177). En enero de 1912, Freud siente que no podrá contener a Ferenczi por más tiempo y le da vía libre para 1913 (carta a Jung del 10 de enero de 1912; en (86) tomo 2, página 246).

Freud tuvo todavía ocasión de entrenar la impaciencia de Ferenczi. En 1925, éste tuvo intención de presentar un relato de sus experiencias de telepatía al Congreso de Bad-Hombourg. Freud, tal vez porque había sido el sujeto de una de esas experiencias, se opuso a esa comunicación:

"Estoy en contra —le escribe—. No lo haga. Su experiencia y sus experimentos no son, por cierto, ni más asombrosos y menos viciados de duda que los que integran la literatura y no han sido hasta hoy

aceptados. El solo elemento nuevo de su conferencia será el elemento personal que se desprendería de la misma. Al hacerlo, usted lanzará una bomba en el edificio psicoanalítico, que sin duda explotará. Por supuesto, estamos de acuerdo en no desear provocar esa perturbación en nuestro desarrollo, aun si es tal vez inevitable.” (20 de marzo de 1925; citado por Jones (95) tomo 3, página 445.)

Freud renueva similares consejos de prudencia a Edoardo Weiss, quien se había entregado a experiencias sobre los medium —(38) página 66—. Después de haberle escrito, el 24 de setiembre de 1932, que *“sería por supuesto nefasto para su papel de pionero del psicoanálisis en Italia declararse, al mismo tiempo, partidario del ocultismo”*, experimenta, en la carta que sigue, la necesidad de precisar su posición: *“Debo disipar un malentendido. Que un psicoanalista evite tomar partido, en forma pública, sobre la cuestión del ocultismo, es una medida de carácter por completo práctico y sólo temporario, que no constituye en absoluto la expresión de un principio”* (8 de octubre de 1932).

De hecho, Freud mismo había sucumbido a la tentación de asumir algunos riesgos, y fueron algunos de sus alumnos quienes se encargaron de frenarlo; en especial Eitington y Jones, el “diplomático del psicoanálisis”. Después de haber escrito *“Psicoanálisis y Telepatía”*, en 1921, Freud había tenido intención de presentarlo en el Congreso de Berlín, en 1922. Sin embargo, Eitington y Jones lo disuadieron de efectuar la comunicación. No obstante, un poco más tarde, pasando por sobre los consejos de prudencia de Jones, publicó *Sueño y Telepatía* y después, en 1925, *La significación oculta de los sueños*. Este texto fue motivo de una polémica con Jones, quien era en absoluto hostil a toda toma de posición en favor de la telepatía. Siguió un intercambio de cartas, que da buena idea de los problemas en juego (véase en Jones (95)

tomo 3, páginas 445-448). En 1933, la publicación de *Sueño y ocultismo* desató una nueva querrela, mucho menos violenta, con todo, que Jones no considera útil reseñar.

Aun en los textos que Freud publicó sobre la telepatía; no se apartó jamás de cierta prudencia; más aún, fue reservado en ocasión de reportajes que trataban de hacer conocer su pensamiento al gran público. A este respecto, es significativo el artículo que otorgó al periódico húngaro Magyar Hirlap.⁽⁷⁵⁾ En 1932 se había extendido la noticia de que Freud escribía un artículo sobre el ocultismo y todo el mundo deseaba informaciones al respecto. Un periodista húngaro, Hans Halbe, solicitó a Freud una entrevista. Pensando que, hasta entonces, los periodistas habían siempre deformado sus expresiones, Freud prefirió dar por escrito sus puntos de vista sobre el tema. El artículo fue publicado en húngaro, el 25 de diciembre de 1932.⁶ Pero sorprende comprobar que Freud no hace más que retomar las primeras páginas de *Sueño y Ocultismo* y que no desarrolla más que sus reticencias acerca del ocultismo; por el contrario, no dice una palabra de lo esencial de su trabajo y de sus observaciones en las cuales defiende la hipótesis de la telepatía. Esa actitud, en verdad caricaturesca, atestigua bien el extremo cuidado de Freud de diferenciarse de los diversos movimientos ocultistas.

Se vuelve a hallar esa misma reserva en la entrevista que acordó en 1935 a Cornelius Tabori. Allí retoma sensiblemente los mismos términos aparecidos en el Magyar Hirlap tres años atrás, comparando las discusiones sobre los fenómenos ocultos a las relativas a la composición del interior de nuestro planeta y apela de nuevo al ejemplo de la mermelada, citado en las primeras páginas de *Sueño y*

⁶ Este texto —que nosotros sepamos— no ha sido jamás traducido, fuera de la edición original, en húngaro. Agradecemos al doctor Kurt Eissler, director de los “archivos Sigmund Freud” de Nueva York, que ha realizado, en forma especial, las investigaciones sobre este texto en Budapest y ha podido así facilitarnos una fotocopia.

Ocultismo. Sin embargo, especifica: “*La transmisión del pensamiento no puede ser simplemente accidental. Algunas personas opinan que yo devengo crédulo y envejezco, pero no lo creo. He aprendido toda mi vida, lisa y llanamente, a aceptar los hechos nuevos con humildad*”.
—(136) páginas 213-219—.

CAPÍTULO II

Las posiciones de Freud sobre el ocultismo

I. LOS ESCRITOS SOBRE EL OCULTISMO

Puedo darles un consejo: cuando lean trabajos analíticos, tengan mucho cuidado con la fecha de su redacción.

Freud (13) página 51

En la primera parte de este libro hemos brindado un amplio espacio a consideraciones anecdóticas. Creemos, en efecto, que esta visión histórica serviría para hacer más claro el pensamiento de Freud, mostrando sus fundamentos y siguiendo su desarrollo. Vamos a intentar ahora una síntesis de las concepciones freudianas sobre el ocultismo, que será el objeto de esta segunda parte.

Para ordenar lo esencial de las tesis de Freud, hay que recordar que su pensamiento era evolutivo y que, en forma esquemática, es posible separar tres grandes etapas en sus reflexiones sobre el ocultismo. Hasta alrededor de los años 1909-1910, Freud adopta, con relación al ocultismo, una posición de escepticismo casi total, que lo lleva a negar toda realidad material en esas creencias. A partir de 1910 se lo ve aceptar cada vez más la idea de la existencia de un núcleo de verdad en el seno de esa suma de ilusiones: este núcleo de verdad podría ser la telepatía; no obstante, su certidumbre no es suficiente para que pueda ser expuesta en público. En fin, a partir de 1921, esa certidumbre está lo bastante afirmada como para que encare en forma pública la hipótesis de la telepatía.

Del mismo modo, es útil subrayar que, al contrario de un autor como Jung, por ejemplo, o de los investigadores de la "Sociedad de Investigaciones Psíquicas", Freud no hizo jamás del ocultismo un objeto de estudio privilegiado. Sólo en forma ocasional se dedicó a ese género de problemas, al azar del material aportado por sus pacientes o sus corresponsales. Tampoco trató jamás de estructurar una teoría general del ocultismo, y permaneció en absoluto mudo acerca de muchos temas que forman parte del mismo en forma clásica; por ejemplo, la astrología o la alquimia. Por consiguiente, aun si estamos inclinados a considerar que su orientación en los escritos de la tercera etapa fue de tipo parapsicológico, sería sin embargo falso considerar a Freud como un parapsicólogo. ¿Es preciso decir que era y permaneció ante como un psicoanalista, cuidadoso del desarrollo de las teorías psicoanalíticas y que no se interesó en los problemas parapsicológicos sino en la medida en que los halló en su propio campo de investigaciones?

1. Los escritos de la primera época (antes de 1910)

Hasta alrededor de 1909, las alusiones al ocultismo en los escritos de Freud son muy episódicas y todas están teñidas de escepticismo. En su correspondencia no se encuentra casi otra cosa. Su concepción está por completo dominada por la idea de que no hay allí más que una amalgama de supersticiones, de ilusiones; que no es más que “una psicología proyectada sobre el mundo exterior”, que el psicoanalista está en condiciones de traducir por completo en términos de mecanismos inconscientes. El dominio misterioso de los sueños no había resistido a las fecundas ideas de Freud y por ese hecho, había perdido todo derecho a considerarse sobrenatural. Algunos escritos han de confirmar esa posición sobre el ocultismo.

a. *Un sueño premonitorio realizado (Eine erfüllte Traumahnung)*(48)

El manuscrito de este artículo está fechado el 10 de noviembre de 1899, pero no fue publicado, sin duda por razones de secreto profesional. No fue hallado de nuevo sino después de la muerte de Freud y publicado en 1941, en los *Schriften aus dem Nachlass* (G.W.17,21). En 1907 Freud retomaría esa observación en forma abreviada, en *La psicopatología de la vida cotidiana* —(51) página 279—. El artículo original no ha sido aún publicado en francés. En ese artículo, Freud explica un pretendido sueño premonitorio, señalando que verosimilmente se trataba de una reconstrucción a posteriori.

b. *La psicopatología de la vida cotidiana* (1a. y 2a. edición)(51)

La primera edición de esta obra apareció en 1904,

después de haber sido publicada en forma de diversos artículos a partir de 1901. Freud desarrolla allí con claridad su tesis, que sostiene que las supersticiones no son más que el producto de las proyecciones del inconsciente. En 1907, en ocasión de la segunda edición, agrega un resumen de la observación de 1899 antes citada; pero suprime una nota de 1901 donde hacía alusión a su temor de morir en 1907 (véase página 33).

c. *Observaciones sobre un caso de neurosis obsesiva (El hombre de las ratas)*. (53 y 54)

Es evidente que este texto, publicado en 1909, no es, en sí mismo, un trabajo sobre ocultismo. Merece, no obstante, ser recordado aquí, por ser el texto en el cual Freud desarrolla por primera vez la cuestión de la creencia en la "omnipotencia del pensamiento" en los obsesivos, rasgo que vincula con las creencias primitivas en la eficacia de la magia y que le parece dar cuenta de las supersticiones en general (véase el capítulo intitulado: "Algunas particularidades psicológicas de los obsesivos: su actitud con respecto a la realidad, la superstición y la muerte").

Durante toda esa época casi no se encuentran, en la correspondencia de Freud, reflexiones sobre el ocultismo. Hay, sin embargo, una singular observación a Fliess, en una carta del 8 de mayo de 1901, que merece retener la atención:

"El placer que me ha dado tu carta no ha sido poco, salvo en lo que concierne a la parte sobre la magia, que considero como un remiendo superfluo intentado para compensar tus dudas acerca de la transmisión del pensamiento. Creo en la transmisión del pensamiento y continuo dudando de la magia." —(80) página 293—.

Este pasaje tendería a demostrar que, de hecho, Freud comenzó muy pronto a admitir la existencia de la

telepatía, idea que no será afirmada en forma pública sino veinte años más tarde.¹

2. Los escritos de 1910-1920

En los años 1909-1910, Freud retoma esa hipótesis, que le parece confirmarse poco a poco. Hemos subrayado en qué medida fue determinante la influencia de Ferenczi. No olvidemos tampoco que en 1911 Freud será designado “miembro correspondiente” de la Sociedad de Investigación Psíquica de Londres. No obstante, durante toda esa época, marcada también por la guerra, Freud adopta una actitud de reserva y guarda silencio sobre sus audaces hipótesis. No puede pensarse que fuera por falta de material clínico, porque es sabido que en 1910 y 1911 reunió la mayor parte de las observaciones que alimentaron sus escritos del tercer período. Todo induce a creer, como lo hemos señalado, que fueron las consideraciones tácticas las determinantes de esa actitud. Sólo en privado, en su correspondencia, Freud testimoniaba posiciones favorables a la telepatía. Sea como fuere, en los escritos de todo ese período, Freud no hará prácticamente ninguna alusión a su creencia en la posibilidad de la telepatía, y proseguirá su obra psicoanalítica abatiendo las ilusiones del ocultismo y desarrollando el concepto fundamental del “pensamiento mágico”.

a. Tercera edición de *“La psicopatología de la vida cotidiana”*(51)

En 1910 aparece la tercera edición de esta obra. En esta ocasión, Freud incluye un nuevo pasaje consagrado a

1. De todos modos Schur, quien da una traducción un tanto distinta de este pasaje —(127), página 261—, más bien encara estas alusiones en otro contexto.

los fenómenos ocultos: premoniciones, sueños proféticos, telepatía, etcétera... Se le ve aquí declarar que no se puede descartar por completo la posibilidad de estos fenómenos, y que el problema requiere más profundas investigaciones:

“¿Hay que negar a la superstición toda base real? ¿Es cierto en absoluto que los fenómenos conocidos con los nombres de premonición, sueño profético, experiencia telepática, manifestación de fuerzas suprasensoriales, etcétera... no son más que simples productos de la imaginación, sin ninguna relación con la realidad? Lejos de mí la idea de formular un juicio tan riguroso y absoluto sobre fenómenos cuya existencia ha sido atestiguada por hombres muy eminentes desde el punto de vista intelectual. Todo cuanto podemos decir es que su estudio no está terminado y que requieren ser sometidos a nuevas y más profundas investigaciones.”
—(51) página 278—.

b. *Totem y Tabú*⁽⁵⁷⁾

El interés de esta obra, publicada en 1913, desborda con mucho nuestro tema. Sin embargo, el tercer capítulo, intitulado “Animismo, magia y omnipotencia de las ideas” es esencial en la visión freudiana del ocultismo. Freud desarrolla allí sus concepciones sobre el “pensamiento mágico”, que reubica en una visión antropológica general. Volveremos *in extenso* sobre este texto.

c. *La inquietante rareza (Das Unheimliche)*⁽⁶⁶⁾

Este ensayo, que apareció por primera vez en *Imago*, fue editado en su versión definitiva en mayo de 1919. Este texto se presenta como una contribución al dominio de la estética, pero se vincula a nuestro centro de interés en la

medida en que aborda lo fantástico, la creencia en la magia y en ciertas fuerzas ocultas. Tendremos que referirnos a menudo al mismo, pero, por el momento, observemos que en este texto no hay ninguna alusión a la posible existencia de un “núcleo de verdad” en las experiencias ocultas sobre las que Freud discute. Tal vez puede considerarse este texto como el último bastión con el que Freud trató de defenderse del impulso que lo conducía a admitir un núcleo de verdad en el ocultismo. En todo caso, es una especie de autoanálisis (prudentemente anónima, sin embargo) donde trata de poner al desnudo lo que podría estar en el origen inconsciente de sus propias tendencias supersticiosas. Notemos que este texto fue escrito dos veces; por desgracia, no disponemos más que del contenido de la versión inicial.

3. Los escritos posteriores a 1921

Apenas dos años después de la publicación de *La inquietante rareza*, Freud inicia un importante cambio de actitud. Abandonando la prudencia del decenio transcurrido, se decide a hacer públicas sus posiciones sobre la telepatía y a reconocer que se inclina a ver en este fenómeno el “núcleo de verdad” del ocultismo. Este viraje se decide en el curso del verano de 1921. Jones, que no ha disimulado su oposición a la actitud de Freud, relaciona este viraje “*con el notable impulso de su imaginación, que lo ha llevado a adelantar hipótesis concernientes a los más profundos problemas de la humanidad: la naturaleza de la muerte y los conflictos entre el amor y el odio, entre las tendencias constructivas y las tendencias destructivas de la vida*”. —(95) tomo 3, página 453—. Es un hecho que este período corresponde a aquél en el que Freud formuló su segunda actitud. Escribió al respecto que su cambio de interés se debía a una profunda modificación “*que se*

podría describir como una fase de desarrollo regresivo. Mi interés hizo un rodeo, que duró toda una vida, por las ciencias de la naturaleza, la medicina y la psicoterapia, volviendo luego a las cuestiones culturales, que me fascinaban desde largo tiempo atrás, cuando apenas tenía la edad de la reflexión". (Post-scriptum, no traducido al francés, de "Mi vida y el psicoanálisis", citado en Man-noni (105) página 163.) Lo que dice acerca de la elaboración de la nueva actitud es tal vez susceptible de aplicarse asimismo a su interés por el ocultismo, que se afirmó en esos mismos años en que supo de su afección cancerosa.

En julio de 1921 Freud recibió numerosas proposiciones para colaborar en la "Investigación Psíquica". Una de éstas provenía de Carrington, la que, como se sabe, declinó. Freud escribió su famosa carta a Carrington el 24 de julio de 1921, es decir, en la misma semana en que comenzó a redactar su primer artículo consagrado a la telepatía ("Psicoanálisis y telepatía"). En efecto, comenzó ese artículo a fines de julio (Freud hace alusión al mismo en una carta dirigida a Eitington, del 31 de julio) y lo terminó muy pronto, ya que está datado el 2 de agosto. En diciembre de 1921 comenzó un nuevo ensayo sobre la telepatía (*Sueño y Telepatía*). Toda esta actividad atestigua la intensidad del interés de Freud por la cuestión, en el curso del último semestre de 1921. A partir de esa fecha, Freud ya no disimulará sus opiniones sobre la telepatía: a su juicio, la telepatía representa tal vez el núcleo de verdad del ocultismo, que las tendencias mitómanas de la humanidad han huído en una madeja tejida de ilusiones.

Comienza así ese tercer período, en el curso del cual aparecerán una serie de publicaciones muy originales, primeros artículos de "parapsicología psicoanalítica". Subrayemos, al respecto, el hecho singular de que, a excepción de uno solo, que constituye un capítulo de una recopilación más amplia,⁽⁷⁶⁾ ninguno de los textos de esa

época consagrados al estudio de la telepatía es accesible al lector de lengua francesa. No es posible dejar de observar esta asombrosa “ocultación” de esa serie de escritos sobre el ocultismo, en los cuales Freud sostiene posiciones heroicas que han estado lejos de constituir la unanimidad del movimiento psicoanalítico.

Vamos a ubicar, en forma breve, estos textos en su cronología, remitiendo para mayores detalles a los capítulos siguientes, donde haremos el análisis.²

a. Psicoanálisis y Telepatía (Psychoanalyse und Telepathie)⁽⁶⁸⁾

Como acabamos de señalar, este artículo fue redactado en Bad Gastein, en los últimos días de julio de 1921. En el curso del mes de setiembre, los miembros del “Comité” emprendieron un viaje por el Harz y, en esa ocasión, Freud los hizo partícipes del contenido de ese texto. Recibió una acogida muy débil, sobre todo por parte de Jones y de Abraham, en tanto que Ferenczi se mostró muy entusiasta. Hay que subrayar que, aparte de los seis miembros del “Comité”, el artículo no parece haber sido conocido por los otros miembros de la Asociación Psicoanalítica. Freud tenía la intención de presentarlo en el Congreso de Berlín, en 1922, pero Eitington y Jones lo disuadieron. Sin embargo, algunos años más tarde, el 5 de noviembre de 1926, Freud le pidió a Eitington el manuscrito, con la intención de publicarlo, al fin, pero éste le aseguró que se lo había devuelto personalmente. En todo caso, el trabajo no fue publicado en esa ocasión, aunque es posible que no se hubiera perdido, porque Freud retomó en forma casi textual algunos pasajes en la redacción de *Sueño y Ocultismo*, en 1932. Por último, el ensa-

2. El lector interesado puede remitirse a la traducción personal integral de estos textos que hemos hecho figurar en apéndice en nuestra tesis (108).

yo de Harz sólo fue publicado después de la muerte de Freud. Apareció por primera vez en 1941, en los "Schriften aus dem Nachlass" (G.W. 17, 25-44).

El artículo mismo comienza con una serie de observaciones preliminares de Freud, donde discute las ventajas y los peligros de una asociación con los partidarios del ocultismo. Relata enseguida tres observaciones que parecen acreditar la hipótesis de la telepatía: la profecía del envenenamiento con cangrejos (véase página 190); la profecía del nacimiento de dos hijos a los treinta y dos años (véase página 187), la del grafólogo Scherman (véase página 193). Freud había previsto informar a los miembros del "Comité" acerca de una cuarta observación (El señor "Vorsicht", véase página 195) pero, por un curioso acto fallido, olvidó las notas que había tomado al respecto. Freud concluye su trabajo subrayando: *"Ustedes habrán de notar que el conjunto de mis observaciones concierne sólo al problema de la transmisión del pensamiento. No tengo nada que decir a propósito de los otros prodigios del ocultismo (...) Tal vez el problema de la transmisión del pensamiento les parezca insignificante, en relación con el inmenso mundo del ocultismo. Pero observen que esa hipótesis representa ya un importante paso con relación a nuestro punto de vista habitual"*.

b. Sueño y Telepatía (*Traum und Telepathie*)(69)

Este artículo fue escrito en diciembre de 1921. Fue el primero publicado por Freud sobre la telepatía, ya que el precedente fue mantenido en secreto. Apareció en *Imago* en 1922. Freud lo escribió con la intención de presentarlo en la Sociedad Psicoanalítica de Viena, pero, una vez en prensa el texto, cambió de opinión y no hizo la proyectada comunicación.

El autor relata en ese artículo dos observaciones recogidas de dos corresponsales, quienes le habían escrito

algunas semanas antes. Una concierne al sueño del nacimiento de gemelos, en el cual Freud fue llevado a reconocer la aparición de un fenómeno telepático (véase página 183). El otro concierne al caso de una corresponsal que parecía sujeta a numerosas manifestaciones paranormales (véase página 176); Freud efectuó el análisis pero, en este caso, rechazó al fin la hipótesis de la telepatía.

A propósito de este texto, debemos destacar la extrema discreción de Freud, quien en ningún momento hace alusión a las otras observaciones de que tenía conocimiento, que había reunido en *Psicoanálisis y Telepatía*.

c. *La significación oculta de los sueños (Die okkulte Bedeutung des Traumes)*(72)

Este texto fue redactado por Freud en 1925, mientras estaba en tren de revisar la séptima edición de la *Traumdeutung*, para la publicación del segundo volumen de sus *Gesammelte Schriften*. Forma parte de un conjunto que hubo de ser insertado en *La interpretación de los sueños*, pero al fin el texto fue publicado aparte en el conjunto: “Algunos agregados al conjunto de la interpretación de los sueños” (Einige Nachträge zum Ganzen des Traumdeutung), en *Imago*.

En este texto, Freud expresa su negativa a creer en todo poder profético de los sueños. Por el contrario, se manifiesta dispuesto a reconocer la existencia de sueños telepáticos y hace una breve alusión a la profecía del nacimiento de los dos hijos.

d. *Sueño y Ocultismo (Traum und Okkultismus)*(76)

Este artículo fue escrito en 1932 y constituye el segundo capítulo de “Nuevas conferencias sobre el psicoanálisis” —(76) páginas 43-77—. En ese trabajo, Freud retoma el conjunto de las observaciones publicadas en los

artículos precedentes, con excepción del caso de su correspondiente, que se había negado a reconocer como paranormal. Se encuentran allí, relatadas en forma sucinta, las tres observaciones de *Psicoanálisis y Telepatía* que hasta entonces habían permanecido en los ficheros de Freud. Del mismo modo, retoma el sueño del nacimiento de los gemelos. El único ejemplo nuevo corresponde al caso "Vorsicht" (véase página 195). Además, Freud toma de D. Burlingham la anécdota de la moneda de oro (véase página 88).

e. Otros escritos

Hay que destacar asimismo una frase agregada por Freud a continuación del capítulo sobre las supersticiones, en ocasión de la reedición de 1924 de *La psicopatología de la vida cotidiana*; frase que no figura en la edición francesa:

"Debo reconocer, sin embargo, que he tenido en estos últimos años algunas notables experiencias que se hubieran podido explicar con facilidad admitiendo la hipótesis de la transmisión del pensamiento telepática". (Citado en (127) página 306).

4. CONCLUSIONES

Al término de nuestro panorama bibliográfico, nos parece posible desprender una lógica interna, allí donde Jones no veía más que ambivalencia y hesitación.

Parece claro que, al comienzo de su obra, Freud esperó llegar a explicar, a demistificar el ocultismo, gracias a la nueva comprensión que le brindaba el aparato psicoanalítico. Es así como la investigación de Freud se estructura en torno a una hipótesis central: el ocultismo es una ilusión. Esa es la posición adoptada en los primeros escri-

tos sobre el tema y lo esencial de su estudio de los fenómenos ocultos, comprendidos en el tercer período de sus investigaciones, que va a constituir una tentativa de *“eliminar de una vez por todas las producciones del deseo humano del dominio de la realidad material”*.⁽⁶⁸⁾ Racionalista, ceñido a una visión científica del mundo, la “caza a la ilusión” permanecerá siempre como su actitud fundamental y el común denominador de todos sus trabajos sobre el ocultismo.

Sin embargo, en el curso de su investigación, Freud se verá confrontado a cierto número de hechos que lo llevarán, al fin, a suavizar sus posiciones y a suponer la existencia de un núcleo de verdad, irreductible, tras el fárrago de ilusiones. Supone que este núcleo de verdad podría ser la telepatía, fenómeno que se resiste a considerar como “oculto”, y del que espera un abordaje científico. Nacerá así una serie de escritos “parapsicológicos”, que puede parecer en contradicción con el resto de su obra. Pero esa contradicción es sólo aparente; deriva de un desconocimiento de la dialéctica interna de los trabajos de Freud sobre el ocultismo. Porque hay que subrayar que, aun en el “tercer período”, Freud no se apartará jamás de su concepción científica del universo (son un testimonio los escritos sobre la religión y el capítulo VII de las *Nuevas conferencias sobre el psicoanálisis*) y no renegará de una línea de sus escritos precedentes. Vamos a tratar de aprehender esa dialéctica, articulándola en torno a dos polos. En el primero, veremos cómo Freud pone en evidencia la parte de ilusión presente en el ocultismo; en el segundo, cómo descubre lo que cree que es el núcleo de la verdad.

II. EL OCULTISMO COMO OCULTACION DEL INCONSCIENTE

El psicoanálisis: un trozo de tierra desconocida ganado a las creencias populares y al misticismo.

Freud (76), página 11.

Lo esencial de la obra de Freud sobre el ocultismo es un trabajo de demistificación. Su objetivo es poner al desnudo los factores inconscientes en acción en el ocultismo. Ya que si *“el Inconsciente no es lo oculto”*, es en verdad ocultado por el ocultismo, cuya función especial es de desconocimiento. En esta perspectiva, los estudios de Freud en el dominio del ocultismo no pueden ser aislados del resto de su obra.

Así, cuando se abordan las concepciones freudianas del ocultismo, es difícil no señalar que el camino que había de conducir a Freud al psicoanálisis transitaba muy cerca de las fronteras del ocultismo. Este camino tomaba la “vía real” del sueño, que bebía en el viejo fondo de las creencias de la humanidad —sueño mensaje del más allá, sueño portador de las revelaciones demoníacas, sueño anunciador del futuro—, en el cual Freud veía un discurso simbólico, que remite a la historia del sujeto y no a la de los dioses. Este camino tomaba también los senderos extraviados de la hipnosis y de la histeria, que, a fines del siglo pasado, mostraban aún viejos relentes de sobrenatural. El psicoanálisis iba a nacer de una avanzada en estos territorios largo tiempo reservados al ocultismo.

Aunque sin pretender retrasar el itinerario que había de conducirlo de la anatomía cerebral al psicoanálisis, no es posible dejar de señalar que, en los primeros tiempos de su itinerario, Freud estuvo impulsado a abandonar los métodos tradicionales del médico por las prácticas

seculares del curandero: sugestión e hipnotismo. ¿Hace falta recordar que la hipnosis había sido introducida por Mesmer, a fines del siglo XVIII, con el nombre de magnetismo animal, acompañada de una superestructura teórica de las más esotéricas?

Partiendo de las antiguas concepciones de las influencias astrales sobre el mundo, Mesmer había elaborado una teoría según la cual una influencia cósmica podía, gracias a la influencia de un "fluido universal" invisible e impalpable, extenderse también a todo el organismo del individuo. Todo desequilibrio del fluido era generador de enfermedad, pero la curación podía obtenerse poniendo al enfermo en contacto con la fuente de ese fluido. Después de muchas vicisitudes, de las que no es éste el lugar para describir, en la Salpêtrière, donde reinaba el gran Charcot, se había introducido la hipnosis. Esta había hecho su entrada por el sesgo de la "metaloterapia", ¡procedimiento maravilloso que permitía transferir los síntomas de un sujeto a otro gracias a los imanes! En ese santuario, Freud fue a ver oficiar al Maestro en 1885-86. Aún estudiante, Freud había asistido a una sesión del magnetizador danés Hansen y había quedado convencido de la realidad de los fenómenos hipnóticos. Joven practicante, después de haber admirado los éxitos de Charcot, iba a volverse, a su vez, sobre la sugestión hipnótica, que utilizará durante muchos meses con éxitos halagüeños y la satisfacción de ser admirado como un mago. Si las modalidades del tratamiento parecían surgir de la magia, es porque los enfermos sometidos al mismo remitían también a lo extraordinario. Escapando al dominio codificado de la patología, eran presa de síntomas caprichosos que estaban fuera de la comprensión de la medicina oficial. Es sabido que Freud había de trastornar la comprensión de la histeria y en ese movimiento iba a nacer el psicoanálisis. Por eso mismo se esclarece toda la cuestión

del extraño poder terapéutico del shamán o el curandero.

Sin entrar a detallar la concepciones freudianas de la histeria, nos parece esencial señalar que Freud, al plantar los jalones del psicoanálisis, fue llevado a efectuar una avanzada en un dominio que, en ciertos aspectos, se vinculaba aún al ocultismo. Esa avanzada había de manifestarse profundamente subversiva y renovaría en forma radical la comprensión de la hipnosis y de la histeria, vaciándolas de todo contenido “oculto”, a punto tal que ahora olvidamos que, en un tiempo, haya podido relacionarse con lo sobrenatural. Las fronteras de lo “oculto”, después de Freud, no son ya las mismas de antes.

Del mismo modo, veremos esfumarse los límites entre el ocultismo y la religión o los mitos, que tienen en común el producto ilusorio del deseo inconsciente. En este sentido, será difícil no hacer incursiones en estos dos dominios vecinos, sobre los cuales Freud ha proyectado viva luz —véase también Anzieu (7)—.

Es así que los escritos sobre el ocultismo son indisolubles del resto de la obra de Freud; pero razones prácticas de fácil comprensión hacen que sea difícil no circunscribir nuestro estudio. Abordaremos también aquí los problemas suscitados por algunas creencias o algunos fenómenos considerados, por lo común, como sobrenaturales, paranormales, ocultos. No disimulamos que este reagrupamiento puede tener algo de arbitrario o heteróclito. Pero si hemos debido conservar este conjunto, ha sido en la medida en que esa concepción popular del ocultismo —que, como hemos señalado, no cubre la definición filosófica que hemos dado— corresponde a una realidad sociológica. Reagruparemos los fenómenos estudiados en torno a cuatro temas fundamentales, cuyos límites se superpondrán. El primer tema reunirá los fenómenos en relación con la creencia en los espíritus [hechicería y demonología, espiritismo, fantasmas y poltergeists (duendes:

en alemán en el original; *N. del T.*), dobles]. El segundo tema, los fenómenos en relación con la creencia en la posibilidad de una predicción del futuro (mancias, sueños premonitorios, *déjà-vu*, coincidencias extrañas). El tercer tema, aquellos en relación con la creencia en la posibilidad de influenciar a los seres por medios sobrenaturales (embrujamientos y mal de ojo, acciones mágicas). El último tema, el de la telepatía, será objeto de un capítulo especial, dada la posición privilegiada que Freud le otorga.

1. Las manifestaciones de los espíritus

a. *Posesiones y hechicería*

Freud se volcó muy pronto hacia la literatura demonológica. Siguió en esto a ciertos autores que habían subrayado la analogía entre los síntomas de la gran histeria y aquellos descritos a fines de la Edad Media, en los casos de posesión. Su maestro, Charcot, en especial, había publicado en 1887 un estudio sobre “los demoníacos en el arte”, donde llamaba la atención sobre el elemento demoníaco hallado a menudo en las alienaciones mentales y donde daba explicaciones racionales del comportamiento de los poseídos, exorcistas y cazadores de brujas. En el curso de sus investigaciones sobre la histeria, Freud retoma esa idea en 1892, en un artículo sobre “Un caso de tratamiento eficaz por hipnosis”.⁽⁴⁵⁾ Pero, a partir de 1897 sobre todo, emprende un estudio sistemático de la literatura sobre la hechicería. Jones señala que Freud quiso leer todos los libros de los siglos XVI y XVII relativos al tema. El 24 de enero de 1897 pidió referencias bibliográficas a su amigo Fliess. Se apresura también a terminar una monografía sobre las parálisis infantiles para ponerse a estudiar con ardor el “*Malleus Maleficarum*”, obra que, en la época de su aparición (1494) tuvo una inmensa po-

pularidad y estuvo en el origen de innumerables torturas y asesinatos. Freud se interesó también mucho en el libro de Johan Wier sobre *La impostura y el engaño de los diablos*,⁽¹³⁹⁾ que constituye, por cierto, la primera aproximación psiquiátrica a los fenómenos de posesión.

En la correspondencia con Fliess se hallan sus primeras formulaciones sobre la hechicería —cartas del 17 y el 24 de enero de 1897, en (80)—. Entre otras ideas, expresa allí que la teoría medieval de la posesión era idéntica a su teoría del cuerpo extraño y de la disociación del consciente y piensa que la escoba que cabalgaban las brujas era un sustituto del “gran señor Penis”. En la Sociedad Psicoanalítica de Viena, el 27 de enero de 1909, en ocasión de la discusión del trabajo de Heller sobre “La historia del diablo”, Freud habla en forma extensa de la extraordinarias componentes de la imagen del diablo y vincula la transformación ulterior de esa imagen en un demonio simplemente malo con la nueva ola de rechazo que aportó la Reforma. En *La inquietante rareza*,⁽⁶⁶⁾ al interrogarse sobre el carácter extrañamente inquietante de la epilepsia y la locura, escribe: “*El profano ve ahí la manifestación de fuerzas que no suponía en su prójimo, pero cuya existencia pueden presentir oscuramente en los lugares más recónditos de su personalidad. La Edad Media, con mucha lógica, y casi correctamente desde el punto de vista psicológico, había atribuido todas esas manifestaciones mórbidas a la influencia de demonios*”. Pero donde Freud expone con mayor amplitud sus concepciones demonológicas es, sobre todo, en el ensayo sobre *Una neurosis demoníaca en el siglo XVII*.⁽⁷⁰⁾

Se trata de un ensayo clínico que muestra cómo las pulsiones rechazadas eran de nuevo proyectadas sobre demonios imaginarios, en tanto que hoy en día son convertidas en síntomas psíquicos. El artículo se basa en un viejo manuscrito hallado en la librería imperial de Viena, proveniente de Mariazell, lugar de peregrinaje en la Baja

Austria. Este documento histórico relata en detalle una maravillosa liberación de un pacto con el diablo. No retomaremos aquí los pormenores del análisis del caso del pintor Christophe Haitzmann, quien *“se había entregado a Satán como un verdadero hijo, durante nueve años”*. Retendremos tan sólo las dos tesis centrales de este texto.

La primera afirmación es que la posesión es el producto de las fuerzas psíquicas inconscientes. *“La teoría demonológica de esos tiempos sombríos tenía razón contra todas las interpretaciones somáticas del período de las ciencias exactas. Las posesiones responden a nuestras neurosis, que explicamos apelando de nuevo a fuerzas psíquicas. Para nosotros, los demonios son malos deseos reprobados, derivados de impulsos rechazados, reprimidos. Tan solo descartamos la proyección que había hecho la Edad Media de estas criaturas psíquicas en el mundo exterior; las dejamos nacer en la vida interior de los enfermos, donde residen”* —(70) página 211—.

La segunda afirmación es que el diablo es un sustituto del padre. Las circunstancias del pacto con el diablo estaban vinculadas al hecho de que el individuo estaba deprimido. Esa depresión provenía de la muerte de su padre. Por el pacto, el diablo se compromete a reemplazar al difunto padre durante nueve años.³ Puede parecer extraño que el diablo pueda ser elegido como sustituto de un padre amado. Sucede que, de hecho, en las primitivas épocas de las religiones, Dios y el Diablo eran una personalidad única que, más tarde, fue escindida en dos figuras, dotadas cada una de cualidades opuestas. *“Hay ahí un proceso psíquico que nos es bien conocido; la descomposición de una representación que implica oposición y ambivalencia en dos contrarios violentamente contrasta-*

3. Señalemos que Bakan —(8), página 174— ha remarcado el paralelismo existente entre la situación de este pintor y la situación de Freud mismo, cuando en 1897 se orientó hacia la literatura demonológica y emprendió su autoanálisis: depresión, muerte del padre, preocupaciones financieras.

dos (...) El padre sería, en consecuencia, el modelo primitivo e individual, tanto de Dios como del Diablo” —(70) página 227—.

En conclusión, para Freud, los fenómenos de posesión no revelan, es evidente, nada de sobrenatural, de una influencia demoníaca cualquiera, sino que son el producto del Inconsciente, verdadero retorno de lo reprimido, a igual título que los síntomas histéricos, por ejemplo. En cuanto a los demonios, a los espíritus maléficos, son los productos de la proyección de las pulsiones reprimidas. De igual modo concibe Freud los sedicentes “espíritus” que se manifiestan en el curso de las sesiones de espiritismo.

b. El espiritismo

El espiritismo nació en los Estados Unidos por el año 1850 y se extendió como una epidemia en Inglaterra, Alemania y Francia a fines del siglo XIX, alcanzando en este último país una gran audiencia, bajo la influencia de Allan Kardec. Sus defensores estaban persuadidos de que era posible entrar en comunicación con los espíritus de los muertos; creencia que, en sí, no era en verdad nueva, pero que se expresaba con prácticas originales. Se podía interrogar a los espíritus haciendo girar las mesas o librándose a experiencias de escritura automática. Los espíritus podían también manifestarse a través del discurso de algunos sujetos privilegiados, médium, que atestiguaban entonces sus conocimientos “sobrenaturales”. Se creía que se estaba allí en presencia de un proceso de reencarnación y los partidarios de la creencia en los espíritus veían en los fenómenos de desdoblamiento de la personalidad serios argumentos en apoyo de sus pretensiones.

Ese tema de los “desdoblamientos de la personalidad” estaba en el corazón de los debates de la ciencia psicológica de la época. En 1816 se había descrito el caso de

Mary Reynolds, y el descubrimiento de las personalidades múltiples asombró de tal manera a los científicos que hubo una locura general y una inundación de publicaciones sobre los estados mediúmnicos y los fenómenos de automatismo psicológico. Freud tuvo que afrontar muy temprano este problema en sus *Estudios sobre la histeria*,⁽⁴⁶⁾ cuya comprensión renovaría. Ana O., en particular, sufría este misterioso desdoblamiento de la personalidad, que se acompañaba de numerosos trastornos somáticos. Parecía poseer dos estados de conciencia distintos, estando marcado el pasaje de uno a otro por una fase de autohipnosis. En el "segundo estado", Breuer le hacía relatar las circunstancias de la aparición de los síntomas; técnica que devino famosa con el nombre de "talking-cure", ya que la enferma había olvidado el alemán y sólo podía expresarse en inglés. En la última fase de su enfermedad había sobrevenido un curioso fenómeno. Al igual que antes, la enferma tenía una personalidad "normal" y una personalidad "enferma", ¡pero esta última se había puesto a vivir con un desfase de 365 días con relación a la personalidad "normal"! La semiología de Anna O. recordaba, en bastantes aspectos, los fenómenos mediúmnicos que hacían las delicias de las reuniones espiritistas. Es sabido el provecho que Freud iba a sacar de este caso del que le habló Breuer. Sería preciso evocar aquí toda la psicopatología freudiana de la histeria.

Sin embargo, Freud ha escrito bastante poco sobre el espiritismo en sí y los raros pasajes en que hace alusión al mismo son muy cáusticos. En su conjunto, casi no diferenciaba estos fenómenos, en cuanto a su mecanismo, de los fenómenos de posesión, y sin duda no juzgó útil detenerse ahí más tiempo. La tesis central de Freud, en lo que concierne al espiritismo, es que las manifestaciones de los pretendidos espíritus son sólo el producto de las proyecciones del inconsciente, a igual título que lo eran los de-

monios que se suponía invadían a los poseídos en la Edad Media. Tan sólo las diferencias culturales los hacían aparecer muy diferentes, pero, en esencia, se trataba de fenómenos idénticos que requerían las mismas explicaciones.

Con un severo juicio, Freud resume su pensamiento en *El porvenir de una ilusión* —(74) página 38—:

“Los espiritistas están convencidos de la supervivencia del alma individual y querrían demostrarnos que ese artículo de la doctrina religiosa es indubitable. Por desgracia, no han llegado a refutar el hecho de que las apariciones y manifestaciones de los espíritus no son más que el producto de su propia actividad psíquica. Han evocado los espíritus de los más grandes hombres, de los pensadores más eminentes, pero todas las manifestaciones e informaciones surgidas de éstos eran tan simples, tan desesperantemente insignificantes, que es imposible creer en otra cosa que en la capacidad de los espíritus para adaptarse al nivel de los seres que los evocaron”.

c. Fantasmas, espectros y “Poltergeist”

Freud adoptará la misma posición ante el problema de los fantasmas y los espectros, fenómenos que son indisolubles del espiritismo. Para los “espiritistas”, los fantasmas son la manifestación física de los espíritus de los difuntos, cuya supervivencia testimonian. Los fantasmas podrían también manifestar su presencia en las “casas hechizadas”, mediante la proyección de objetos. Otros fenómenos físicos inexplicables son agrupados bajo el término alemán de “Poltergeist” (duende). Todos estos fenómenos misteriosos se producirían en torno a ciertos sujetos dotados de poderes sobrenaturales. La Sociedad de Investigaciones Psíquicas ha estudiado a numerosos de esos “médium de acción física” y en todos o casi todos

descubrió el fraude, de modo que queda poca cosa de toda esa acumulación de folklore que floreció a fines del siglo pasado. El rigor de los controles de la parapsicología contemporánea a fin de discernir el fraude explica por cierto la disminución considerable de las alegaciones de mediumnidad física, que en la actualidad han desaparecido casi por completo; sólo se prosiguen algunos estudios sobre fenómenos físicos todavía misteriosos, pero, en todo caso, mucho menos espectaculares que aquéllos que constituyeron las épocas brillantes de las reuniones espiritistas.

A nadie ha de sorprender la afirmación de que Freud casi no creía en la mediumnidad física y menos aún en los fantasmas, en los que reconocía el producto de una proyección inconsciente. En *La interpretación de los sueños* —(49) página 347— explica que la creencia en los fantasmas proviene de reminiscencias infantiles. “*Son los visitantes nocturnos que han despertado al niño para sentarlo sobre el orinal a fin de que no moje el lecho o que han levantado las cobijas para ver como tenían las manos mientras dormían. El análisis de algunos de estos sueños de angustia me ha permitido reconocer a la persona de quien se trataba. El ladrón era siempre el padre; los fantasmas eran las mujeres vestidas con camisones blancos*”. Es de notar que Abraham sustenta por igual este punto de vista en 1913 —(2) página 45— cuando escribe: “*Como en otros casos, las impresiones nocturnas de la infancia estaban en la base de las rumias sobre los fantasmas. Los padres, a quienes los niños observan con ropa de noche blanca, son el modelo de la concepción infantil de los personajes misteriosos*”.

Además, si los espectros y los aparecidos pudieron tomar semejante importancia en la imaginación de los defensores del espiritismo y si eran tan extrañamente inquietantes, es porque se relacionaban con el problema de la muerte. Freud subraya al respecto: “*No hay casi otro*

dominio en el cual nuestro pensamiento y nuestras sensaciones se hayan modificado tan poco desde los tiempos primitivos; donde lo antiguo se haya conservado tan bien bajo un ligero barniz, como el de nuestras relaciones con la muerte (...) Nuestro inconsciente, hoy en día, tiene tan poco lugar como antes para la representación de nuestra propia mortalidad” —(66) página 195—. Freud afirmaba esto con conocimiento de causa. Había experimentado en sí mismo esa regresión. Recordemos la duda que lo había asaltado en ocasión de su encuentro con Jung, en marzo de 1909, aunque a continuación se hubiera recuperado al buscar una explicación física de los misteriosos ruidos de la casa. En “Delirio y sueños en la Gradiva de Jensen” —(52) página 213— nos relata otra anécdota del mismo género:

“Conozco a un médico que había perdido a una de sus pacientes de enfermedad de Basedow y no podía alejar la sospecha de haber podido facilitar el desenlace fatal con una medicación imprudente. Muchos años después vio entrar en su consultorio a una joven en quien, a despecho de toda su rebelión, le fue preciso reconocer a la difunta. El único pensamiento que se presentó a su espíritu fue éste: ‘¿Es verdad, entonces, que los muertos pueden volver?’, y su espanto sólo cedió a la confusión que lo invadió cuando la visitante se presentó como la hermana de la difunta, muerta de la misma enfermedad que ahora la aquejaba”.

Freud agrega, algunas líneas más adelante, que el médico en cuestión no era otro que él mismo, pero es sorprendente que haya necesitado presentar la anécdota en forma impersonal; se reconoce ahí una señal de la repugnancia que experimentaba a reconocerse supersticioso. Freud, pues, estaba bien ubicado para escribir:

“La creencia en los espíritus, en los espectros, en los aparecidos, que halla tantos puntos de apoyo en

las religiones y a la cual todos hemos adherido, al menos en nuestra infancia; esa creencia, digo, está tan poco extinguida entre la gente culta que muchos sujetos, por lo demás razonables, consideran la práctica del espiritismo como algo por completo compatible con la razón. Aun los espíritus ponderados y devenidos incrédulos pueden comprobar, para su confusión, con qué facilidad retornan por un instante a la creencia en los espíritus cuando están a la vez sobrecogidos y desorientados” —(52) página 213—.

Consciente de la facilidad con que era susceptible de recaer en esa superstición, tratando de protegerse, Freud no se dedicó casi a los problemas de la *mediumnidad* física más que para aportar juicios muy críticos. En las primeras páginas de *Sueño y Ocultismo*, señala en qué medida las experiencias de este tipo están sujetas a cuestionamiento, ya que son practicadas en condiciones de control inciertas:

“La situación así establecida es una verdadera caricatura de las condiciones habituales de nuestras investigaciones científicas. Las observaciones son practicadas en sedicentes médium, personas a quienes se atribuyen ciertas facultades ‘sensitivas’, pero que no se diferencian para nada por otras cualidades de carácter o de espíritu. Tampoco están impulsadas, como los antiguos hacedores de milagros, por alguna gran idea, por algún designio serio. Por el contrario, a los propios ojos de la gente que cree en sus poderes misteriosos, pasan por no ser dignas de confianza; se ha reconocido que la mayoría de los médium eran impostores y podemos esperar que lo mismo suceda con los demás. Sus experiencias nos hacen el efecto de travesuras de chiquilines o bien de pases de prestidigitación” —(76) página 49—.

Freud defiende esa misma posición en su correspondencia con Edoardo Weiss, a quien prodiga consejos de prudencia con relación a sus investigaciones sobre los fenómenos físicos alegados por el médium napolitano Pasquale Erto. Este pretendía ser capaz de producir rayos luminosos "paranormales" que emanaban de su cuerpo en la oscuridad. Freud recuerda en qué medida la investigación de los médium con efectos físicos es un dominio peligroso, en el cual se está expuesto a ser víctima de las peores supercherías:

"Lo que usted me ha relatado de sus experiencias de ocultismo me ha interesado mucho, pero también me ha inquietado algo. Mi punto de vista no es el de un rechazo arrogante inicial. Permítame explicarle en forma más precisa. Cuando soy el público de un prestidigitador que extrae palomas de una galera, me resulta por completo imposible comprender cómo lo hace. Pero esto no me preocupa, pues en este caso no se invoca ningún poder sobrenatural. Ahora pienso que mientras los médium en cuestión trabajen en la oscuridad, en condiciones que limitan de ese modo la posibilidad de que el observador se forme una opinión, no merecerán de entrada más confianza que los prestidigitadores. Tampoco descubren, más que los otros, algo que sea útil, sin contar con que uno se da cuenta cada vez más que se trata de impostores. Su médium no es, verosímilmente, distinto".

(Carta a Weiss, del 24 de setiembre de 1932 —en (138) página 66—.)

"El asunto de los médium es un capítulo desagradable. Sus engaños evidentes, la naturaleza simplista y astuta de sus demostraciones, las dificultades que existen para verificarlas, vistas las condiciones extravagantes en que son realizadas, la evidente imposibilidad de muchas de sus pretensiones; todo es-

to exige la mayor prudencia. Hay, por cierto, una mejor forma de mostrar la parte de lo real en el ocultismo. Las técnicas en uso hasta el presente nos recuerdan demasiado las restricciones concernientes a los viajes y las divisas y aquéllas no funcionan mejor”.

(Carta a Weiss, del 8 de octubre de 1932 —en (138) página 70—.)

Freud no se equivocaba al mostrarse escéptico. En efecto, se sabe hoy que Erto utilizaba diversos trucos que habían escapado a los testigos, pese a las precauciones. La superchería fue descubierta por una comisión de encuesta, presidida por Maurice Garcon. La observación atenta permitió comprobar, en efecto, la utilización de un procedimiento fraudulento que consistía en frotar una pluma de acero sobre un soporte de ferro-cerio.

El escepticismo de Freud no le impidió, no obstante, interesarse en algunos aspectos del problema de la mediumnidad, en especial el del estudio psicológico de los médium y el sentido de los fenómenos alegados. Freud mismo no participó jamás en esas investigaciones en forma directa, ni escribió sobre la cuestión, pero es dable formarse una idea de sus opiniones a través del juicio que formuló sobre un trabajo de Nandor Fodor consagrado a los fenómenos de “fantasmagoría”. Director de investigaciones en el Instituto Internacional para la Investigación Psíquica, Fodor había sido encargado de esclarecer los fenómenos misteriosos sobrevenidos a Thornton Heath, en el domicilio de una tal señora Forbes. En esa casa se producían ruidos extraños y terroríficos; los objetos eran proyectados en el aire en forma en apariencia inexplicable, etcétera... Por fin, después de una encuesta que duró desde febrero a junio de 1938, Fodor llegó a explicar los fenómenos “sobrenaturales”. Informó sobre sus conclusiones en su relato: “On the trail of the Poltergeist”, resumido también en un artículo más breve: “The

haunting of Thornton Heath''.(39 y 40) Fodor demuestra allí que los fenómenos de mediumnidad física alegados no son más que resultado de supercherías. Todas las apariciones de objetos misteriosos son explicables por artificios de prestidigitación, por cierto brillantes, pero de todos modos en absoluto sobrenaturales. Sin embargo, a pesar de la demostración de la inanidad de los fenómenos, subraya el interés del estudio psicológico del médium, en una perspectiva psicoanalítica. Retoma la anamnesis y procura una explicación del caso, poniendo en evidencia la problemática edípica del sujeto, como para un análisis de histérico. Llega así a comprender la significación de los estigmas (patominia) de la señora Forbes, demostrando que son la manifestación de un deseo inconsciente de venganza hacia su padre. Insistiendo sobre la necesidad de investigar los elementos traumáticos inconscientes en el origen de los fenómenos, concluye su estudio afirmando: *“Todas las pretendidas materializaciones alegadas por la señora Forbes deben ser rechazadas. Pero, sea como fuere, debemos admitir que el caso es muy interesante y que incita con fuerza a una nueva aproximación a los problemas de la investigación psíquica”*.(39)

El manuscrito de Fodor fue bastante mal acogido por los miembros del Instituto Internacional para la Investigación Psíquica, puesto que contenía consideraciones psicoanalíticas que parecieron por completo inconvenientes. La única cuestión que se le planteaba a Fodor era saber si los fenómenos de “fantasmagoría” eran auténticos o no. La cuestión de su hipotético sentido no les parecía que debía ser planteada a fortiori si los fenómenos eran supercherías. Bastante despechado por la incompreensión de sus colegas, Fodor decidió someter su manuscrito a los medios psicoanalíticos. Después de algunas peripecias, su trabajo llegó a manos de Freud, quien se interesó mucho por la forma en que Fodor había abordado el problema, pese a no ser analista. En la carta que

le envió el 22 de noviembre de 1938, Freud resume su opinión sobre la forma correcta de abordar el problema de la mediumnidad física:

“La forma en que usted desvía su interés del hecho de saber si los fenómenos observados son reales o han sido falseados, para volcarlo al estudio psicológico del médium, incluyendo así la exploración de su historia anterior, me parece que constituye el método correcto para la organización de investigaciones que han de brindar algunas explicaciones de los fenómenos en cuestión. Es muy lamentable que el Instituto Internacional para la Investigación Psíquica no haya querido seguirlo en ese camino. Por otra parte, considero que los resultados a los que usted ha llegado en este caso particular son muy verosímiles. Sería deseable, por supuesto, confirmarlos con un verdadero análisis de la persona, lo que no es, evidentemente, realizable”. (Citado in extenso en: (95) tomo 3, páginas 448-449.)

En conclusión, para Freud los fenómenos de mediumnidad física no pueden en ningún caso remitir a una realidad material, pero merecen, no obstante, un interés en la medida en que remiten a una realidad psíquica.

d. *El doble*

Articulándose con la creencia en el retorno de los espíritus, podemos abordar aquí el tema del doble. La creencia en el doble, en efecto, es indisoluble de la creencia en la inmortalidad del alma. La visión del propio doble es voluntariamente interpretada como una premonición de la muerte: ver el propio doble es ver su propio fantasma marchando al lado de uno mismo. Semejantes anécdotas son clásicas en los anales de la “metapsíquica”; Otto Rank relata también algunas en su obra sobre *El doble*, pero deja de lado, en forma deliberada, el aspecto “me-

tapsíquico” de los fenómenos alegados —(118) página 25—.

Freud se interesó, asimismo, en el tema del doble y es sabido que se dejó llevar a la superstición del doble como presagio de muerte.

En agosto de 1902, Freud hizo un viaje a Nápoles. Mientras viajaba de noche, en el tren que lo conducía a Bolzano encontró —dice— su doble y, supersticioso, agrega: “*¿Esto significa ver Nápoles y después morir?*” Jones, que relata la anécdota —(95) tomo 2, página 22—, supone que, en verdad, se trataba de alguien que se parecía mucho a Freud. Nos parece mucho más verosímil e interesante otra interpretación, en la medida en que aclara una nota de *La inquietante rareza* —(66) página 204— que de otro modo es casi incomprensible. Esa nota hace alusión, en efecto, a una experiencia personal de Freud, en la que también se trata del doble hallado en un tren, en el transcurso de un viaje nocturno. El doble en cuestión no era otro que su propia imagen en un espejo. Freud cuenta que esa aparición le había desagradado mucho y se limita a plantear la cuestión: “*¿Quién sabe si el desagrado experimentado no era, con todo, un resto de esa reacción arcaica que siente al doble como extrañamente inquietante?*” Si admitimos que se trata de la misma anécdota, esta última interrogación adquiere otro distinto color. La respuesta es, con evidencia, afirmativa, pero notamos que Freud tiene buen cuidado de no suministrar más detalles.

Aún volvemos a hallar ese cierto temor de encontrar su doble en un pasaje de una carta a Arthur Schnitzler, del 14 de mayo de 1922 —(79) página 370—:

“Quiero hacerle un pedido que usted ha de tener la bondad de guardar para sí en consideración a mí y no compartirlo con ningún amigo ni extraño. Me atormenta una cuestión: ¿por que, en realidad, durante todos estos años, no he tratado jamás de frecuentarlo y tener con usted una conversación? La

respuesta a esta cuestión implica una confesión que me parece en extremo íntima. Pienso que lo he evitado por una suerte de miedo de encontrar mi doble”.

Es preciso señalar que, desde hacía mucho tiempo, Freud había quedado asombrado por la analogía de sus concepciones con las de Schnitzler; ambos se interesaban mutuamente en sus respectivos escritos; ambos habitaban en Viena; se escribían desde 1906... pero no se encontraron hasta 1922. [Sobre este tema, véase Beharriel (18)]. Freud se hallaba, pues, bien ubicado para analizar las dimensiones inconscientes de las supersticiones referentes al tema del doble.

En 1914, Otto Rank aportó una importante contribución en su obra *Der Doppelgänger* —El doble (118)—. En este libro, destaca la frecuencia del tema del doble en la literatura, tema que retorna con los trazos principales siempre idénticos. Esa identidad le parece que debe relacionarse con la análoga estructura intelectual de los autores que abordaron el tema. En todos estos autores “*la predisposición patológica a los trastornos nerviosos y mentales ocasiona una pronunciada división de la personalidad, con especial afirmación del complejo del Yo (...) Las amplias concordancias en la esencia y en algunos rasgos del tipo descrito, nos dan una explicación psicológica de la analogía con la cual, salvo en algunos detalles ínfimos, el tema es tratado por los diferentes autores y nos explican también su predilección por este tema, que sobrepasa la dependencia literaria o la imitación*”. Apoyándose en los datos de la etnografía, el folklore, la mitología, Rank señala a continuación cómo, a través de estas obras literarias, reviven en cada individuo viejas resonancias y sobre qué base psicológica común reposa esa representación supersticiosa. También destaca las relaciones que tiene el doble con la sombra, con el reflejo, con la imagen en el espejo, el culto de los gemelos, y arroja

luz sobre la evolución del tema del doble, articulándolo con las doctrinas relativas al alma y a la creencia en la inmortalidad del ser. El doble es desmentido de la muerte.

Freud vuelve sobre el trabajo de Rank en *La inquietante rareza*.⁽⁶⁶⁾ Para comenzar, insiste en la importancia del narcisismo primario. ¿Qué es el doble sino el lugarteniente de la imagen de sí en el espejo? Esa imagen es el soporte del narcisismo primario. En ella se apoya el niño para hallar allí la unidad de su persona, imagen en la que también se aliena. El doble aparece entonces como la reliquia de un narcisismo primario que no ha sido superado por completo. Pero este doble, que tenía antes el valor de un seguro contra la destrucción del Yo, revierte su signo y deviene extrañamente inquietante. Esa idea de malignidad le es atribuida con tanta mayor facilidad cuanto que el doble se halla cargado de todas las críticas que la persona se atribuye bajo la presión de su conciencia moral, forjada a lo largo de todo el desarrollo —en esa época, Freud no habla aún de Superyó sino de una “*instancia particular que puede oponerse al resto del Yo*”—. Sobre esa imagen del doble se proyectarán las ilusiones que no se quieren abandonar, o aun las aspiraciones o los placeres que no se pueden concretar con motivo de la culpabilidad inducida por la instauración de esa censura. Para Freud, el carácter de inquietante extrañeza inherente al doble deriva, pues, del hecho de que el doble es una formación perteneciente a los tiempos psíquicos primitivos, tiempos sobrepasados en los que, sin duda, debía de tener un sentido benevolente. El tema del doble remite a la historia del yo e implica una regresión a una época en la que el yo no estaba aún delimitado con claridad, con relación al mundo exterior y a los otros.

2. La adivinación del porvenir

a. *Mancias y premoniciones*

Abordaremos ahora otro dominio clásico del ocultismo: la adivinación del porvenir. Pueden diferenciarse dos aspectos: las mancias y las premoniciones. Las mancias son procedimientos adivinatorios, es decir, métodos de adivinación del porvenir, que se pretenden fundadas en cierto aparato teórico y que requieren una técnica de desciframiento. Pretenden, pues, ser un saber, que varía según la mancia practicada. Por ejemplo, en la astrología, postula una correspondencia entre los movimientos planetarios y el destino; o aun, en la quiromancia, una correspondencia entre el dibujo caprichoso de las líneas de la mano y el porvenir del sujeto, etcétera. Diferentes son las premoniciones, visiones o intuiciones del porvenir, que no pretenden ninguna técnica ni algún saber. En las premoniciones no interviene ninguna mediación. Mancias y premoniciones tienen en común este postulado de la posibilidad de prever el porvenir, ajena aun a toda conjetura fundada en previsiones lógicas (“futurología”). Ambas plantean así el problema de la relatividad de las referencias temporales.

Freud no disimuló jamás sus ideas sobre esta cuestión y rechazó sin ambigüedad toda pretensión de prever el porvenir más allá de los cálculos conducidos por vías racionales. Recordemos, por ejemplo, que expresa a Ferenczi, en ocasión de sus investigaciones sobre los videntes, que es inútil perder el tiempo sobre el asunto de la previsión del porvenir, *“dado que éste se modifica siempre de nuevo y que ni siquiera el Todopoderoso sabe algo por adelantado”* (6 de octubre de 1909). En numerosas ocasiones, Freud expresa que jamás ha tenido o hallado sueños susceptibles de confirmar el valor profético que con mucho gusto se les atribuye. Se podría citar

aun numerosos escritos que demuestran que, para Freud, no hay duda alguna de que todas las creencias en la posibilidad de la adivinación del porvenir carecen del fundamento de una realidad material. La impresión de que puedan existir semejantes fenómenos sólo puede ser producto de la realidad psíquica. *“La intuición, la adivinación, si existieran en realidad, serían capaces de abriarnos nuevos horizontes, pero podemos colocarlas, sin vacilar, en la categoría de las ilusiones y entre las realizaciones imaginarias de un deseo”* (De una concepción del Universo) —(76), página 210—.

Dadas estas condiciones, es superfluo destacar que Freud no testimoniaba ninguna creencia en la práctica de las mancias. La astrología lo dejó siempre por completo indiferente. En 1901, escribía a Fliess: “Lo que tú me comentas a propósito de los astros no despierta en mí más que una infructuosa admiración”. Igual rechazo presenta en lo que concierne a los descubrimientos astrológicos de Jung, en junio de 1911. Y si se interesó en las hazañas de Frau Arnold, la astróloga de Munich (véase: la predicción de la muerte del cuñado por los cangrejos, página 190), fue dejando de lado todos los cálculos astrológicos y buscando qué otro factor pudo intervenir en esa curiosa predicción. Tampoco acordaría más crédito a la quiromancia, “ciencia” practicada por el “Profesor” del Ayuntamiento de París, que había predicho, por el análisis de las líneas de la mano, que su consultante tendría dos hijos a los treinta y dos años (véase página 187). Freud rehúsa ver en el tecnicismo mántico otra cosa que un artificio contingente, que permite desviar las fuerzas intrapsíquicas del vidente y ocuparlas en forma insignificante. Notemos que Ferenczi piensa, del mismo modo —“Análisis de las comparaciones” (33) página 190—, que en los videntes que concentran afiebradamente su atención en las bolas de cristal se expresa el material reprimido por efecto del debilitamiento de la censura, debido a la concentración.

Es más interesante conocer cómo Freud encara el problema de los sueños premonitorios, al que se vio confrontado desde muy temprano con la redacción de *La interpretación de los sueños*. Freud no ignoraba la extensa literatura sobre los sueños premonitorios y hasta pensó que la habitual curiosidad por este tema podría atraer al público hacia la lectura de su obra sobre los sueños. Es así como escribió a Fliess, al día siguiente de la aparición de su libro: *"El dulce, ahí adentro, está en la comprensión de la manera en que se producen los sueños premonitorios y su significado"* (5 de noviembre de 1899).⁽⁸⁹⁾

Freud aborda esta cuestión en las primeras páginas de *La interpretación de los sueños*,⁽⁴⁹⁾ en las que hace una revista de la literatura sobre el sueño. Recuerda allí las creencias de la Antigüedad y concluye con una frase que puede parecer ambigua: *"La discusión no está tampoco cerrada sobre la potencia adivinatoria y profética del sueño. Por fuerte que sea, en todos aquellos que tienen hábitos de pensamiento científico, la tendencia a rechazar esa clase de alegaciones, hay que convenir en que los ensayos de explicación psicológica no han dado cuenta de todos los hechos acumulados"*. Algunos autores, como Fodor, por ejemplo,⁽⁴²⁾ han llegado a la conclusión de que Freud creía que pudieran existir sueños premonitorios. Esto tal vez constituya un contrasentido, pues nos parece que debe comprenderse de modo diferente la frase de Freud, si la aclaramos con lo que expresa más adelante, cuando vuelve sobre esta cuestión (página 64). En efecto, escribe: *"La potencia adivinatoria atribuida a los sueños es causa de discusiones donde certezas obstinadas y reiteradas chocan con dudas difíciles de disipar. Conviene no rechazar toda realidad de este hecho porque, para toda una serie de casos, está tal vez muy próxima la posibilidad de una explicación psicológica natural"*. Surge de aquí con claridad que Freud quiere admitir que ciertos sueños dan la apariencia de una previsión del porvenir;

pero lo hace eliminando toda explicación oculta y postulando una explicación psicológica natural. Esa misma posición está reafirmada en las últimas líneas del libro (página 527). No podrían caber dudas, pues, de la forma en que Freud encara la posibilidad de los sueños premonitorios. Ha de permanecer siempre fiel a esa posición, que reafirma en forma categórica en 1925, en *La significación oculta de los sueños*, donde distingue formalmente los sueños premonitorios y los sueños telepáticos:

Es indudable, en efecto, que existen cosas como lo sueños proféticos, en el sentido de que su contenido brinda una especie de descripción del porvenir; el único problema consiste en saber si esas predicciones coinciden en forma significativa con lo que a continuación sucede en realidad. Debo confesar que, en este punto, mis resoluciones en favor de la imparcialidad me abandonan. La idea de que pueda haber ahí una fuerza mental, más allá de intensos cálculos, capaz de prever en detalle acontecimientos futuros está, por un lado, en excesiva contradicción con todas las previsiones e hipótesis de la ciencia; por otro lado, corresponde con mucha fidelidad a ciertos deseos humanos, antiguos y familiares; por lo cual todo espíritu crítico debe rechazarla como una pretensión injustificada. Estimo, pues, después de haber tomado en consideración el carácter dudoso, crédulo y no convincente de la mayoría de estos relatos, así como la posibilidad de falsificaciones de recuerdos, favorecidas por circunstancias emocionales y la ineluctabilidad de algunos afortunados golpes de azar, que puede esperarse ver desaparecer en la nada el espectro de los sueños proféticos”.

Freud ofrece muchas explicaciones de sueños que dan la impresión de ser sueños premonitorios. En especial, encara la cuestión de los sueños anunciadores de en-

fermedades. Admite de buen grado el valor semiológico de los sueños, en la medida en que ciertos estímulos orgánicos internos, no accesibles a la consciencia en estado de vigilia, podrían, durante el sueño, cuando el espíritu está separado del mundo exterior, contribuir al material del sueño —(49) páginas 39 y siguientes—. Retoma esa idea en 1915, en “Complemento metapsicológico a la teoría del sueño” —(64) página 127—, precisando que la revelación de enfermedades orgánicas durante el sueño, aun antes de que se hayan manifestado en la vida real, se explica por el interés narcisista inspirado por el cuerpo.

“Se comprenden así las capacidades ‘diagnósticas’ del sueño, que se reconocen en general teniéndolas por enigmáticas; sufrimientos corporales iniciales son a menudo sentidos más claramente que en el estado de vigilia y todas las sensaciones corporales del momento se presentan aumentadas a una escala gigantesca. Este aumento es de naturaleza hipocondríaca; presupone que toda inversión psíquica ha sido retirada del mundo exterior y volcada sobre el propio yo, lo que hace entonces posible el reconocimiento precoz de las modificaciones corporales que durante la vigilia permanecerían todavía inadvertidas durante un tiempo”.

En cierto sentido es posible, pues, hablar de la previsión de enfermedades durante el sueño. De todos modos, no se trata de “premonición” en el sentido parapsicológico del término, sino simplemente de una percepción inconsciente de un proceso fisiológico ya iniciado.

Los sueños anunciadores de enfermedades no podrían, como es evidente, resumir la vasta cuestión de los sueños premonitorios, y le fue necesario a Freud proponer otras hipótesis para explicar los hechos descritos en la literatura ocultista, metapsíquica o parapsicológica.

Tal vez la explicación más importante entre las inten-

tadas por Freud; la más novedosa también por su manera de solucionar los problemas, se articula en torno al esclarecimiento de la potencia del deseo inconsciente. Si un sueño tiene la posibilidad de prever el porvenir, se trataría, para Freud, no de un fenómeno de desplazamiento del espíritu del soñador a través del tiempo, sino de que el sueño constituye la realización de un deseo; deseo que será, por lo demás, artesano del devenir del sujeto. Si hay coincidencia entre el sueño pretendidamente premonitorio y el acontecimiento, es en cuanto uno y otro son debidos a la misma causa: a esas fuerzas inconscientes que los condicionan: *“¿Puede el sueño revelar el porvenir? No es una pregunta posible. Habría que decir, más bien: el sueño revela el pasado. Porque en el pasado es donde tiene sus raíces. La antigua creencia en los sueños proféticos no es, en verdad, falsa por completo. El sueño nos conduce al porvenir porque nos muestra nuestros deseos realizados; pero ese porvenir, presente para el que sueña, es modelado a imagen del pasado por el deseo indestructible”* —(49) página 526—.

Este tipo de explicación es extendido a otros fenómenos, además de los sueños; en especial, los actos fallidos considerados como malos augurios:

“Cuando el romano renunciaba a su proyecto porque había tropezado en el umbral de la puerta, se mostraba superior a nosotros, incrédulos; se revelaba mejor psicólogo de lo que nosotros lo somos. Aquel tropezón constituía una prueba de la existencia de una duda, de una íntima oposición a ese proyecto; duda y oposición cuya fuerza podía aniquilar la de su intención en el momento de la ejecución del proyecto. En efecto, no se está seguro del éxito completo sino cuando las fuerzas todas del alma están tensas en el sentido del fin deseado”

—(51) página 277—.

De modo que Freud ve la explicación de la creencia

profética del sueño o de los actos fallidos en la potencia del deseo inconsciente. Porque ese deseo que se expresa a través de estas formaciones simbólicas, ¿no es el mismo que condiciona el devenir del sujeto, que decide sus elecciones objetales, que lo lleva a repetir, en su vida, lo que con anterioridad se desarrolló en otra escena? ¿No es de su historia que el sujeto hace su porvenir?

Si bien esta explicación liquidaba numerosas sedicentes premoniciones, Freud no ignoraba, sin embargo, que por sí sola no podía resolver el delicado problema planteado por ciertos sueños premonitorios, en los cuales la precisión de los detalles dados parecía una verdadera reproducción fotográfica del porvenir. Sueños semejantes son descritos en gran número por los partidarios de la existencia de los sueños premonitorios y son, sobre todo, los que alimentaron las discusiones de la Sociedad de Investigación Psíquica. Freud conocía esos relatos por ser miembro correspondiente de dicha Sociedad, a cuyos "Proceedings" se refiere en múltiples ocasiones. Además, muy pronto había tenido conocimiento de semejante fenómeno. Relata un análisis al respecto en el artículo de 1899 sobre "*Un sueño premonitorio realizado*"⁽⁴⁸⁾ así como en "*La psicopatología de la vida cotidiana*" —(51) páginas 279-280—.

Una de sus pacientes pretendía haber soñado, una noche, que se encontraba con su antiguo médico de familia, el Doctor K., en la calle principal de Viena, frente a un comercio dado. Al día siguiente, por la mañana, encontró, en efecto, a la persona en cuestión, en el mismo lugar indicado en el sueño. La precisión de los detalles, relativa, por una parte, al nombre del personaje y, por otra, al lugar del encuentro, planteaba una cuestión embarazosa. Freud no la eludió: por el contrario, propuso una explicación susceptible de inscribirse en el cuadro de su concepción del sueño como realización del deseo. Toda la demostración de Freud descansa en el hecho esencial

de que nada prueba, en realidad, que la enferma que analizaba hubiera soñado en efecto con el suceso antes del suceso mismo. Por el contrario, Freud plantea que el pretendido sueño premonitorio no es más que una creación a posteriori, una sensación de “ya-soñado”. De ahí que ya no se trataría de un sueño premonitorio, sino tan solo de una paramnesia, que desempeñaría la función de un recuerdo encubridor. En definitiva, lo que debe ser analizado es el mecanismo de este recuerdo encubridor. Freud prueba entonces que es una formación de compromiso entre los elementos reprimidos y los mecanismos inconscientes de defensa. El sueño de la noche precedente conducía, de hecho, a otro material distinto de la premonición; concernía a recuerdos de encuentros, pero en su domicilio, y con otro Doctor K., abogado éste, que era su amante. El encuentro fortuito, en la calle de Viena, con el Doctor K. médico, que había estado asimismo íntimamente mezclado con los acontecimientos de ese período de juventud, llevó a una rememoración del sueño de la noche pasada. Sin embargo, las exigencias de la represión le hicieron sufrir una transformación. El Doctor K. médico fue utilizado como personaje encubridor detrás del cual se ocultaba el Doctor K. abogado y amante. En cuanto al otro contenido del sueño, los encuentros de antaño, fue transformado en la creencia de haber soñado con un encuentro en ese lugar determinado.

En conclusión, para Freud no hubo, en ese caso, sueño profético, sino un fenómeno psíquico natural, que puede ser descompuesto en dos tiempos. El sujeto se cree convencido de haber soñado con el suceso antes, en tanto que esa convicción ilusoria no se establece sino en ocasión del suceso. Esa impresión de “ya-soñado” no es más que una especie de “recuerdo encubridor”, que lleva a la rememoración de otro sueño. Esa deformación a posteriori obedece a las exigencias de la represión y lleva al contenido latente del sueño. No es otra cosa que una forma de

censura que permite al sueño fraguarse un camino hacia la conciencia. Lo que constituye la fuerza de la brillante demostración de Freud es que permite hacer entrar a los pretendidos sueños premonitorios en el molde de su teoría general de los sueños; se vuelve a encontrar allí la realización de un deseo y el trabajo del sueño. Pero no se puede disimular su debilidad, que consiste en sostener que la creación del contenido manifiesto del sueño sólo se hace a posteriori, en ocasión de la rememoración del sueño que tiene lugar justo después de la realización del suceso. Este fenómeno es probable en gran número de casos. Pero una explicación así no podría aplicarse a los casos en que el sujeto ha relatado su sueño a un tercero, o por escrito, antes aún de la realización del suceso. Los parapsicólogos mencionan numerosas anécdotas semejantes. ¿Habría que suponer que sus afirmaciones están desprovistas por completo de fundamento o de autenticidad? De todos modos, las explicaciones brindadas por Freud se han mostrado en extremo fecundas en un gran número de sedicentes sueños premonitorios.

b. *El "déjà-vu"*

Lo que precede nos conduce a abordar el fenómeno del "déjà-vu", sensación fantástica que hace que, en el momento de vivir una situación o un acontecimiento, se está invadido por la extraña impresión de que ya se ha vivido todo eso otra vez, de la misma exacta forma, sin poder sin embargo recordar cuándo y en qué condiciones. Dos razones nos llevan a estudiar este fenómeno. Primero, hemos visto que Freud relaciona ciertos sueños premonitorios con un fenómeno análogo de "ya-soñado". A continuación, y sobre todo, es necesario recordar la importancia asignada a este fenómeno por las ciencias ocultas. Numerosos pensadores —Freud evoca en especial a Pitágoras— han visto en este fenómeno un argumento

que prueba una existencia psíquica anterior. Otros han intentado explicar el “*déjà-vu*” por una precognición anterior. Es, pues, importante resumir las concepciones de Freud sobre esta cuestión.

La primera exposición sobre la sensación del “*déjà-vu*” se halla en *La psicopatología de la vida cotidiana* —(51) página 283—. Freud sostiene que esa experiencia corresponde a la reminiscencia inconsciente de una fantasía inconsciente o de un sueño diurno. Pero como la evocación del recuerdo es imposible por estar reprimido, éste es desplazado sobre otro elemento, lo que hace experimentar un sentimiento de falso reconocimiento. Freud aporta, en especial, la historia de una mujer de treinta y siete años, quien había experimentado, al entrar en el departamento de sus amigas, una impresión de *déjà-vu*, de modo que sabía por adelantado qué habitación sería la siguiente y qué visión de conjunto tendría. Freud demuestra que esa impresión era debida a una ensoñación inconsciente habida a los doce años de edad, época en que la paciente había reprimido un deseo de muerte con relación a su hermano enfermo. Volviendo a hallar, en casa de sus amigas, una situación análoga (un hermano único en peligro de muerte), pero imposibilitada de evocar sus propios recuerdos de la enfermedad de su hermano porque estaban reprimidos, había transferido su sensación de recuerdo sobre otro elemento: la casa y el jardín. Freud termina remarcando que, en lo que concierne a sus propias experiencias de *déjà-vu*, se trataba cada vez del despertar de concepciones y de proyectos imaginarios (desconocidos e inconscientes) que en él correspondían al deseo de obtener una mejora en su situación.

En la edición de 1910 de *La psicopatología de la vida cotidiana*, Freud agrega una nota en la cual señala las investigaciones de Ferenczi. Este pudo completar la explicación de Freud observando que la impresión de *déjà-vu* puede no sólo fundarse en las fantasías diurnas (ensueño)

sino también en un sueño olvidado (reprimido) de la noche precedente. Ferenczi publicó muchas observaciones, refiriendo también esa sensación a un sueño de una época más alejada —véase (27) y (32)—. A partir de esa impresión, una de sus enfermas había elaborado una teoría infantil que hacía remontar la extraña impresión de familiaridad con una existencia anterior, en la que el psiquismo residía en otro animal (un sapo). Ferenczi concluye con una hipótesis osada, que ve en la teoría de la metempsicosis una proyección mitológica de la irrupción en la conciencia de restos mnésicos inconscientes, dejados por la evolución de la especie, que subsisten en las profundidades del espíritu humano (Ferenczi, como Freud, admitía la herencia de los caracteres adquiridos).

Freud retomará aún sus concepciones sobre el *déjà-vu* en 1914, a propósito del fenómeno de “Ya encontrado en el análisis”,⁶⁰ así como en 1936, en “Un trastorno de memoria sobre la Acrópolis”.⁽⁷⁷⁾ Renueda allí, es evidente, su rechazo de “*la explicación derivada de un misticismo ingenuo, que pretende utilizar el fenómeno del déjà-vu como una prueba de existencias anteriores de nuestro yo psíquico*”.

c. *Extrañas coincidencias*

Es posible también relacionar el problema de las coincidencias extrañas con el de las premoniciones. En efecto, en la medida en que un contenido psíquico parece coincidir con un hecho exterior, la opinión común es llevada con facilidad a ver en esta relación sincrónica el testimonio de una premonición, de un presentimiento o de una clarividencia. Por lo demás, las coincidencias, por la repetición de ciertas situaciones análogas, o por el encuentro simultáneo de similares, dan de buen grado la impresión de un encarnizamiento de la suerte que desbarrata el principio de causalidad y toman por ese hecho un

carácter extrañamente inquietante, que puede hacer creer en alguna fuerza oculta.

Freud se interesó en este problema, en el que es preciso distinguir dos aspectos. Por una parte, trató de explicar cómo, en cierto número de casos, factores inconscientes podían ser el origen de la producción de semejantes coincidencias. Por otra parte, en los casos de coincidencias probablemente fortuitas, como las que se producen a diario, trató de comprender por qué ciertos sujetos les prestaban particular atención y creían reconocer ahí la influencia de una fuerza oscura y misteriosa que anulaba las leyes del azar.

Debemos detenernos, desde ya, sobre una nota muy discreta de *La inquietante rareza* —(66) página 190—. Freud hace allí referencia a una obra de Kammerer: *Das Gesetz der Serie*, que es un ensayo teórico sobre las coincidencias. Escribe a propósito de esa obra: “*Un científico ha procurado hace poco relacionar con ciertas leyes los acontecimientos de este género, lo que por fuerza suprimiría toda impresión de inquietante rareza. No me arriesgaría a decidir si lo ha hecho con éxito*”. Freud se muestra, por cierto, muy prudente en cuanto a la apreciación que hace de esa obra, pero tampoco parece rechazar en absoluto su contenido. Pero ese contenido, sin embargo, es muy particular. En efecto, P. Kammerer era un biólogo vienés de espíritu profundamente original, que se había hecho célebre por trabajos, muy cuestionados, sobre la herencia de los caracteres adquiridos —véase (100)—; recordemos que Freud era también partidario de esa tesis discutida. Aparte de sus trabajos biológicos, Kammerer publicó, en 1919, una curiosa obra sobre las extrañas coincidencias, *Das Gesetz der Serie*. En ese libro, Kammerer quería probar que lo que llamamos por lo común una coincidencia o una serie de coincidencias es en realidad la manifestación de un principio universal de la naturaleza, que opera con independencia de las leyes

conocidas de la causalidad física. Para Kammerer, lo que tomamos por coincidencias depende de otro principio, el de la "serialidad". De ese modo, interpreta las recurrencias en el tiempo como manifestaciones de procesos periódicos o cíclicos que se propagan como las ondas sobre el eje del tiempo en el continuum espacio-tiempo; pero no percibimos más que las crestas de estas ondas, que no son entonces percibidas más que como coincidencias aisladas. Si es difícil saber en qué medida Freud compartió los puntos de vista de Kammerer, se puede al menos tratar de comprender los factores que lo impulsaron a interesarse por esas especulaciones. En primer lugar, hay que señalar que Freud pudo hallar en ese libro una colección de ejemplos de coincidencias análogas a las que conocía por propia experiencia, cosa que despertó su interés. Por ejemplo, Kammerer cita los siguientes casos, que se parecen mucho a la recurrencia del número 62 en Freud: *"Mi cuñado va a un concierto; tiene la butaca 9 y su contraseña del guardarropas es también 9. Al día siguiente, vamos juntos al concierto de la orquesta filarmónica; tiene la butaca 21 y la contraseña del guardarropas es 21"* (etcétera). Por otra parte, las tesis de Kammerer sobre la "serialidad" recordaban en forma asombrosa los puntos de vista de Fliess sobre la periodicidad; por otra parte, Kammerer consagra uno de los capítulos de su libro a la teoría de los períodos de Fliess. Cuando se sabe que Freud conservó siempre cierta creencia en las teorías de Fliess, se puede comprender que haya podido dejarse seducir por la de Kammerer.

Al subsistir, sin embargo, la duda en cuanto al grado de adhesión de Freud a los puntos de vista de Kammerer, debemos volver a un terreno más firme. En efecto, Freud ha propuesto una explicación psicoanalítica acerca de la aparición de cierto número de coincidencias en apariencia extrañas, despojándolas así de todo carácter oculto.

Es el caso, en especial, de las coincidencias de en-

cuentros, que pueden permitir creer en una premonición de aproximación. En *La psicopatología de la vida cotidiana* —(51) página 281—, Freud relata un ejemplo personal: algunos instantes después de haber pensado vengarse de los padres de una de sus antiguas enfermas, se cruza en la calle con ellos. Después de una reflexión, adelanta una conclusión simple de esa coincidencia:

“Me bastó un instante de reflexión para comprobar que no había en esa coincidencia nada de milagroso. Yo estaba en una calle recta, ancha, poco frecuentada y la pareja venía en mi dirección; con una rápida mirada hacia adelante, cuando estaban a una veintena de pasos, pude por cierto percibir y reconocer sus rostros, pero, como sucede en una alucinación negativa, descarté esa percepción, por los motivos afectivos que se habían manifestado en el ensueño, que surgió con todas las apariencias de la espontaneidad”.

La coincidencia, pues, no tenía nada de sobrenatural y sólo dependía del mecanismo inconsciente responsable de la alucinación negativa. El deseo inconsciente es el que ha eliminado la percepción y es el responsable de esa ilusión de premonición de acercamiento. Freud cita asimismo un ejemplo tomado de Rank, que concluye: *“El hecho paradójal de que mi inconsciente haya sido capaz de percibir un objeto que el ojo no reconoció sino más tarde se explica por un ‘complejo’ particular que, orientado hacia cosas materiales, dirigía mis pasos con exclusión de toda otra preocupación”.* En esa perspectiva, semejante pseudopresentimiento se comprende, pues, como un trivial acto fallido.

Otro problema es el de comprender por qué ciertos sujetos, obsesivos en particular, tienen tendencia a atribuir una significación especial a coincidencias que, en sí mismas, son por completo fortuitas. Freud evoca esta cuestión en el análisis de *El hombre de las ratas*.⁽⁵³⁾ Este

paciente creía, en efecto, en los presagios, en los sueños proféticos —(54) páginas 115-121—; encontraba de continuo a personas por quienes acababa de preocuparse sin motivo; recibía cartas de personas en quienes de pronto había pensado después de un largo periodo de olvido. Freud logró probar que este paciente participaba de hecho, continuamente, en la creación de esos milagros y demostró los medios de que se servía a esos efectos:

“Procedía con ayuda de la vista y de la lectura indirecta, con ayuda del olvido y, sobre todo, con ayuda de los errores de memoria. Al fin, él mismo me ayudaba a descubrir el secreto de esas jugarretas gracias a las que producía sus milagros. Interesante, en tanto que raíz infantil de su creencia en la realización de sus presentimientos y de sus predicciones, fue el recuerdo que un día le reapareció: cada vez que hacía falta elegir una fecha, su madre decía: ‘Tal o cual día no podré; estaré en cama’. ¡En efecto, ese día guardaba cama! Es evidente que experimentaba la necesidad de hallar en esos sucesos puntos de apoyo para su superstición; con ese fin prestaba tanta atención a los numerosos pequeños azares inexplicables de la vida cotidiana, que por su actividad inconsciente ayudaba cuando aquéllos no bastaban” —(53) página 246—.

Freud estima que esta necesidad de prestar atención a los pequeños azares de la vida puede hallarse en numerosos neuróticos obsesivos y puede explicarse por los caracteres psicológicos de esa neurosis:

“La represión, en esa enfermedad, se efectúa no por la amnesia, sino por la separación de las relaciones de causalidad, separación que es una consecuencia del retraimiento del afecto. Estas relaciones reprimidas conservan una especie de fuerza capaz de prevenir al sujeto; fuerza que he comparado en otro lugar a una percepción endopsíquica, de

modo que el enfermo introduce relaciones reprimidas en la realidad exterior por medio de la proyección, y allí aquéllas testimonian lo que ha sido borrado del psiquismo” —(53) página 250—.

En fin, Freud se ha esforzado por comprender los mecanismos inconscientes que contribuyen a dar a esas coincidencias un carácter extrañamente inquietante. Cita, en *La inquietante rareza* —(166) página 189—, el ejemplo de la reiteración del número 62 así como la coincidencia de la recepción de cartas de una persona en quien se acaba de pensar. Después de haber dado estos dos ejemplos, anónimos pero autobiográficos, Freud explica por qué el factor de repetición involuntaria nos impone la idea de lo nefasto y de lo ineluctable, allí donde no se podría hablar de otra cosa que de azar. “*La inquietante rareza toma origen en la vida real cuando complejos infantiles reprimidos son reanimados por alguna impresión exterior, o bien cuando primitivas convicciones superadas parecen ser de nuevo confirmadas*”. En el caso de coincidencias y repeticiones de lo parecido, estas situaciones no hacen más que recordar el arcaico “automatismo de repetición” que reside en nosotros mismos y que se manifiesta en las aspiraciones del niño pequeño. Cuando la repetición de lo idéntico reenvía al “automatismo de repetición” es cuando toma un carácter inquietante.

3. La magia

a. *Hechizos y mala suerte*

En *Más allá del principio del placer*, (67) Freud evoca el caso de las personas “que dan la impresión de ser perseguidas por la suerte, de manera que se diría que hay algo de demoníaco en todo lo que les sucede”. Evoca el caso de los benefactores siempre pagados con ingratitud; de

hombres cuya amistad termina siempre por la traición; de enamorados cuya actitud sentimental termina siempre en el mismo resultado. Mejor que quedarse con la explicación ocultista, Freud busca los resortes de eso en el inconsciente y, específicamente, en la "compulsión de repetición", que impulsa siempre al sujeto a la repetición de lo idéntico.

"El psicoanálisis ha formulado, hace ya tiempo, la opinión de que un similar destino se establecía con independencia de los acontecimientos exteriores y se dejaba relacionar con influencias sufridas por los sujetos en el curso de la primera infancia. La obsesión que se manifiesta en esa ocasión no difiere casi de la que impulsa al neurótico a reproducir los acontecimientos y la situación afectiva de su infancia, aunque las personas de que se trata no presentan los signos de un conflicto neurótico que haya llegado a la formación de síntomas".

Semejantes comportamientos iterativos, que conducen a menudo a fracasos repetidos, han sido reagrupados con el nombre de neurosis de destino o neurosis de fracaso. Ese eterno retorno de lo igual puede tomar aspectos más asombrosos. Freud cita el caso de una mujer que, casada tres veces, vio a sus tres maridos caer enfermos poco tiempo después del matrimonio y que los cuidó hasta la muerte. Ante estos hechos sorprendentes, Freud llegó a suponer la existencia de una compulsión de repetición.

"En presencia de estos hechos, tomados tanto de la forma en que se comportan los neuróticos en el curso de la transferencia como de los destinos de gran número de sujetos normales, no se puede impedir la admisión de que existe en la vida psíquica una tendencia irresistible a la reproducción, a la repetición, tendencia que se afirma sin tener en cuenta el principio del placer, poniéndose por encima del mismo".

No está, pues, tan lejos de la verdad, el sujeto que se cree sometido a la influencia de una fuerza misteriosa que determina su destino. Porque esa fuerza existe. Sin embargo, no tiene nada de oculto y no le es exterior; procede de las profundidades de su inconsciente y lo conduce a re-actualizar las situaciones afectivas de su infancia. La represión la hace reaparecer, proyectada sobre el mundo exterior, que se halla investido de un poder maléfico: *“Eso que se podría llamar la fatalidad, en el sentido corriente del término, que conocemos ya por los varios ejemplos citados más atrás, se presta en gran parte a una explicación racional, lo que nos exime de admitir la intervención de un nuevo móvil, más o menos misterioso”*. —(167) página 28—.

b. *La magia*

La creencia en los hechizos y mala suerte es indisociable y corolario de la creencia en el poder de la magia.

En el análisis de *El hombre de las ratas*,⁽⁵³⁾ Freud hace una primera apreciación de los mecanismos psíquicos inconscientes que respaldan la creencia en la magia. Este enfermo atribuía a sus pensamientos una omnipotencia, así como a sus sentimientos y a los buenos y malos deseos que podía formular. Ya hemos dicho que estaba persuadido de que le bastaba pensar en una persona para encontrarla de inmediato; pedir noticias de otra, para saber que acababa de fallecer. Cuando sucedía que formulaba una maldición, vivía con el miedo de enterarse de la muerte de la persona concernida. De hecho, no se trataba ahí más que de una falsa apariencia, que no estaba fundada más que en dos coincidencias. Así, cuando volvió por segunda vez a un establecimiento hidroterápico, sucedió que no pudieron darle de nuevo la misma habitación porque estaba ocupada por un viejo profesor. Entonces dio libre curso a su descontento, exclamando: “¡Que se muera de apople-

jía!” Quince días después, se despertó en la noche, turbado por la idea de un cadáver y por la mañana se enteró de que el viejo profesor había en realidad sucumbido a un ataque de apoplejía. Lo que le interesa a Freud no es explicar esta coincidencia, que tal vez considera fortuita o producto de conjeturas inconscientes. Más bien trata de comprender por qué esta coincidencia ha tomado tanta importancia para el paciente, hasta el punto de ver ahí una prueba de la omnipotencia de su pensamiento. Freud señala que la creencia en la potencia de los sentimientos hostiles sobre el mundo exterior no es más que el efecto de una proyección de la acción psíquica íntima de sus sentimientos. Puesto que su odio es en verdad omnipotente, no en la realidad material, sino en la realidad psíquica: son justamente estos sentimientos los que producen las obsesiones cuyo origen no comprende y contra las que se defiende sin éxito. La creencia en la omnipotencia de los pensamientos, frecuente en los obsesivos, resulta, pues, de una sobreestimación de los procesos psíquicos; sobreestimación que los hace responsables de una realidad material por completo fortuita; esa sobreestimación proyectiva enmascara una subestimación de su poder en la realidad psíquica.

Para Freud, esa sobreestimación extrae su origen de la época dominada por el “pensamiento mágico”, común al funcionamiento psíquico del niño (*megalomanía infantil*) y al de los primitivos. Desarrolla estos conceptos de “omnipotencia de las ideas” y de “pensamiento mágico” en el tercer capítulo de *Totem y Tabú*,⁽⁵⁷⁾ consagrado al animismo y a la magia. En efecto, esa creencia en la “omnipotencia de las ideas”, comprobada en el obsesivo, le parece sustituir el fundamento de toda la creencia en la magia.

Inspirándose en las concepciones etnológicas evolucionistas de Tylor y Frazer sobre la magia y el pensamiento primitivo, propone un paralelismo ontogenético y fi-

logenético que hace de esa “omnipotencia de las ideas” un momento que puede ser a la vez reencontrado en la evolución de los pueblos y en la del niño. La persistencia de la magia y de la brujería en nuestras sociedades sería una supervivencia de ese estadio anterior de desarrollo social; la creencia supersticiosa del neurótico atestiguaría una regresión a este estadio arcaico del desarrollo psíquico. La suma de los trabajos etnológicos consagrados a la magia y la importancia de las polémicas suscitadas por las teorías de Frazer no nos permitirán llevar muy lejos el enfoque antropológico de la magia, enfoque indispensable, no obstante, para quien quiera tener una visión global del tema. Nos conformaremos aquí con resumir las concepciones de Freud, nacidas de una confrontación de su práctica clínica con los trabajos etnográficos.

Después de haber presentado la concepción de Tylor sobre el animismo, Freud se interesa en la brujería y la magia, que constituyen, de alguna manera, el corolario técnico del animismo (Mauss). Freud retoma los trabajos de Frazer, quien distingue dos principios fundamentales en la acción mágica: el principio de similitud y el de contigüidad. Freud reconoce allí los principios de funcionamiento psíquico puestos en evidencia en el trabajo del sueño, condensación y desplazamiento, que Lacan identificó más tarde con la metáfora y la metonimia. El principio de similitud quiere que lo semejante llame a lo semejante (magia homeopática o imitativa); se puede hallar un ejemplo en las danzas imitativas de la lluvia, encargadas de hacerla aparecer, o aun en la fabricación de etigies a las que se lesiona una parte para que enferme la parte correspondiente del cuerpo del enemigo. El principio de contigüidad pretende que cosas que han estado una vez en contacto continúen actuando la una sobre la otra, aun cuando el contacto haya cesado (magia contagiosa); se encuentra un ejemplo en la destrucción de los recortes de uñas o de cabellos pertenecientes a una persona a quien se

quiere dañar. En conjunto, Freud retiene que *“como la similitud y la contigüidad son los dos principios esenciales de los procesos de asociación, toda la absurdidad de las prescripciones mágicas está dominada, por así decir, por la asociación de ideas. Vemos cuán cierta es la definición que ha dado Tylor de la magia: tomar, por error, una relación ideal por una relación real”*. El hecho de que los principios que rigen la magia son los mismos que se vuelven a encontrar en las producciones del inconsciente en el nivel del proceso primario, permite pensar que la magia no descansa sobre una realidad material, sino sobre una realidad psíquica. Quien cree en la magia no hace más que proyectar sobre el mundo exterior las leyes de su funcionamiento psíquico inconsciente.

Partiendo de la comprobación de que los principios de la acción mágica no hacen más que reproducir los del funcionamiento psíquico y de la asociación de ideas, Freud se pregunta, a continuación, sobre los factores dinámicos que impulsan al hombre primitivo a reemplazar las leyes naturales por las leyes psicológicas. Los motivos que impulsan al hombre a la magia son los deseos humanos; debe admitirse, pues, que si el hombre primitivo cree en la magia es porque tiene confianza desmesurada en sus deseos: *“Ateniéndose a las apariencias, está persuadido de que es la acción mágica la que, gracias a su semejanza con lo que desea, produce la realización del acontecimiento deseado”* —(57) página 99—. La magia testimonia, pues, una *“sobreestimación general de todos los procesos psíquicos, es decir, una actitud con relación al mundo que, de acuerdo a lo que sabemos concerniente a las relaciones entre la realidad y el pensamiento, debe aparecerse como una sobreestimación de este último. Las cosas desaparecen ante sus representaciones; todos los cambios impresos en éstas deben alcanzar a aquéllas (...) Resumiendo, podemos decir que el principio que rige la magia, la técnica del modo de pensar animista, es la de la*

omnipotencia de las ideas” —(57) página 101—.

Inspirándose en el estudio del desarrollo de las tendencias libidinales del niño, se ve un paralelismo entre ese modo de satisfacción del primitivo y el del niño que pasa también por ese estadio. Cuando la madre está lejos y el niño llora y grita, la madre vuelve para darle el pecho. El niño cree entonces en la omnipotencia de ese yo y descubre el valor mágico de sus deseos o de sus llamados, que determinan de inmediato toda una serie de comportamientos apropiados por parte de las personas que lo rodean. Este es el narcisismo que corresponde al estadio del pensamiento mágico en el niño. Es también el narcisismo el que explica la mentalidad primitiva marcada por esa misma creencia en la omnipotencia del deseo; y se halla en los síntomas del neurótico una buena parte de esa actitud primitiva, la persistencia de la omnipotencia de las ideas aparece con la mayor nitidez en la neurosis obsesiva, donde los actos obsesivos son de naturaleza por completo mágica.

Más aún, el sujeto “normal” no está al abrigo del despertar de los rastros dejados por el narcisismo ilimitado de su infancia: *“Parece que, en el curso de nuestro desarrollo individual, todos hemos atravesado una fase correspondiente a ese animismo del primitivo; que en ninguno de nosotros ha terminado sin dejar restos y trazas capaces de despertar y que todo lo que hoy nos parece extrañamente inquietante cumple esa condición de referirse a estos restos de actividad psíquica animista y de incitarlos a manifestarse”* —(66) página 193—. *Que aparezca una ocasión, y hete aquí que pueden volver deseos reprimidos y formas de pensar reprimidas, propios de los tiempos primitivos del individuo o de los hombres. Aparece de nuevo esa exageración de la realidad psíquica con relación a la realidad material. Entonces se borran los límites entre imaginación y realidad. “Lo que habíamos tenido como fantástico se nos ofrece como real; el símbolo*

toma la importancia y la fuerza de lo que era simbolizado” —(66) página 198—.

Esta formulación de Freud abre interesantes perspectivas sobre el tipo de pensamiento que sustenta a la magia. La magia, en efecto, como hemos visto, es una práctica que tiende a actuar sobre los elementos del universo utilizando las correspondencias (metafóricas o metonímicas) que ese elemento posee con otro elemento del universo; incluso entre el objeto y la palabra que lo designa. Como subraya Amadou en su estudio sobre *El ocultismo*,⁽³⁾ el ocultismo plantea así, bajo un aspecto original, el problema del lenguaje y, más particularmente, supone una toma de posición en la cuestión de las relaciones entre la palabra y lo que designa; entre el significante y el significado. Ahora bien, *“en la magia, el lazo que une la palabra a la cosa o a la noción no es ya convencional, no es ya relativo ni extrínseco. Es intrínseco, ontológico. El tiempo no lo deshace”* —(3) página 141—. Esta concepción está, en efecto, expresada en forma explícita en las obras de célebres ocultistas. Louis Claude de Saint-Martin defiende la tesis de que el desorden del mundo viene tal vez de nuestro desconocimiento del real nombre de todo objeto. *“¿Cómo hemos podido persuadirnos de que las palabras no tenían ninguna energía por sí mismas? —se asombra aun Court-De-Gebelin—. ¿Que no tenían ningún valor que no fuera convencional y que puede ser siempre diferente?”* (citado en (3) página 140). La filosofía ocultista toma, pues, por adelantado, el camino radicalmente opuesto al que había de ser el gran descubrimiento de la lingüística saussuriana: lo arbitrario del signo. En efecto, Saussure subraya el hecho fundamental de que, en el lenguaje, el lazo que une al significante y al significado es por completo gratuito. A su juicio, por ejemplo, no existe ningún motivo, salvo el uso, para llamar a un libro “libro”, y basta evocar “book”, “buch” o “livre” para vencerse. La relación que une signifi-

cante y significado es, pues, arbitraria, pura costumbre, siempre hecho consumado, inconsciente en su razón de ser, que se impone en forma absoluta merced a su gratuidad.

4. Desconocimiento e ilusión en el ocultismo

Si se trata de aislar lo que constituye el común denominador de los elementos heteróclitos del ocultismo, como los hemos estudiado en lo que antecede, se puede decir que consiste en el hecho de tomar un producto de la realidad psíquica por un producto de la realidad material: el ocultismo presta a la realidad material propiedades que no posee, sino que son de la realidad psíquica; al hacerlo, llena dos funciones esenciales, que son el desconocimiento y la ilusión.

a. *Desconocimiento*

Se produce por la vía de la proyección. En el sentido psicoanalítico, la proyección consiste en la operación por la cual el sujeto expulsa de sí y localiza en otro —persona o cosa— cualidades, sentimientos, deseos que desconoce o rechaza en sí mismo. Esa defensa muy arcaica, que se manifiesta en particular en la paranoia, parece ser un mecanismo esencial en la superstición y en las creencias ocultistas.

Como lo recuerdan Laplanche y Pontalis —(103) página 344—, hay que distinguir diferentes acepciones del término “proyección”. En psicología se habla de proyección para significar que el sujeto percibe el medio y le responde en función de lo que es. Ahí reside el fundamento de las técnicas proyectivas, y Bachelard ha podido decir que “*el Zodíaco es el test de Rorschach de la humanidad infantil*”. En efecto, es claro que este proceso interviene

en la creencia en la astrología, por ejemplo. El creyente elimina de su conciencia todos los datos que contradicen su creencia y, por otra parte, selecciona los que la confirman. Michel Gauquelin⁽⁸⁷⁾ ha señalado cómo funciona la selección de los hechos pertinentes y la eliminación de los datos que no concuerdan con el sentido de las creencias, enviando en forma gratuita el horóscopo de un célebre asesino a 150 personas que habían solicitado recibir su horóscopo. ¡La casi totalidad de esas personas (94 %) declararon reconocerse en el horóscopo y 80 % hasta destacaron que los períodos buenos o malos correspondían!

Esta concepción de la proyección se expresa en forma muy clara y con mucha antelación en la obra de Freud; por ejemplo, escribe así en *La interpretación de los sueños* —(49) página 14—: “*La concepción precientífica del sueño de los antiguos estaba en perfecta armonía con su filosofía general, que proyectaba en el mundo exterior lo que sólo tenía realidad en la vida del espíritu*”. O todavía, en *La psicopatología de la vida cotidiana* —(51) página 276—: “*Pienso que, en gran parte, la concepción mitológica del mundo que anima hasta a las religiones más modernas no es otra cosa que una psicología proyectada sobre el mundo exterior. El oscuro conocimiento de los factores y de los hechos psíquicos del inconsciente se refleja en la construcción de una realidad suprasensible, que la ciencia retransforma en una psicología del inconsciente*”. Asimismo, la realidad suprasensible creada por el ocultismo está constituida por los productos del inconsciente.

Pero es necesario captar lo que constituye el aporte fundamental de Freud, porque la proyección no podría ser reducida a una simple asimilación del mundo exterior a uno mismo. El psicoanálisis agrega a ello otra dimensión: la de su función. Se han explicado a menudo las tendencias animistas por la supuesta incapacidad de los pri-

mitivos para concebir la naturaleza de otro modo que sobre el modelo humano. Freud va más allá de esta concepción, aislando la función de la proyección y demostrando que esa asimilación halla su principio y su fin en un desconocimiento, una ocultación. La proyección aparece siempre como una defensa; como la atribución al otro de cualidades o de deseos que el sujeto rechaza en sí mismo. Así, el ocultismo va a permitir ocultar los conflictos, que podrían constituir el objeto de un abordaje psicoanalítico. Los deseos reprimidos, cuya presencia el sujeto no reconoce en el inconsciente, pero cuyos ecos siente, sin embargo, son prestados a los demonios, a los fantasmas, al doble. Los principios de funcionamiento del psiquismo inconsciente desconocido son prestados, en la magia, a la realidad material; la compulsión de repetición se transforma en creencia en el encadenamiento de la suerte o en la teoría de la periodicidad.

La proyección permitirá, de ese modo, eludir la cuestión de la castración y de la muerte. El tema de la castración, sin embargo, retorna, como un retorno de lo reprimido, en el ceremonial mágico. ¿Qué otra cosa son, si no, la escoba de las hechiceras o la varita de los magos? En numerosas leyendas, quien deviene mago debe pagar muy caro su poder: este precio es, a menudo, el de la castración. Klingsor, el mago de Parsifal, fue castrado; Wotan perdió un ojo; en la mitología escandinava, el dios de los magos es tuerto; etcétera... La cuestión de la muerte, que tratan de ocultar los espíritus y los espectros, está también en primer plano en el ocultismo. La misma se transparenta en las creencias supersticiosas, comprendidas las de Freud, quien ha señalado la importancia que tiene en la problemática del obsesivo. *“Es que no hay casi otro dominio en el que nuestro pensamiento y nuestras sensaciones se hayan modificado tan poco desde los tiempos primitivos; donde lo que es antiguo se haya conservado tan bien bajo un ligero barniz, como en nuestras relaciones con la*

muerte. (...) Nuestro inconsciente tiene, hoy en día, tan poco lugar como antaño para la representación de nuestra propia mortalidad''. —(66) página 195—.

b. Ilusión

Indisociable de la precedente es la función de la ilusión en el ocultismo, que hace tomar por realidad los deseos. Freud establece su concepción de la ilusión a propósito de la religión —(74) página 44—, pero lo que al respecto dice es por completo aplicable al ocultismo. Destaca que la ilusión no es lo mismo que el error, ni tampoco necesariamente un error. Lo que caracteriza a la ilusión es que deriva de los deseos humanos. Así, los dogmas religiosos *“no son el residuo de la experiencia o el resultado final de la reflexión; son ilusiones, la realización de los deseos más antiguos, más fuertes, más opresivos de la humanidad; el secreto de su fuerza es la fuerza de estos deseos”*. Es indudable que Freud concebía del mismo modo la mayoría de las creencias ocultistas. El deseo de la inmortalidad aparece en la creación de los espíritus. La retención de la potencia es para quien puede prever el porvenir o influir en forma mágica sobre los seres o los objetos. Las correspondencias entre el macrocosmos universal y el microcosmos humano satisfacen la megalomanía infantil.

Uno de los fundamentos de la ilusión es, en efecto, la creencia en la omnipotencia de las ideas, que Freud ha aclarado en el dominio de la magia. La creencia ocultista es un producto del deseo, que resulta de la fe en la omnipotencia del pensamiento. La misma se apoya en el narcisismo del niño, quien tiene la impresión de gobernar el mundo con sus gestos o sus gritos, que desatan una reacción apropiada del medio. Ferenczi (30) ha detallado la evolución de este sentido de realidad y distinguido varias épocas sucesivas: omnipotencia con ayuda de gestos má-

gicos, luego período de los pensamientos y las palabras mágicas. Los deseos que el niño concibe en forma de pensamientos son todavía tan poco numerosos que el medio, atento y cuidadoso del bienestar del niño, llega con facilidad a adivinar la mayor parte de estos pensamientos. Entonces, el niño cree en realidad detentar poderes mágicos, pensamientos y palabras mágicas. Para Ferenczi, los obsesivos parecen regresar a este estadio del sentido de realidad. Se puede comprender de ahí el rol considerable que tienen las plegarias y las fórmulas en la superstición y la magia.

De este modo, el pensamiento ocultista está marcado por el sello del desconocimiento y de la ilusión; marca a través de la cual Freud reconocía uno de los momentos evolutivos del pensamiento humano. Se trata, a su juicio, de un pensamiento arcaico, que puede ser vuelto a encontrar en el niño, el primitivo o el neurótico. Pero este pensamiento debe ser superado por *“una concepción científica del mundo, en la cual no hay más lugar para la omnipotencia del hombre, que ha reconocido su pequeñez y se ha resignado a la muerte, así como se ha sometido a todas las otras necesidades materiales”*. —(57) página 104—.

Debemos detenernos, sin embargo, sobre la reflexión de Freud que subraya que la ilusión no es por fuerza el error. El ejemplo que cita, a este respecto, ha sido tomado en préstamo al ocultismo:

“La ilusión no es por fuerza falsa, es decir, irrealizable o en contradicción con la realidad. (...) De ordinario, no es fácil descubrir ejemplos de auténtica ilusión; pero la ilusión de los alquimistas de poder transmutar todos los metales en oro es, tal vez, uno de aquéllos. El deseo de tener mucho oro, tanto oro como sea posible, ha sido atenuado por nuestra comprensión actual de las condiciones de la riqueza. Sin embargo, la química ya no considera

imposible una transmutación de los metales en oro. De este modo, llamamos ilusión a una creencia cuando en la motivación de la misma es prevalente la realización de un deseo y, al hacerlo así, no tenemos en cuenta las relaciones de esa creencia con la realidad, del mismo modo que la propia ilusión renuncia a ser confirmada por lo real''. —(74) página 45—.

Esta posición tiene implicancias epistemológicas sumamente importantes, sobre las cuales ha insistido, en particular, Devereux.⁽²⁰⁾ Porque si pensamos que el ocultismo es una ilusión, esta afirmación no deja menos planteada la cuestión de la autenticidad de ciertos fenómenos que le son por lo general adscritos. Así, no es dudoso que el deseo de funcionamiento telepático sea muy arcaico —Roheim (124)—, pero ello no implicaría, en consecuencia, que se deba rechazar, por este hecho, la hipótesis de la existencia de la telepatía. Es, precisamente, la posición que adoptará Freud con respecto a la misma.

III. EN BUSCA DE UN NÚCLEO DE VERDAD: ¿LA TELEPATÍA?

Esto me gusta aún menos, pero hay ahí dentro algo de verdad.

FREUD, en (95), página 431

Después de haber seguido la insistencia de Freud en desenmascarar las ilusiones que respaldan el ocultismo, nos falta abordar la delicada cuestión de la telepatía. Hemos dicho ya que Freud se inclinaba a ver en este fenómeno el núcleo de verdad del ocultismo. Además, tenía a es-

te respecto ideas profundamente originales, que han sido interpretadas de diversa forma y, sobre todo, apreciadas de distinto modo por el movimiento psicoanalítico. Vamos ahora a intentar precisar sus posiciones sobre la telepatía, ya que nos parecen en general bastante mal conocidas.

Puede ser útil situar el debate especificando qué se entiende en general por "telepatía". Este término fue propuesto en 1882 por Gurney y Myers para designar el fenómeno psicológico que consistiría en una comunicación directa de dos espíritus, aun a muy grande distancia, por otros medios que las sensaciones usuales. Para los parapsicólogos, la telepatía implica la existencia de una "percepción extrasensorial", fenómeno por cierto aún misterioso, pero que creen poder explicar alguna vez en forma científica. De ahí que una "transmisión del pensamiento", para que se pueda reconocer como auténticamente telepática, no debe emerger del simple azar o de la deducción más o menos consciente a partir de las percepciones sensoriales habituales. El debate sobre la telepatía se articula en torno a estos puntos, con relación a los cuales es preciso situar las posiciones freudianas.

1. Telepatía y pseudotelepatía

Al parecer, a partir de 1910 Freud fue por fin llevado a creer en la autenticidad de ciertos fenómenos telepáticos, aunque no sin serias resistencias. Sus primeros escritos sobre el tema muestran, con toda evidencia, la marca del escepticismo.

De hecho, Freud llegó a rechazar, en numerosas oportunidades, determinadas alegaciones de telepatía, dando de las mismas una explicación natural, que excluía la hipótesis de una percepción extrasensorial. Muchos mecanismos son susceptibles de crear una ilusión pseudo-

telepática. En esos casos, se trata a menudo de fenómenos de ilusión mnemónica, o aun de percepciones sensoriales que han permanecido inconscientes.

a. *Comunicación a la Sociedad Psicoanalítica de Viena* (4 de marzo de 1908)(114)

A continuación de una observación de Adler, que pretendía explicar en forma racional los fenómenos de transmisión del pensamiento, Freud presenta, el 4 de marzo de 1908, tres cortas observaciones de enfermos. Dos de las comunicaciones habrían podido hacer creer en la telepática, pero su análisis hace aparecer una explicación más natural. (La tercera no se refiere al problema de la telepática, sino al miedo obsesivo de la muerte de un niño.)

La primera observación relata un caso de alucinación telepática de un número. En realidad, el sujeto había cometido un error de memoria y, además, su ilusión no se apoyaba en nada real.

La segunda observación, que podía hacer creer en una percepción telepática de la muerte de una mujer, era explicable por una percepción que había permanecido inconsciente: es posible que el sujeto hubiera percibido, sin darse cuenta, el aviso fúnebre correspondiente a la mujer, publicado en el diario:

“Una mañana, uno de mis pacientes vio a un anciano en el tranvía y, confundiéndolo con el padre de una señora de su conocimiento, se dirigió a aquél preguntándole por la salud de la dama. Dos días más tarde, su madre le preguntó si estaba al corriente de la enfermedad de la misma, a lo que respondió que no. El mismo día, supo por un amigo que esa señora había sido enterrada esa misma mañana. Supuso que debía de haber fallecido poco más o menos en el momento en que hablaba con el anciano a quien había tomado por padre de

aquella. El propio enfermo brinda la explicación siguiente: dice que no lee jamás el diario a fondo, sino que sólo le da una ojeada, siempre por la tarde. La víspera del día en que habló con el anciano es probable que haya visto al pasar la participación del deceso (su apellido estaba impreso en mayúsculas) y que lo haya percibido en forma inconsciente” (Extracto traducido de Nunberg (114) página 345.)

b. Psicopatología de la vida cotidiana

En la edición norteamericana de la *Psicopatología de la vida cotidiana* (traducción de Brill, 1925), Freud cita un ejemplo, por otra parte tomado de Brill, en el cual la “transmisión del pensamiento” es también explicable por una percepción permanecida inconsciente (véase (19) página 54; este pasaje no está reproducido en la edición francesa). La anécdota es la siguiente: mientras Brill cenaba con su mujer en un restaurante neoyorquino, pensó de pronto, sin aparente relación con la conversación precedente, en cierto Doctor R. que acababa de instalarse en Pittsburg. Comentó ese pensamiento a su mujer, quien pareció muy sorprendida y le contestó: “Hace unos segundos yo pensaba exactamente en lo mismo”. Tratando de comprender esa aparente transmisión de pensamiento, no tardaron en darse cuenta de que uno de los comensales, sentado a otra mesa, se parecía de manera asombrosa al Doctor R. en cuestión. Había debido de pasar delante de la mesa de ellos y, aborridos por la conversación, no le prestaron atención en forma consciente. Sin embargo, la imagen visual había suscitado la asociación de ideas en cada uno de los esposos, lo que por un momento los hizo creer en un fenómeno telepático. De modo que, en un caso de este género, no es el pensamiento de un sujeto lo que ha inducido el mismo pensamiento en otro, sino un

estímulo exterior, percibido por las vías sensoriales comunes, pero que, escapado a la conciencia, induce la misma cadena asociativa en cada uno de los sujetos. Es probable que sea este fenómeno el que actúa en numerosas impresiones de transmisión de pensamiento, triviales en la vida cotidiana.

c. Un caso de alucinación telepática explicado por una paramnesia

Hemos visto que Freud explicaba ciertos sedicentes sueños premonitorios por una ilusión mnemónica del sujeto; del mismo modo, explica ciertas alegaciones de telepatía por semejantes paramnesias. Es, en especial, el caso de la segunda observación de *Sueño y Telepatía*. Detengámonos en esta observación, muy interesante desde numerosos puntos de vista.

Se trata de una mujer de 37 años, domiciliada en Breslau, quien había escrito a Freud para preguntarle cómo podría desembarazarse de un sueño que la molestaba desde su infancia. Es probable que la carta date de los primeros días de diciembre de 1921, porque la correspondencia hace alusión a acontecimientos sobrevenidos en septiembre y noviembre de 1921 y fue de inmediato utilizada por Freud, quien publicó su artículo algunos meses después.

En su sueño a repetición, la paciente veía a una mujer que se asía con firmeza a una palmera y trataba de sacar del agua a un hombre misterioso que intentaba alcanzar la orilla. En general, la paciente se caía del lecho y en ese momento despertaba con una sensación desagradable. Si Freud se detiene en esta observación en un trabajo consagrado a la telepatía, es porque esta correspondencia declara, además, tener dones bien sorprendentes. Desde su infancia sentía voces y visiones. En la escuela, había aprendido con suma facilidad el francés y el latín, como si los

hubiera conocido “ya por adelantado”. Era presa también de alucinaciones telepáticas. Un día, en una casa de reposo, oyó golpes anormales e inexplicables dados contra el lecho de su compañera de cuarto; ocho semanas más tarde, había sabido que una de sus amigas había fallecido aquella noche. Sobre todo, otra anécdota retuvo la atención de Freud. Durante el verano de 1914, tuvo la impresión de oír a su hermano, que hacía entonces el servicio militar, llamar: “madre, madre”. Al encontrar a su madre, dos días después, ésta le contó que había oído las mismas voces. Sucedió que, tres semanas más tarde, recibieron una carta del joven —escrita en el mismo momento en que habían oído las voces—, que murió poco después. De ahí a concebir el fenómeno como una percepción telepática de la muerte del hermano no había más que un paso. Notemos, también, que la enferma había sido atacada, en su infancia, de querato-conjuntivitis, con secuelas de úlceras córneas que le daban, como decía, una “doble visión” (diplopía); es de destacar el juego sobre el significante.

Partiendo del análisis del sueño a repetición y de las asociaciones hechas por la corresponsal, Freud trata de explicar los pretendidos fenómenos telepáticos, reubicándolos en la dinámica afectiva del sujeto. Señala, de entrada, que el sueño debe ser comprendido como un sueño de nacimiento y que es la manifestación de un deseo incestuoso de un hijo. La paciente parece sufrir una importante fijación edípica, que se exterioriza en muchas de sus asociaciones. A partir de ahí, Freud propone una hipótesis —cuyos límites reconoce— explicando la similitud de las alucinaciones telepáticas de la hija con las de la madre. Supone que sólo después de haber oído a la madre relatar la anécdota, la hija tuvo la convicción de haber experimentado el mismo fenómeno, en el mismo instante. Se trataría entonces, en este caso, de seudotelepatía, ilusión por la cual se manifestaría, simplemente, una identifica-

ción con la madre, comprendida en la situación conflictual inconsciente (edípica). En este análisis, Freud señala cómo la creencia en la aparición de la trasmisión del pensamiento, tal vez ilusoria, no debe dejar de ser entendida como un síntoma o un acto fallido, donde se desenmascara un deseo inconsciente. Cada una de estas ilusiones, al igual que las supersticiones de los obsesivos, extrae su fuerza y su carácter inatacable de su origen en la realidad psíquica inconsciente.

No es menos cierto que numerosos elementos permanecen oscuros en los fenómenos relatados por la paciente; Jones —(114) tomo III, página 457— se pregunta, a justo título, por qué Freud se decidió a referir esta historia tan semejante a tantas otras aparecidas en la literatura, al no disponer de ningún otro detalle para confirmar el relato. Nos parece interesante tratar de elucidar esta cuestión, tanto más cuanto que se encuentran en la observación cierto número de aspectos sorprendentes.

Por empezar, no se puede dejar de remarcar que la explicación de Freud no apunta más que al fenómeno telepático experimentado por la niña y deja de lado la cuestión de la telepatía en la madre; también descuida el análisis de las otras alegaciones de telepatía.

Notamos a continuación que Freud comete un lapsus significativo cuando expone la problemática edípica de su correspondencia y supone la identificación con la madre. Al hacer alusión a la observación del hombre que había soñado con el nacimiento de gemelos (véase más adelante, página 183), lo llama por error Herr G..., en tanto que lo había llamado Herr H... en la observación; sucede que ese error lo conduce, de forma significativa, a sustituir en el lapsus al padre (Herr H...) por su yerno (Herr G...).

Debemos, en fin, destacar la ambivalencia que traspasa el discurso de Freud. Por una parte, no parece inclinado a reconocer los hechos como auténticamente telepáticos y, de hecho, ya no retomará esta observación en su

publicación de 1932. Pero, por otra parte, algunos pequeños hechos atestiguan un deseo inconsciente orientado en sentido opuesto. Así es como Freud comete un error que lo conduce a embellecer la historia. En efecto, en contraposición a lo que Freud dice en su análisis, no es en absoluto evidente que las alucinaciones “telepáticas” hayan coincidido con la muerte del hermano. La correspondencia se limita a decir, en su carta, que coincidieron con el momento en que aquél se disponía a escribirles; en cuanto a la muerte, se sabe tan sólo que sobrevino algún tiempo después, pero sin precisión especial. ¡Notemos también que utiliza esta información algunas páginas más adelante, para probar esta vez que la telepatía (y el contexto demuestra que Freud habla aquí de la “verdadera” telepatía) puede producirse aun fuera del sueño!

Esta ambivalencia nos parece que sobrepasa la simple hesitación sobre la autenticidad de la telepatía, para remitir a fuentes más personales. Estamos tentados de arriesgar una explicación que nos es sugerida por la propia deformación que Freud, sin apercibirse, hace sufrir a la anécdota. Ya que esa historia, donde se trata del conocimiento telepático de la muerte de un hijo, de un soldado durante la guerra, evocaba sin duda en Freud una historia que mucho lo había perturbado a él mismo. Se trata del sueño de la muerte de su hijo Martin, sobrevenida en julio de 1915, cuando éste se hallaba en el frente. Freud relata este sueño en forma bien detallada, en la primera parte de *Sueño y Telepatía*, presentándolo como un ejemplo negativo que demuestra la poca fe que se ha de acordar a sueños semejantes. Este mismo sueño se halla también relatado en las últimas ediciones de la *Interpretación de los sueños*, con el nombre de “Sueño del hijo oficial” —(49) página 475—, sin alusión alguna al problema de la telepatía. Pero es interesante remarcar, por cierto, que sea lo que fuere lo que dice para el público, Freud se plantea de hecho muchas preguntas a propósito de ese sueño. Esto

surge con mucha claridad de los fragmentos de correspondencia con Ferenczi (citados por Jones, (95) tomo III, página 44). En efecto, es sabido que, luego de ese sueño, Freud esperó con ansiedad noticias del frente ruso. Por otra parte, una carta de Martin, enviada tres días más tarde, hace mención de una herida cicatrizada: las balas habían atravesado su manga y su quepis. Por eso Freud entrevió, en esa época, que pudo tratarse de un sueño telepático. Preguntó por la fecha exacta de la herida, pero ese dato permaneció ignorado. Llegó a declarar a Ferenczi (21 de julio) que, a su juicio, la parte del cerebro que funcionaba de esa curiosa manera era mucho más sensible por la noche y que no podía esperarse que esos mensajes pudieran distinguir las heridas leves de las fatales. En su respuesta, Ferenczi afirmó que no sólo la telepatía y la videncia pertenecían al dominio de la ciencia, sino también la capacidad de predecir el porvenir por métodos semejantes (27 de julio de 1915). Con todo, Freud permaneció muy ambivalente sobre la significación que se podía acordar a ese sueño. En una carta del 10 de julio, estimaba que una de las significantes del sueño era un neto desafío lanzado a los poderes ocultos, con el fin de descubrir si son tan destructores como a menudo había temido. Freud había tenido ese sueño poco tiempo después de haberse sentido fastidiado por las creencias religiosas de su amigo Putnam. Pero una decena de días después recibía la carta de Martin...

Aun si se niega al sueño todo valor como prueba de la telepatía —tanto más cuanto que Martin señaló más tarde que semejantes heridas fueron frecuentes durante la guerra, y que Freud tuvo en esa época muchos sueños en los que veía a sus hijos malheridos—, no es menos cierto que la discreción de Freud merece ser señalada, porque en ningún momento menciona, en *Sueño y Telepatía*, el hecho de que, a continuación del sueño, esperara con ansiedad noticias de su hijo, que éste, en efecto, fue herido

en ese momento y que en esa época encarara la posibilidad de un fenómeno telepático. De aquí que podamos preguntarnos si su ambivalencia a propósito de este sueño personal, no completamente elucidado, no está en el origen de la que demuestra con relación a la experiencia de su corresponsal. Observemos también el paralelismo de los lazos asociativos tejidos en torno a estas dos experiencias. En la carta a Ferenczi del 21 de julio de 1915, después de haber discutido sobre la naturaleza telepática de su sueño, plantea la cuestión de saber si el cerebro es más sensible por la noche a las percepciones telepáticas. Asimismo, en *Sueño y Telepatía*, enseguida después de la observación de su corresponsal, aborda las relaciones entre telepatía y sueño. Todos estos datos permiten captar mejor la posición muy ambivalente de Freud ante el caso de la mujer de Breslau.

d. *¿Telepatía o ilusión?*

Pese a todas las observaciones precedentes, debemos reconocer que Freud ha dado una explicación psicoanalítica satisfactoria de ciertos fenómenos que, en principio, podían hacer creer en una transmisión del pensamiento. La inducción de una cadena asociativa idéntica en dos sujetos, a partir de un estímulo sensorial que no ha alcanzado a la conciencia; la falsificación inconsciente de recuerdos que entrañan la convicción engañosa de haber pensado en determinada cosa, son dos mecanismos puestos en evidencia por Freud, que resultan del funcionamiento del inconsciente pero que no implican en absoluto una hipotética "percepción extrasensorial".

Aun cuando, más tarde, Freud relata ciertas observaciones en las cuales se inclina a ver pruebas de la existencia de la telepatía, no omite pasar en revista las explicaciones eventuales más simples y no las disimula al lector, dejándolo en libertad de formarse su opinión. Así, en

el caso del sueño del nacimiento de gemelos (véase más adelante, página 183), encara la posibilidad de una previsión basada en un razonamiento más o menos consciente. De igual modo, en el caso de la mujer que había de tener dos hijos a los 32 años (véase página 187), no rechaza por completo la hipótesis por la cual, bajo la influencia del deseo inconsciente y de una identificación con la madre, estos dos números hayan sido deslizados a posteriori en el discurso asignado al vidente, que en sí mismo había sido insignificante. Podemos ver también con qué prudencia pasa por el tamiz las “asociaciones telepáticas” del caso Vorsicht —(76) página 65—.

La selección de hechos de por sí aleatorios, bajo el efecto de un deseo inconsciente, la inducción de cadenas de asociaciones idénticas, los fenómenos de paramnesia y de recuerdo encubridor son, pues, las explicaciones retenidas con mayor preferencia por los psicoanalistas, que no adhieren a la hipótesis de la telepatía.

Sin embargo, en el curso de su reflexión sobre el ocultismo, Freud se halló confrontado a un conjunto de hechos que no le parecieron reductibles a los modelos precedentes y que lo llevaron a suavizar sus posiciones, para aceptar, al fin, la existencia de la telepatía. Presentaremos, de entrada, las observaciones que respaldaron las reflexiones de Freud y después encararemos las conclusiones teóricas propuestas a partir de estos casos.

2. Las observaciones de Freud

El material clínico que sustenta los escritos de Freud consagrados a la defensa de la telepatía es relativamente restringido. Freud subraya los límites de su experiencia, señalando que en veintisiete años de práctica analítica, no tuvo jamás ocasión de observar un verdadero sueño telepático en ninguno de sus pacientes y que tampoco tuvo jamás uno de esos sueños.

Sus reflexiones sobre la telepatía descansan sólo en cinco observaciones; sólo una concierne a un sueño telepático, que le fue relatado por una corresponsal; tres consisten en profecías que no se realizaron, pero que permitían suponer que el vidente había percibido algo del deseo inconsciente de su interlocutor; la última, por fin, relata fenómenos en apariencia telepáticos sobrevenidos en el curso de una sesión de análisis, pero sin que el paciente supusiera la existencia de los mismos. Destaquemos, en efecto, uno de los puntos originales del material retenido por Freud: cuatro de las cinco observaciones descansan en hechos que no fueron dados como telepáticos por el narrador; la dimensión telepática de los mismos sólo aparece después de haber sido sometidos a un enfoque analítico. Freud deduce de aquí que sus observaciones presentan la ventaja inhabitual de no dar lugar a la desconfianza y las dudas que nacen ante la mayoría de los materiales aportados por los ocultistas. Dirigiéndose a sus colaboradores inmediatos, les dice: "*Creo que estas observaciones suministran el mejor material deseable para el estudio de la transmisión del pensamiento y quisiera incitarlos a reunir casos de este género*". (Psicoanálisis y Telepatía).

No retomaremos aquí, en detalle, cada una de estas observaciones, que se podrán hallar expuestas, en francés, en *Sueño y Ocultismo*⁽⁷⁶⁾ en forma más o menos resumida. Nos conformaremos con ubicarlas, insistiendo sobre ciertas precisiones importantes que surgen del estudio de otros documentos (inéditos en francés) en los cuales se las halla detalladas.

a. *El sueño del nacimiento de gemelos*

Se trata de la primera observación sobre telepatía publicada por Freud. La relató en 1922, en su ensayo *Sueño y Telepatía*; se encuentra una segunda versión,

muy abreviada, en *Sueño y Ocultismo*, aparecida diez años más tarde, la única accesible al lector francés —(76) página 52—. La observación parte de un sueño relatado por un corresponsal en una carta de noviembre de 1921, es decir, en una época en que Freud mismo estaba muy interesado en estos problemas.

En la noche del 16 al 17 de noviembre, un señor (Herr H.)⁴ había soñado que su segunda mujer había tenido gemelos. Este sueño estaba acompañado de una impresión de nitidez muy particular, por lo cual al día siguiente necesitó algunos instantes para comprender que no se trataba más que de un sueño. Incluso se lo relató a su mujer a quien le divirtió. Pero dos días después recibió un telegrama anunciándole que su hija, en Berlín, acababa de dar a luz gemelos. El nacimiento había tenido lugar algunas horas antes de que se produjera el sueño. Esta es la anécdota que sirve de punto de partida al análisis de Freud. La cuestión que se plantea de inmediato el soñante, ante la coincidencia del sueño y el nacimiento de los gemelos, es saber si se trata de un sueño telepático (aunque exista, entre sueño y realidad, una diferencia notable en cuanto a la persona de la parturienta). No es posible explicar este sueño por una rememoración retroactiva, ya que, al parecer, el sujeto lo relató a su mujer con anterioridad al anuncio del nacimiento. ¿Cómo, entonces, comprender los hechos de otro modo que con la hipótesis de la telepatía?

La originalidad de la actitud de Freud consistirá en dejar de lado, por el momento, esta cuestión y someter el sueño al análisis, como con cualquier otro sueño. Este análisis va a conducir, por último, a Freud a la cuestión de la telepatía y hasta a aceptarla como hipótesis. A partir de las asociaciones —a decir verdad muy limitadas— del

4. Es a propósito de este Señor H. que Freud cometió el lapsus evocado en la página 178, confundiéndolo con su yerno (Herr G.).

soñante, Freud llega, en efecto, a demostrar que un lazo afectivo muy intenso unía al padre y su hija y que, de modo inconsciente, aquél habría deseado verla ocupar el lugar de su segunda mujer, acerca de quien emite algunas críticas. De ahí se puede admitir la telepatía y explicar, desde el punto de vista analítico, la diferencia entre el contenido manifiesto del sueño y lo sucedido en realidad; es decir, la sustitución de la mujer por la hija del soñante. Este había debido rechazar el deseo de ser el padre y no el abuelo de los niños. La percepción telepática del parto habría podido poner en peligro la represión del deseo incestuoso, por lo cual la censura transformó este contenido latente en un contenido manifiesto más neutro: tener gemelos de su segunda mujer. La interpretación analítica explica, pues, la diferencia entre el contenido del sueño y la realidad, haciéndolo una necesidad económica: *“Es el deseo el que ha deformado los pensamientos del sueño y el que está en el origen de la diferencia entre el contenido manifiesto y el suceso real. Tenemos el derecho de reemplazar la segunda mujer del sueño por la hija”*. En esta hipótesis, el mensaje telepático relativo al nacimiento de los gemelos debe ser considerado como una parte del material que contribuye a la formación del sueño, con el mismo título que no importa qué otro estímulo; este mensaje, bajo la influencia de un deseo secreto y reprimido, se halla remodelado en una realización de deseo. Toda esta demostración lleva a Freud a apoyar la tesis del sueño telepático.

Es preciso señalar, no obstante, que Freud reconocía que los datos no eran suficientes para deducir una certidumbre absoluta y deja al lector en libertad para preferir otra eventual explicación. En efecto, tal vez el soñante había podido conjeturar que su hija tenía un embarazo gemelar y que tal vez daría a luz antes de la fecha prevista. Pero se percibe, en forma muy neta, que esta explicación no cuenta con el apoyo de Freud, quien se inclina por la

hipótesis de la telepatía, que explica mejor la coincidencia en el tiempo.

Antes de terminar esta observación, notemos que Freud no analiza otro episodio telepático relatado por su corresponsal, relacionado con la intuición de la muerte de uno de sus hermanos. Por otra parte, no se refiere al mismo en su segunda versión del caso. La corresponsal escribía lo siguiente, a propósito de esta anécdota:

“No es la primera vez que tengo la intuición de acontecimientos lejanos, antes de recibir noticias efectivas. Daré un ejemplo, entre tantos. En octubre, mis tres hermanos me visitaron. No habíamos estado nunca juntos desde hacía treinta años (por supuesto, nos hemos visto a menudo, pero en forma separada), salvo en ocasión de las exequias de mi padre y de mi madre. Ambos decesos habían sido esperados y no tuve “presentimientos” en esas ocasiones. Por el contrario, hace veinticinco años, a continuación del súbito deceso de mi hermano menor, que tenía nueve años, cuando el cartero me alcanzó la carta que anunciaba su muerte, esta idea acudió a mi espíritu antes de haberla leído: “es para anunciarte que tu hermano ha muerto”. Era un joven robusto y de buena salud; el único que permanecía en el hogar, en tanto que los otros cuatro habíamos dejado el domicilio paterno y volábamos con nuestras propias alas. En ocasión de la visita de mis hermanos, la conversación nos llevó, por casualidad, a hablar de lo que yo había experimentado y, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, mis tres hermanos declararon que les había pasado exactamente lo mismo. No puedo decir si esto sucedió de la misma exacta manera; de todos modos, cada uno afirmó que había tenido la certidumbre de la muerte, aun antes de que la misma fuera anunciada poco tiempo des-

pués". (Extracto traducido de *Sueño y Telepatía*).

b. *La profecía del nacimiento de dos hijos a los treinta y dos años*

La segunda observación que acredita la tesis de la telepatía concierne al caso de una mujer a quien un vidente parisiense le había prometido el nacimiento de dos hijos cuando ella tuviera treinta y dos años. Esta observación fue publicada primero, en forma sucinta, en 1925; después retomada con más detalles en *Sueño y Ocultismo*, en 1932 —(76) página 55—. Pero, en realidad, la misma había sido redactada *in extenso* en 1921 y sólo los miembros del "Comité" la conocían; Freud la había documentado en 1911, en el curso del análisis de una paciente afectada de neurosis obsesiva, y se la había comentado a Ferenczi. Es de notar la prudencia —o la reticencia— de Freud para utilizar esta observación, de la que existen, por último, tres versiones.

Tal vez esa reticencia atañe a la personalidad de la paciente, cuyos rastros hemos podido encontrar a través de la correspondencia Freud-Jung. No hay ninguna duda, en efecto, de que la enferma en cuestión es la que ha sido citada aquí, en numerosas ocasiones, bajo el nombre de Madame C. Es probable que esta mujer hubiera sido enviada a Freud por Jung, en noviembre de 1908, por una gravísima neurosis obsesiva. A pesar de un análisis proseguido hasta 1911, Freud no obtuvo ninguna mejoría sintomática y habla del caso como de "su principal desastre" (27 de abril de 1911). La paciente intentó asimismo un fragmento de análisis con Oskar Pfister y parece haber sido muy conocida en los medios psicoanalíticos.

En lo que nos concierne, recordemos tan sólo que se trata de una mujer cuyo marido era estéril; que, en el curso de un viaje a París, alrededor de 1895, había consulta-

do a un quiromántico, quien le había predicho que tendría dos hijos en la época de sus treinta y dos años. De hecho, la predicción no se cumplió, y esa misma esterilidad fue el origen de la descompensación neurótica que la condujo al diván de Freud. Sin embargo, relató la historia de esa profecía fallida, en el curso de su análisis, con una evidente satisfacción que no comportaba la menor traza de amargura. Freud trató de elucidar la significación de esa predicción en el cuadro de la problemática inconsciente de la enferma. Puso en evidencia, gracias a las comprobaciones extraídas del análisis, dos elementos fundamentales. Por una parte, existía una adhesión infantil intensa de la enferma hacia su padre, de modo que hizo posible poner al marido en el lugar del padre; por otra parte, había una identificación con la madre. *¿Tener la misma suerte que su madre, reemplazarla al lado de su padre, no había deseado eso ardientemente?* Ahora bien; eso es lo que, en efecto, le prometía la profecía del vidente, porque la propia madre había tenido dos hijos a los treinta y dos años. Pese a todo, la profecía fallida era, pues, significativa. Como no era posible admitir que el vidente hubiera podido conocer los detalles de la vida de la enferma, los hechos relatados por Freud le parecieron acreditar la hipótesis de una transmisión telepática de la consultante con el vidente, basada en un deseo inconsciente muy potente.

Freud entrevió, sin embargo, otra explicación posible, que no se refería a la telepatía. Implicaba suponer que, en realidad, las profecías del adivino hubieran sido de lo más triviales y que sólo a posteriori, en forma inconsciente y por ilusión de la memoria, la enferma hubiera deslizado los dos números significativos en el discurso del quiromántico. Agrega Freud, en *Sueño y Ocultismo*: *“Nada me autoriza a hacer semejante suposición, pero no puedo rechazarla”*. Por lo tanto, se muestra hesitante para elegir entre ambas explicaciones, pero “en

conjunto, el balance parece inclinarse hacia la verdadera transmisión del pensamiento” —(76) página 59—. En efecto, acordaba un gran valor a esta observación, dado que la enferma no había presentado los hechos como sobrenaturales: “Ella no sospechaba por nada del mundo lo que podían significar los dos números de la profecía. No tenía siquiera una noción de que podían significar algo”. Sólo el análisis había hecho aparecer la dimensión telepática del caso, que de otro modo hubiera quedado inadvertida. “No olviden que es sólo el análisis el que ha creado el estado de cosa oculta; que la ha descubierto ahí donde ese estado se había hecho irreconocible”. —(76) página 58—.

Se observará que Freud estaba preocupado desde bastante tiempo atrás por las implicancias teóricas que parecían derivarse de esta observación. Las había discutido con Ferenczi a comienzos de 1911. Se sabe también, por el diario de Lou Andréas-Salomé,⁽⁶⁾ que le participó sus preocupaciones acerca de este caso en 1913. Esta última escribe en su diario lo siguiente:

“Al día siguiente del Congreso de Munich (9 de setiembre de 1913), con Freud en Hofgarten. Larga conversación (confidencial) sobre los curiosos casos de transmisión del pensamiento, que lo preocupan bastante. Es éste un punto del que espera no tener que ocuparse en toda su vida; yo espero lo contrario.

En uno de los nuevos casos, las cosas se presentan del modo siguiente: uno de los problemas concierne al afecto: la mujer no hubiera debido hablar (sobre todo al cabo de tantos años) con tanta emoción de la profecía fallida como si se hubiera cumplido, sólo porque (como resulta del análisis) todo se aplicaba con exactitud a la vida de la madre; por lo tanto, como si la vida de ésta se modificara al mismo tiempo que su propia vida, cuyas

frustraciones la hacían sufrir conscientemente. El segundo problema concierne al género de transferencia sobre el adivino, quien leyó en la paciente no sólo sus deseos conscientes, sino también aquellos profundamente enterrados en su propia conciencia y los expresó en realizaciones. Es difícil decir si existía ahí aún un límite de profundidad. En tercer lugar, existe en nosotros el problema de la persistencia intemporal. Freud continúa pretendiendo que, a su juicio, intemporal significa 'no abreaccionado' y ninguna otra cosa. Pero esto deja muchas cosas sin explicación: aunque más no fuera las fantasías de la demencia, descritas por Jung, que hacen revivir la mitología arcaica; son, en su abundancia que les permite renacer sin cesar y, al mismo tiempo, en su primitividad, como deseos e imágenes originarias y persistentes. En el caso examinado, ahí mismo había 'arreaccionado' lo que, en la joven, conservó una tan grande intensidad como si hubiera sido su propia experiencia, superando con mucho todas sus otras experiencias. Aquí tropezamos con el límite 'psicológico'. Muy peligroso, porque Freud debe cuidarse terriblemente de ser confundido con los mistagogos. Pero ya no es evitable aquí una actitud filosófica: nosotros 'vivimos' más de lo que 'somos'. (Extracto de (6) página 401).

c. La profecía del envenenamiento por cangrejos

La tercera observación de Freud fue recogida en 1910, de uno de sus pacientes. En 1921 hizo una exposición completa de la misma a los miembros del "Comité" (Psicoanálisis y Telepatía), pero no publicó el caso hasta 1932, en forma más sucinta —(76) página 59—.

Un hombre joven, doctor en filosofía, había visitado

un día a una célebre astróloga de Munich (Frau Arnold), quien pretendía predecir el porvenir de un individuo conociendo sólo su fecha de nacimiento. El paciente le había dado la fecha de nacimiento de su cuñado y la astróloga le había vaticinado que la persona en cuestión moriría a causa de un envenenamiento por cangrejos u ostras, en julio o agosto siguiente. Esto no sucedió, pero es notable, sin embargo, que el cuñado se había intoxicado comiendo cangrejos en el verano precedente. Freud, rechazando toda validez a los pretendidos cálculos astrológicos, llega a proponer la hipótesis de que la vidente pudo leer los deseos inconscientes de su paciente. Sucede, en efecto, que este último sentía una fuerte adhesión por su única hermana y tenía un deseo de muerte inconsciente con relación a su cuñado. El conjunto de la observación parece, pues, una vez más, acreditar la hipótesis de que los datos sobre la intoxicación *"fueron transmitidos del cliente a la sedicente profetisa por vías desconocidas, diferentes de las formas normales de comunicación"* (Psicoanálisis y Telepatía).

Es dable hacer algunas consideraciones a propósito de esta observación. Si se comparan las diferentes informaciones que se poseen a propósito de esta historia (es decir, las dos versiones del caso, así como los extractos, citados por Jones, de una carta a Ferenczi, del 15 de noviembre de 1910), se advierte cierto número de variantes, muy discretas, por cierto, pero que, con todo, son merecedoras de que nos detengamos ahí un poco.

De entrada, Freud parece haber embellecido un tanto los hechos. ¿Qué dice, en efecto, en su carta a Ferenczi? Que la vidente había predicho una intoxicación con cangrejos u ostras y que, de hecho, el hombre se había envenenado con langostas (según Jones —(95) tomo III, página 437—). Pero, en los relatos que hace más tarde, Freud experimenta, en forma inconsciente, la necesidad de hacer desaparecer esa muy ligera divergencia, porque

dice tan pronto que el hombre se había envenenado con cangrejos (*Psicoanálisis y Telepatía*), tan pronto que se había envenenado con ostras (*Sueño y Ocultismo*). Estas diferencias son mínimas, por cierto, y puede parecer que nos detenemos en detalles sin importancia. No obstante, es Freud mismo quien nos enseña a prestar atención a los detalles en apariencia insignificantes.

Cuando se intenta reconstruir la cronología precisa de los acontecimientos, se comprueba asimismo que Freud ha hecho sufrir al relato dos deformaciones que modifican la fecha de la consulta a la vidente, con relación al análisis del paciente. En efecto, es sabido que este paciente había seguido, de entrada, una primera etapa de análisis, durante seis a nueve meses; después detuvo su análisis verosímilmente en los primeros meses de 1910, para rendir un examen y redactar su tesis de filosofía. Retomó su segundo análisis en octubre de 1910 y en noviembre le habló de la anécdota a Freud. La deformación de Freud alcanza a dos puntos. De entrada —como nos lo enseña la carta a Ferenczi— no hubo sólo una sino por lo menos dos visitas a la vidente: en enero de 1910 ésta le predijo el envenenamiento de su cuñado; el paciente volvió a verla en abril de 1910, y entonces le predijo, después de haber estudiado la fecha de su nacimiento y la de su hermana, que en octubre o noviembre se produciría una muerte en su familia. El paciente retomó su análisis en octubre y reconoció esperar la muerte de su cuñado para mediados de noviembre. En consecuencia, se comprueba que Freud modificó las fechas de la visita a la vidente. En *Psicoanálisis y Telepatía* la sitúa en marzo; en *Sueño y Ocultismo* la ubica, asimismo “antes del verano”. Esta curiosa necesidad de atrasar las fechas debe ser señalada; en efecto, es muy verosímil que la consulta de enero de 1910 haya tenido lugar en el momento mismo del primer análisis, lo que explicaría la muy especial irritación de Freud cuando conoció la anécdota, diez meses más tarde;

con mayor razón cuanto que el paciente, que había pasado por un análisis coronado por el éxito, ¡recidió en abril!⁵

Esto tal vez nos permita aclarar la reacción de Freud, quien se manifestó muy conturbado por el relato de su enfermo. *“Había escuchado de entrada esta historia contra mis deseos”*. (*Sueño y Ocultismo*). *“El relato me produjo tal sorpresa y una impresión tan desagradable que prefería no someterlo a una interpretación analítica”*. (*Psicoanálisis y Telepatía*). No se alcanza a entender semejante malestar, puesto que había manifestado, poco antes, que las observaciones hechas por Ferenczi ponían fin a toda duda existente aún en cuanto a la realidad de la transmisión del pensamiento. Es dable, pues, suponer, que el trastorno de Freud estuvo causado también, en parte, por la irritación de ver a su paciente recurrir a la astrología al mismo tiempo que al análisis.

Sea como fuere, la ambivalencia de Freud con respecto a este caso se transparenta en un acto fallido significativo, cometido alrededor de un mes más tarde. En diciembre de 1910, Freud se hallaba en Munich para encontrarse con Bleuler y Jung. Tuvo la intención de visitar a la famosa Frau Arnold, pero sólo recordó el nombre de la calle donde aquella habitaba ¡sin poder memorizar su nombre! Por lo demás, reconoció en ese olvido un signo de su “debilidad”.

d. Scherman, el grafólogo

La siguiente observación concierne asimismo a profecías que no se cumplieron, pero en las que se podía suponer que el adivino había expresado los deseos ocultos de su consultante. Sin embargo, los hechos relatados son,

5. Notemos que Jones modifica también los hechos en el mismo sentido, ya que declara que el paciente comenzó su análisis en octubre —por lo tanto, después de haber recurrido a la vidente—, lo que es inexacto, dado que ya había hecho seis meses de análisis.

en su conjunto, mucho menos convincentes. Hay dos versiones de este caso: en *Sueño y Ocultismo* —(76) página 61— y en *Psicoanálisis y Telepatía*.

Uno de los pacientes de Freud había ido, en varias oportunidades, a consultar a un grafólogo bien conocido en Viena, Raphaël Scherman. La primera vez, el paciente le había confiado al grafólogo una muestra de la escritura de su amante, con quien acababa de disgustarse, y aquél le había predicho que el autor de la carta se suicidaría bien pronto. Otra vez, muy dubitativo acerca de su futuro matrimonio, Scherman vio la escritura de su prometida y le dijo que la joven era una neurótica que no estaba hecha para el matrimonio. Freud quedó asombrado de que la conclusión de Scherman coincidió en cada ocasión con intensos deseos de su consultante. Comentando la observación señaló que no hacía mucho caso de la grafología y que rechazaba la posibilidad de predecir el porvenir por esos medios, pero que más bien sospechaba una percepción telepática de los deseos del consultante por parte del grafólogo. De todos modos, se mantuvo muy prudente en la utilización de este caso.

Al leer esta observación bastante trivial, podemos preguntarnos por qué Freud retuvo esta historia en la cual los defensores de la grafología no hallarían sin duda nada de extraordinario. Hay un elemento que puede ponernos sobre la pista: en la versión publicada por Freud (*Sueño y Ocultismo*) la identidad del grafólogo es silenciada; pero, precisamente, su personalidad es esencial y hubo de despertar la atención de Freud. Porque Scherman no era un grafólogo común, en el sentido en que se entiende en la actualidad ese trabajo. Por lo demás, Freud lo destaca en *Psicoanálisis y Telepatía*, aunque debemos recordar que ese texto no fue publicado en vida de Freud. “*El grafólogo Raphaël Scherman pasa por haber logrado éxitos muy asombrosos. Se dice que no sólo es capaz de deducir el carácter de una persona a través de una muestra de su escri-*

tura, sino también de describir a esa persona y de hacer predicciones que serían, eventualmente, confirmadas por los hechos. Muchas de esas proezas han sido relatadas por el propio Scherman". Aun los grafólogos clásicos destacan el caso de Scherman. Así, Crépieux-Jamin, en el prefacio de un libro publicado por Sherman,⁽¹²⁵⁾ dice así de la obra: "*Es una obra de imaginación, en la cual la grafología juega el papel más o menos difuso de un soporte*". De hecho, Scherman era muy conocido en los medios metapsíquicos. Fue estudiado de un modo muy especial por el profesor Oskar Fischer, de Praga, quien lo consideró como dotado de "clarividencia". Era más bien, entonces, un "metagrafólogo", ya que sólo pedía una muestra de escritura para concentrarse. Según los relatos de Fischer, era capaz de señalar hechos que no podían provenir de la interpretación grafológica común; por ejemplo, informaba sobre el lugar y los actos de quien había escrito.

Estas precisiones son indispensables para entender lo que pudo interesar a Freud en Scherman. Señalemos que nos relata que su propia escritura había sido objeto de investigaciones por parte de Scherman, con resultados en apariencia halagüeños (*Psicoanálisis y Telepatía*).

e. El Señor "*Vorsicht*"

El último caso relatado por Freud es, tal vez, el más interesante. Conciene a acontecimientos en apariencia telepáticos, sobrevenidos en el curso de una sesión de análisis, lo que permite a Freud reubicarlos en el cuadro de la relación transferencial y, por lo tanto, aclarar el sentido, si no el mecanismo. Freud abre así la vía a las investigaciones de algunos analistas, que comparten la creencia en la telepatía e insisten, a su turno, sobre la importancia de la situación transferencial y contra-transferencial en el determinismo de esos episodios telepáticos.⁶

6. En especial, EISENBUD Y SERVADIO.

La historia del Señor “Vorsicht” era una de las que tenía que presentar a los miembros del “Comité”, en ocasión de su viaje al Harz, en 1921. Pero, por un curioso acto fallido, olvidó las notas concernientes al caso, si bien la observación fue reemplazada a último momento por la de Scherman, y sólo fue publicada en 1932, en *Sueño y Ocultismo* —(76) páginas 65-74—. Mejor que parafrasear a Freud, invitamos al lector a remitirse a esa observación ejemplar, fácilmente accesible. Hagamos tan sólo una breve reseña.

En el curso del otoño de 1919, Freud tenía en análisis a cierto Señor P., quien se favorecía con condiciones especiales. Su análisis debía de terminar cuando llegara cierto paciente para ocupar su puesto y someterse a un análisis didáctico. Cierta día, el doctor David Forsyth, de Londres, acudió para anunciar a Freud su llegada, lo que significaba que las sesiones de análisis del Señor P. pronto deberían cesar. En el curso de la sesión que siguió a esa visita, en tanto que el Señor P. no podía haberse informado de la llegada de Forsyth, Freud quedó muy sorprendido al escuchar algunas coincidencias entre el discurso de su paciente y sus propios pensamientos. Sin que el Señor P. hubiera tenido la menor sospecha, surgió en su discurso cierto número de palabras y de lapsus que parecían hacer referencia a la llegada de ese rival: “*P. había extraído, pues, de sus propios relatos, un nombre que, justamente, me preocupaba en ese mismo momento, a consecuencia de circunstancias que él mismo ignoraba*”. Esto podía permitir la suposición de la existencia de una transmisión de pensamiento entre Freud y su paciente. De entrada, el significante “Vorsicht” (= precaución), fonéticamente idéntico a Forsyth - Forsight - Forsyte, apareció en el discurso de P. Al analizar los lazos asociativos, Freud se preguntó si su “caída” (aparición. Nota del T.) en ese preci-

so momento del análisis no habría sido inducida por un cierto conocimiento de la llegada del doctor Forsyth. A continuación, fue el significante "Freund", introducido en la cadena verbal, a través de un lapsus, que remitió precisamente a una visita que Freud había hecho a su amigo Anton von Freund, a escondidas de su paciente. Por otra parte, el paciente asoció sobre "Mare's nest", significante asociado a Jones, quien habría estado también en posición de rival en la transferencia paternal de P. para Freud. Todos estos elementos le parecieron a Freud muy cargados de sentido y comprensibles en el cuadro de la situación transferencial del momento, pero también podían implicar que P. hubiera llegado a conocer los pensamientos de Freud. Este no ocultó, sin embargo, que era posible suponer, eventualmente, otras explicaciones a las asociaciones tejidas en ocasión de la sesión de análisis, pero, finalmente, determinó que, a su juicio, *"el balance tiende, aun aquí, hacia el lado de la transmisión del pensamiento"*.

3. Visión de la concepción freudiana de la telepatía

Las observaciones precedentes confirman nuestra convicción, afirmada ya a la luz de la correspondencia de Freud, de que éste creía en la posibilidad de la transmisión del pensamiento. Pero lo que se plantea ahora es saber qué entendía Freud con eso.

De entrada, se puede buscar una respuesta a través de las definiciones consignadas por Freud. Pero es fundamental profundizar el análisis de los modelos teóricos propuestos a partir de las observaciones. A ese precio podremos comprender la idea que Freud se forma del fenómeno telepático, así como de los factores y las condiciones de la telepatía. Tratemos de aclarar estos intrincados aspectos de un problema muy complejo.

a. *Primera aproximación al fenómeno telepático*

¿La telepatía que preocupa a Freud es la misma de los parapsicólogos? Dicho más claramente: ¿está Freud dispuesto a admitir la hipótesis, sostenida por aquéllos, de una percepción extrasensorial?

Porque si Freud admite el fenómeno telepático como un hecho, hay que decir que aporta poca luz sobre su naturaleza. Por otra parte, reconoce su incapacidad para responder a esta cuestión, que piensa que escapa a su dominio de investigación y se contenta con emitir hipótesis.

Comprobamos, sin embargo, que si bien Freud es incapaz de precisar con exactitud la naturaleza de la telepatía, es, al menos, capaz de decir lo que ésta no es. De este modo, excluye de su campo los casos aparentes de transmisión del pensamiento, explicables de hecho por otros mecanismos (véase más atrás). Su cuidado de eliminar fenómenos que podrían derivar de percepciones inconscientes producidas por vías sensoriales ordinarias permite deducir que piensa que la “verdadera” telepatía no pasa por esas vías sensoriales.

Por lo demás, esta idea es confirmada por las definiciones aproximativas que aquí y allá da sobre la telepatía. En numerosas ocasiones lo vemos postular la existencia de una percepción extrasensorial?:

— el 6 de octubre de 1909, le explica a Ferenczi que la vidente de Berlín poseía, probablemente, un “*don fisiológico*” que le permitía percibir los pensamientos de algún otro: “*no se trata de un fenómeno psíquico, sino de un fenómeno puramente somático, en verdad de capital importancia*”. (Citado en Jones (95) tomo 3, página 435).

— en las observaciones preliminares a *Psicoanálisis y Telepatía*, recuerda que el ocultismo plantea la

cuestión de *“la existencia real de fuerzas psíquicas distintas de las conocidas hasta ahora en el psiquismo humano o animal, o que derivan de fuerzas mentales todavía no admitidas”*. Al concluir, más tarde, la observación de *“el hombre de los cangrejos”*, escribe: *“Es posible explicar por completo los hechos si aceptamos admitir que estas precisiones fueron transmitidas del cliente a la sedicente profetisa por vías desconocidas, diferentes de las formas normales de comunicación. Esto parece implicar, a su vez, que la transmisión del pensamiento existe”*.

— en *La significación oculta de los sueños*, asocia en forma explícita la telepatía con una percepción extrasensorial, puesto que la define como *“la recepción de los procesos mentales de un sujeto por otro gracias a otros medios distintos de las percepciones sensoriales”*.

— escribe aún en *Sueño y Ocultismo*: *“Llamamos telepatía al pretendido hecho por el cual un acontecimiento sobrevenido en determinado momento pueda ser conocido, casi en el mismo instante, por una persona alejada en el espacio, sin el concurso de los medios ordinarios”* —(76) página 50—; y compara, en muchas ocasiones, el fenómeno telepático al teléfono: *“por el fenómeno telepático, el acto psíquico cumplido por determinada persona debe provocar la realización de un acto semejante en otra. Lo que se produce entre dos actos psíquicos puede, con facilidad, ser un fenómeno físico, con punto de partida y desenlace psíquico. La analogía con otras transposiciones, como, por ejemplo, la emisión y audición en el teléfono, sería entonces indiscutible (...) Hasta diría que el psicoanálisis nos ha preparado para admitir fenómenos como la telepatía, al insertar el inconsciente entre la psiquis y lo que hasta aquí se ha llamado lo psíquico”* —(76) páginas 75-76—.

— citemos también un pasaje de una carta a Weiss, del 24 de octubre de 1932: *“Es cierto que estoy dispuesto a creer que, detrás de todo fenómeno sedicentemente oculto, se esconde algo nuevo y muy importante: el fenómeno de la transmisión del pensamiento, es decir, de la transmisión de procesos psíquicos a otras personas a través del espacio”*.

Se ve que de las definiciones enunciadas por Freud se desprenden dos propiedades esenciales prestadas a la telepatía: percepción extrasensorial y trascendencia del espacio. Estas propiedades, por el hecho mismo de haber sido valorizadas por Freud, señalan con claridad que la idea que éste se hace del fenómeno no está muy distante de la de los parapsicólogos. Es asimismo esa hipótesis de que el fenómeno telepático podría ser, en último análisis, un fenómeno físico, lo que le hace decir que el estudio de la telepatía como tal sale del campo psicoanalítico. La “fisiología” de la telepatía tendría tanto que ver con el psicoanálisis como la fisiología de la audición, por ejemplo.

Al considerarse incompetente para establecer la naturaleza de la telepatía, Freud se conformará, pues, con postular su existencia y razonar a partir de esta hipótesis, que le parece plausible, a fin de analizar los factores y las condiciones del fenómeno. Los elementos de respuesta que esboza pueden ser agrupados, en forma esquemática, alrededor de las tres cuestiones siguientes:

- ¿En qué descansa el fenómeno telepático?
- ¿Cuál es la elaboración que sufre el mensaje telepático?
- ¿Cuáles son las condiciones de la transmisión telepática?

b. *¿En qué descansa el fenómeno telepático?*

Se trata de una cuestión difícil, a la cual Freud no da una respuesta unívoca. Antes de tratar de esclarecer el

problema, señalemos que, de acuerdo con la terminología usada en general por los parapsicólogos, llamaremos “*agente*” al sujeto que se presume emite el mensaje telepático y “*percipiente*” al que se presume que lo recibe.

En ciertos pasajes, se encuentra la idea de que sería un deseo inconsciente del agente el objeto de la transmisión telepática. Esta idea se expresa en forma muy clara a propósito de tres observaciones de falsas profecías: deseo de muerte inconsciente con relación al cuñado, deseo edípico e identificación con la madre, deseo de venganza con respecto a la amante. Freud escribe en *La significación oculta de los sueños*: “*Es preciso suponer que un intenso deseo por parte del consultante había devenido manifiesto, siendo transferido en forma directa al adivino*”. Una formulación sensiblemente idéntica se halla en *Psicoanálisis y Telepatía*: “*Parece obligado admitir, en este caso, la posibilidad de transferir, de una persona a otra, un deseo inconsciente, así como pensamientos y hechos asociados al mismo*”.

Por otra parte, en distintos pasajes Freud pone bien en evidencia la complejidad de los problemas, haciendo intervenir en igual medida el deseo del “*percipiente*”, que por este hecho no podría ser considerado como puramente pasivo. En el caso del sueño telepático del nacimiento de los gemelos, es una información telepática, neutra en sí misma, que ha sido “*captada*” en la medida en que podía ser retomada en el campo del deseo del percipiente. Esto es manifiesto en el ejemplo de “*Vorsicht*”, donde el fenómeno telepático es aclarado por la evidenciación de su sentido en la situación transferencial. El señor P., en apariencia, había percibido el hecho de que Freud hubiera apartado el interés de su persona para ocuparse mucho de un nuevo cliente llegado de Inglaterra. Esta situación remitía a un fuerte deseo del percipiente de continuar siendo paciente de Freud, al amigo (Freund), al hijo (pedido de informaciones sobre la hija de Freud), deseo

que sólo es comprensible reubicado en el campo de la transferencia paterna desarrollada con relación a Freud.

Agente y percipiente, pues, parecen estar ambos por igual implicados en el fenómeno telepático, en el nivel de sus deseos inconscientes. Parece necesaria cierta similitud de deseos inconscientes para que agente y percipiente puedan entrar en “resonancia”. La coloración emocional del mensaje parece, en todo caso, un elemento esencial para su transmisión y/o su recepción:

“En ocasión de experiencias hechas en reuniones poco numerosas, he tenido a menudo la impresión de que recuerdos coloreados emocionalmente con fuerza se transmiten con éxito sin grandes dificultades. Si se tiene la paciencia de someter a un examen analítico las asociaciones de la persona a quien, como es de suponer, se transmiten los pensamientos, se sacan a luz correspondencias que, de otro modo, hubieran quedado inadvertidas. Basado en la fe de numerosas experiencias, me inclino a aceptar que una transmisión de pensamiento de ese tipo tiene las mayores posibilidades de producirse en el momento en que la idea emerge del inconsciente o, en términos teóricos, en el momento en que pasa del “proceso primario” al “proceso secundario” (Significación oculta de los sueños).

c. Elaboración del mensaje telepático por el percipiente

La gran originalidad del pensamiento de Freud está en plantear que si la percepción telepática existe, entonces los principios del psicoanálisis deben poder aplicarse a la misma, como no importa a qué otra percepción sensorial, tanto en estado de vigilia como durante el sueño. La deformación de la percepción es una de las características del funcionamiento mental dominado por el deseo inconsciente. No hay razón alguna para que las percep-

ciones telepáticas postuladas escapen a esta propiedad general.

Esta posición tiene importantes consecuencias. Permite, en primer término, comprender el sentido y la función económica de ciertos errores o semifracasos de la telepatía y explicar, por ejemplo, por qué en el sueño del nacimiento de los gemelos era la mujer y no la hija del soñante quien daba a luz. Más aun, permite hacer evidente la telepatía allí donde, de otro modo, hubiera podido pasar inadvertida:

“El psicoanálisis puede hacer progresar el estudio de la telepatía en la medida en que muchos de los caracteres enigmáticos de los fenómenos telepáticos pueden tornárenos más inteligibles gracias a sus interpretaciones; o todavía al afirmar por primera vez la naturaleza telepática de fenómenos que hasta entonces permanecieron dudosos”. (Sueño y Telepatía).

Los mecanismos de defensa se manifiestan en estado de vigilia, disimulando por eso la telepatía, que sólo es perceptible a través de los lapsus (Freund-Ottorega; mare's nest) o las asociaciones de significantes (Vorsicht-Forsight-Forsythe-Forsyth). Pero es, en especial, el caso del sueño telepático el que da ocasión a Freud para desarrollar sus posiciones: el material telepático también sufre las deformaciones (condensaciones y desplazamientos) que constituyen el trabajo del sueño. El sueño telepático, si existe, no podría someter a revisión los fundamentos de la teoría psicoanalítica del sueño. Freud expone con claridad esta concepción en *Sueño y Telepatía*, donde afirma:

“El mensaje telepático ha sido considerado como una parte del material que contribuye a la formación del sueño, a la manera de no importa qué estímulo externo o interno, como puede ser un ruido de la calle o una sensación orgánica persistente (...)

Bajo la influencia de un deseo secreto y reprimido, el mensaje se halla remodelado en una realización del deseo (...) y se funde con otros materiales que logran manifestarse al mismo tiempo en la formación del sueño”.

Recordando que la esencia del sueño reside en el proceso particular llamado “trabajo del sueño” (Traumarbeit), concluye de modo formal: *“De manera que el mensaje telepático —si tenemos derecho a admitir su existencia— no modifica en ninguna medida la estructura del sueño; la telepatía no tiene nada que ver con la naturaleza del sueño como tal”.* Y repite aun, algunas páginas más adelante: *“No hay relación entre la telepatía y lo que constituye la esencia del sueño”.* Estas mismas posiciones son reafirmadas con vigor en *Sueño y Ocultismo* —(76) página 51—:

“La telepatía no proyecta ninguna luz sobre la esencia del sueño y, recíprocamente, el sueño no proporciona ningún testimonio directo de la realidad de la telepatía. (...) Al analizar un sueño telepático, nos convencemos de que la información telepática ha jugado el mismo rol que todo otro resto diurno y que, recompuesta como este último, sus tendencias han sido puestas a contribución”.

Ha de observarse que esta concepción se había desarrollado desde muy pronto y que hallamos un esbozo de la misma en una publicación de 1913. Se trata de un pasaje del texto intitulado *El tema de las tres arquillas*. Cuando se conocen los desarrollos ulteriores del pensamiento de Freud, no quedan casi dudas de que éste había retenido, en el ejemplo relatado, la hipótesis de la telepatía, a falta de la cual, en efecto, el razonamiento sería por completo falso. El pasaje merece ser citado *in extenso* porque se trata, a nuestro juicio, del primer reconocimiento público —por lo demás muy discreto— de su creencia en la telepatía. Después de haber escrito que el mu-

tismo, en el sueño, es una representación visual de la muerte, Freud relata la siguiente anécdota:

“Hace más de diez años, un hombre de gran inteligencia me comunicó un sueño, que contaba aportar como prueba en apoyo de la naturaleza telepática de los sueños. Había visto en el sueño a un amigo ausente, de quien no tenía noticias desde hacía largo tiempo, y le había hecho amargos reproches sobre su silencio. El amigo no le había respondido. Pero después se comprobó que, alrededor del momento en que ese sueño había tenido lugar, el amigo se había suicidado. Dejando de lado el problema de la telepatía, no parece dudoso que el mutismo en este sueño haya sido una manera de representar la muerte”. — “El tema de la tres arquillas” (58)—.

Esta observación de Freud no podría, por lo demás, sorprender si se recuerda la correspondencia intercambiada con Ferenczi en 1910 y que la mayoría de las observaciones de Freud publicadas más tarde habían sido recogidas antes de 1913.

Observemos, igualmente, que la distinción subrayada por Freud entre la información telepática y el trabajo del sueño confirma que se hacía, a propósito de aquélla, una idea bastante próxima a la percepción extrasensorial, la que, en última instancia, no se vincula al psicoanálisis. Se trata ahí de una idea rectora que permite entender que no habría oposición entre la teoría psicoanalítica y una demostración de la existencia de la telepatía. Esto señala la importancia de esos escritos de Freud, en una época en que la parapsicología nos parece haber adquirido, con Rhine, Bender, Ullman y tantos otros, títulos de nobleza que ya son casi incontestables. Uno de los rasgos del genio de Freud consiste en haber sentido el desarrollo ulterior de la investigación parapsicológica.

No obstante, sin duda, es necesario no equivocarse

acerca de las motivaciones que impulsaron a Freud a insistir sobre este punto. Quiso, por cierto, hacer algún aporte a la investigación sobre la telepatía, pero, ante todo, se propuso demostrar que la concepción psicoanalítica del sueño es aplicable al sueño telepático, aun admitiendo la existencia de una percepción extrasensorial. De hecho, se ve con claridad que lo que le interesa en primer término no es la cuestión de la telepatía, sino más bien la cuestión de la deformación que produce el trabajo del sueño; dado que el “trabajo del sueño” constituye uno de los fundamentos de la teoría psicoanalítica del sueño, en cuanto ésta plantea que todos los sueños hallan su forma definitiva (contenido manifiesto) por la alteración de su contenido latente gracias al trabajo del sueño. Este mismo cuidado de conservar la teoría de los sueños conduce a Freud a distinguir dos géneros de experiencias telepáticas durante el sueño. En efecto, no ignora que, en muchas ocasiones, se han relatado “sueños telepáticos” en los que no había habido ningún camuflaje, es decir, ninguna diferencia entre el acontecimiento y la escena del sueño tal como se había presentado en la conciencia del soñante. “¿Tenemos derecho a llamar sueño a semejante experiencia telepática?”, se pregunta Freud, y responde por la negativa: “*porque un sueño sin condensación, desplazamiento, dramatización y, sobre todo, sin realización de deseo, no merece sin duda ese nombre*”. (*Sueño y Telepatía*). Ese “sueño telepático” sin realización de deseo y sin *Traumarbeit* debería llamarse más bien, según Freud, una “*experiencia telepática en el curso del acto de dormir*” y su estudio no tendría, de hecho, nada que ver con la ciencia de los sueños. En todo caso, el cuidado por la distinción terminológica que atestigua Freud, demuestra que, cuando escribe sobre el sueño y la telepatía, no es tanto para respaldar la parapsicología como para defender el edificio teórico del psicoanálisis.

d. Condiciones de la transmisión telepática

Esta distinción establecida entre los verdaderos “sueños telepáticos” y las “experiencias telepáticas en el curso del acto de dormir” nos conduce a estudiar la cuestión de las relaciones entre telepatía y acto de dormir, así como las condiciones de aparición de la telepatía.

Freud aborda esta cuestión en las últimas páginas de *Sueño y Telepatía*. Le parece incontestable que el sueño crea condiciones favorables para la telepatía. También escribe en *Sueño y Ocultismo*: “El solo motivo que permite establecer una relación entre sueño y telepatía es debido a que el acto de dormir parece en particular favorable a la recepción del mensaje telepático” —(76) página 51—. Sin embargo, especifica que no hay relaciones obligadas entre la telepatía y el dormir.

En primer término, acepta la hipótesis de que la información telepática pueda ser recibida en el estado de vigilia, pero no accede a la conciencia más que durante el dormir: “Por analogía con otros materiales perceptuales e intelectuales, es posible que los mensajes telepáticos recibidos durante el día sólo sean tratados en el curso de un sueño de la noche siguiente”. (*Significado de los sueños*). Esta idea es expresada también en *Sueño y Telepatía*:

“Nadie tiene derecho a recusar un acontecimiento telepático con el pretexto de que el acontecimiento y el presentimiento no coinciden con exactitud con relación al tiempo astronómico. Es en absoluto concebible que un mensaje telepático pueda producirse en el momento del suceso y, no obstante, no penetrar en la conciencia hasta la noche siguiente, durante el acto de dormir (o aún más tarde, en estado de vigilia, en el momento de una pausa de la actividad psíquica)”. Freud prosigue desarrollando su aserción por medio de una comparación tomada de la formación de un sueño “normal”.

Por otra parte, las observaciones hechas con videntes demuestran que la telepatía podría sobrevenir fuera del acto de dormir. Sin embargo, es posible que un estado mental particular sea necesario en el percipiente. Para Freud, las técnicas sofisticadas utilizadas por los adivinos no tendrían otro fin que distraer la atención del percipiente y permitir ese efecto de facilitación.

e. En busca de la identidad de la telepatía

La comprobación de que la telepatía podría ser facilitada por determinados “estados de conciencia alterados”, condujo a Freud a proponer la hipótesis de que la telepatía sería una propiedad arcaica. Esta idea había sido adelantada por Ferenczi en una carta de 1912, en la que afirmaba que *“la telepatía es un don primitivo en los animales, del que sólo los rudimentos pueden ser hallados de nuevo en el hombre, en razón del desarrollo de su conciencia”* (citado por Jones, (95) tomo 3, página 439). Pero Freud esperó a 1932 para retomarla por su cuenta:

“Nos vemos llevados a pensar que fue el modo arcaico de comunicación entre los seres y que cedió el lugar al método de signos perceptibles con ayuda de órganos sensoriales. Pero el antiguo método puede continuar subsistiendo a retaguardia y manifestarse en determinadas circunstancias”. (Sueño y Ocultismo (76) página 76).

De ahí que Freud suponga que la telepatía podría ser un fenómeno muy frecuente, en especial en la vida psíquica del niño; cita, al respecto, los trabajos de Burlingham;⁽¹⁴⁾ esta idea será retomada ulteriormente por otros autores, en especial Ehrenwald,⁽²⁴⁾ Fitzherbert⁽³⁵⁾ y Merloo.⁽¹⁰⁷⁾ Yendo aún más lejos, Freud llega a emitir la hipótesis de que la telepatía explicaría el comportamiento social de los insectos, idea que no puede

casi ser tenida en cuenta después de los descubrimientos de Von Frisch. Sin embargo, se puede señalar que numerosos investigadores habrían puesto en evidencia propiedades de percepción extrasensorial en los animales, aunque esos trabajos estén hoy sometidos a verificación.

De todos modos, no es nuestra intención discutir aquí la cuestión de saber si los animales pueden comunicarse entre sí por telepatía. Nos interesa antes subrayar las consecuencias teóricas implicadas en esta concepción de Freud. Porque, en efecto, decir que la telepatía parece ser un modo arcaico de comunicación, que habría sido relegado a un segundo plano por el hecho de la comunicación con signos perceptibles por los sentidos, es dar a entender que la telepatía no podría ser reducida a un fenómeno por completo lingüístico. Semejante toma de posición no puede dejar de suscitar interrogantes.

Así, un autor como Lacan —al menos si hemos comprendido su pensamiento, cosa de la que no estamos seguros— parece sostener, por el contrario, que la telepatía podría ser referida a un efecto de discurso (véase en especial *Escritos* (102) página 265). En todo caso, Maud Mannoni, haciendo también alusión a la anécdota de la moneda de oro —(104) páginas 45-47—, interpreta asimismo el fenómeno como un efecto de discurso, excluyendo una hipotética percepción extrasensorial. Algunos autores anglosajones, por ejemplo, han intentado relacionar los fenómenos de empatía entre la madre y el hijo con capacidades de observación muy desarrolladas y hasta ahora mal conocidas. El niño observa las expresiones del semblante materno, los esfuerzos de aquélla para disfrazar los afectos; es también muy receptivo de las indicaciones que atestiguan las pulsiones reprimidas en las que se basa el carácter de la madre. Esta acuidad perceptiva se perdería poco a poco, a lo largo del desarrollo del niño y de su adaptación al mundo de los adultos. Estas tesis son expuestas, en particular, por D. Burlingham, en un artícu-

lo⁽¹⁵⁾ que atenúa ciertas interpretaciones que habrían podido derivarse de otro inicial, citado por Freud.⁽¹⁴⁾ La autora, sin embargo, se mantiene prudente en sus conclusiones e insiste sobre el hecho de que *“las interreacciones descritas no podrían resumir todas las fuentes de empatía posibles entre la madre y el niño”*.

f. *¿Hipótesis o certidumbre?*

Surge de este capítulo que Freud estaba dispuesto a admitir la existencia de fenómenos de percepción extrasensorial, en el sentido en que la entienden hoy en día los parapsicólogos. La cuestión que continúa planteada es si se trataba, en su caso, de una certidumbre, como parece desprenderse de su correspondencia privada, o tan solo una hipótesis plausible, como es, más bien, lo que con prudencia da a entender en sus escritos sobre la telepatía.

En realidad, la respuesta a esta cuestión nos parece secundaria. Lo esencial es que Freud haya aceptado encarar esta hipótesis. Al hacerlo, demostraba que el edificio psicoanalítico no sería radicalmente cuestionado por la eventual demostración de la existencia de la telepatía y aun que la parapsicología podía extraer enseñanzas del psicoanálisis.

Conclusiones

Al estudiar la obra de Freud, asombra la oscuridad que rodea los escritos consagrados al problema del ocultismo; en particular en cuanto al lector de habla francesa, que no tiene fácil acceso a los mismos. Esta oscuridad, sin embargo, nos parece injustificada porque, si es verdad que la mayoría de los textos no son fundamentales en la teoría psicoanalítica, son no obstante esenciales en el actual debate sobre el ocultismo y la parapsicología.

Al parecer, hay quienes han querido minimizar la incidencia de los escritos de Freud sobre el ocultismo, pensando que se trataba de artículos menores, que más bien tenían carácter de traspiés y es posible que constituyeran *“un ejemplo más de la destacable coexistencia, en una misma persona, de capacidades críticas muy desarrolladas con un insospechado fondo de credulidad”* (Jones). Por el contrario, pensamos que el criterio de Freud sobre este punto es de una perfecta coherencia. Sus hesitaciones en cuanto a afirmar posiciones contrastantes son comprensibles a la luz de los conflictos inconscientes revelados, tal vez, por el estudio del ocultismo y las necesidades tácticas impuestas entonces al movimiento psico-

analítico. Por lo demás, no vemos ninguna oposición en sostener a la vez, como lo hizo Freud, la existencia de la telepatía y la inanidad del ocultismo. Son conocidos los escritos que desenmascaran la función de desfiguración y de ilusión del ocultismo; la fogata de irracionalismo contemporánea no hace más que destacar mejor su pertinencia. Esto no debe conducir a ignorar los escritos sobre la telepatía, que, se quiera o no, pertenecen también a la herencia freudiana.

Porque si el pensamiento de Freud se pretende, en primer término, “desocultante”, es también abierto. Como creemos haberlo demostrado, Freud estaba dispuesto a admitir la hipótesis de la telepatía. Esto no constituía en absoluto un aval dado al ocultismo, sino que era sólo un interrogante sobre ciertos hechos. Hay ahí una orientación que nos parece cercana a la de la parapsicología científica, en la medida en que no se confunda la investigación parapsicológica auténtica con las lucubraciones de ignorantes que pretenden representarla. La actitud de Freud demuestra que no veía oposición de principio entre las investigaciones de tipo parapsicológico y el psicoanálisis. Más aún y por encima del problema de la telepatía, Freud atestigua el hecho de que el pensamiento psicoanalítico no podría pretender ser totalizador.

En fin, el pensamiento de Freud es fecundo. Demostró que el psicoanálisis podía contribuir a evidenciar y comprender fenómenos todavía discutidos y mal conocidos, como la telepatía. Estas tomas de posición han constituido el origen de una corriente muy singular de “parapsicología psicoanalítica”, que ha retomado y desarrollado ciertas hipótesis de Freud, aportando a la investigación parapsicológica una contribución esencial. Las líneas de desarrollo de la parapsicología actual se orientan en algunas direcciones dominantes. En primer término, en el sentido de estudios estadísticos y matemáticos sobre la percepción extrasensorial; además, hacia la investigación de

las motivaciones dinámicas y los condicionamientos inconscientes de los fenómenos.(9, 19, 22, 25, 128, 137) Ahora bien, es preciso subrayar que esta vía ha sido señalada y abierta por Freud y que la importancia de sus concepciones tal vez esté lejos de ser estimada en su justo valor en los medios psicoanalíticos. Cuando se estudian los trabajos consagrados a la "percepción extrasensorial" asombra la convergencia de ciertos puntos de vista de Freud con las observaciones hechas por otros autores, psicoanalistas o no. Aun cuando, del mismo modo, no se puedan disimular las divergencias que separan a Freud de la parapsicología contemporánea (que sostiene la existencia de la clarividencia, de la premonición y de la psíquesis), su ejemplo no puede más que animarnos a acordar a estas investigaciones la atención que merecen.